

**HAYA DE LA TORRE**

**OBRAS ESCOGIDAS**

**TOMO I**

**INDOAMÉRICA**

Comisión del Centenario del Nacimiento de  
V́ctor Raúl Haya de la Torre

© Edición homenaje de la Comisión del Centenario  
del Nacimiento de Victor Raúl Haya de la Torre.  
Primera edición, noviembre, 1995  
Segunda edición, mayo, 2008  
Diseño de carátula: Carlos Gonzáles Ramirez

## PRESENTACIÓN

En la presente colección de cinco tomos –que hemos denominado *Obras escogidas de Haya de la Torre*– se recoge lo medular de su pensamiento ideológico y político, en un esfuerzo editorial que tiene por objeto difundirlo y ponerlo al alcance de un amplio público lector.

A pesar de que en el transcurso de los últimos cinco lustros se han editado sucesivas ediciones de sus *Obras Completas*, consideramos que esa labor ha confrontado las limitaciones propias de los elevados costos que han convertido al libro en nuestro medio en un artículo de lujo, a lo que debe añadirse la agresión de lesa cultura que significan los impuestos y gravámenes que impiden la circulación masiva de obras que debieran estar al alcance de las clases populares.

En tales circunstancias, la necesaria y urgente tarea de divulgar el pensamiento integral de Haya de la Torre, en una edición revisada y ampliada de sus *Obras Completas*, demanda un esfuerzo superior que debe realizarse progresivamente. Este es el compromiso que deben asumir sus discípulos y continuadores, efectuando una rigurosa y paciente labor de recopilación de escritos que, a nuestro juicio, pueden abarcar una veintena de tomos sin incurrir en falsas expectativas o minuciosidades.

En rigor, para suplir este vacío, se ha estructurado la presente colección de cinco tomos que tiene el carácter de una Biblioteca Popular, pues debido a su tiraje elevado podrá cumplir su cometido particularmente en el caso de las jóvenes generaciones del Perú e Indoamérica, teniendo en cuenta que en la actualidad no se encuentran con facilidad los principales libros de este ilustre personaje del Siglo XX que señaló, con visionaria anticipación, el derrotero de los pueblos que aspiran a vivir en una sociedad libre y justa.

Debemos advertir al lector que la presente compilación se ha hecho sobre la base de la publicación que también en cinco tomos efectuara el año 1961 un equipo de trabajo integrado por Luis F. Rodríguez Vildósola, Carlos Manuel Cox y Andrés Townsend Ezcurra. Esa compilación se denominó *Pensamiento político de Haya de la Torre* y salió a luz bajo el sello de Ediciones Pueblo (Lima-1961), aún en vida del Jefe y Fundador del Apra. Estuvo estructurada en la forma siguiente: Tomo I: *Indoamérica*; Tomo II: *Ideología Aprista*; Tomo III: *Aprismo y Filosofía*; Tomo IV: *El Plan de Acción* y Tomo V: *Nuestra América y el Mundo*.

En la presente edición, denominada *Obras escogidas*, se ha respetado los lineamientos generales de aquella compilación por cuanto condensa en forma orgánica el pensamiento de Haya de la Torre en sus diversos aspectos: filosófico, sociológico, económico y político. Habiéndose efectuado como principal innovación la publicación completa de los dos principales libros de aquél, es decir: *El antiimperialismo y el Apra* y *Treinta años de Aprismo*, incluidos los prólogos y notas correspondientes en ambos casos. Asimismo, no se reproducen los artículos periodísticos que conformaron el quinto tomo de la colección anteriormente señalada por estar referidos a temas coyunturales que, sin

haber perdido actualidad, en rigor no están referidos a su creación ideológica y programática como ocurre con los cuatro tomos restantes.

Antes de efectuar una sucinta descripción del contenido de los cinco tomos, debemos puntualizar que en esta oportunidad se han incluido ensayos y/o artículos que no figuran en la anterior publicación, pudiendo advertirse algunos trabajos inéditos que inclusive no están en las *Obras Completas*, tal como lo constatará el lector acucioso e interesado en temas de nuestro tiempo.

\*\*\*

El primer volumen reúne el pensamiento de Haya de la Torre en torno a la realidad histórica y social que él denominó *Indoamérica*, acuñando una expresión castiza que motivó célebres polémicas con escritores españoles de la talla de Salvador de Madariaga y Luis Jiménez de Asúa. Reproduce publicaciones que efectuó en sus libros *Por la emancipación de América Latina*, *¿A dónde va Indoamérica?* y *La defensa continental*, complementándose con ensayos posteriores, como son: *Los problemas de América Latina* y *Problemas e imperativo de la unidad continental*. Como texto inédito está el «Mensaje al Uruguay» que corresponde a una conferencia dictada en 1954 en el país que lo acogió y protegió fraternalmente al salir de su prolongado asilo en la Embajada de Colombia en Lima.

El análisis efectuado por Haya de la Torre en esos trabajos contiene un llamado admonitivo e indeclinable en favor de la unión económica y política de los pueblos latinoamericanos. Unión que es requisito previo e indispensable para el equilibrio hemisférico, especialmente en el actual contexto del panorama mundial.

\*\*\*

Los volúmenes siguientes (segundo y tercero) forman parte de lo que genéricamente se puede denominar *Ideología Aprista*, comprendiendo las dos obras orgánicas y sistemáticas del fundador del Apra: *El antiimperialismo y el Apra* y *Treinta años de Aprismo*. Como se ha dicho anteriormente, es una reproducción integral de ambos libros con los respectivos prólogos y notas a sus principales ediciones, escritos por Haya de la Torre.

Sin lugar a dudas ambos libros testimonian la continuidad fecunda de una ideología autónoma, la primera de su tipo que se enuncia en un continente tan predispuesto a la imitación y al indiscriminado trasplante de ideas o proposiciones completamente ajenas a nuestra realidad. El primer y principal acierto de Haya de la Torre fue el de analizar el fenómeno imperialista como determinante en los desequilibrios propios del acontecer histórico contemporáneo de América Latina. A partir de allí, construir una ideología política cuyo objetivo fuera asegurar el desarrollo, soberanía y bienestar con justicia de los pueblos indoamericanos, aprovechando el imprescindible concurso del capital y la técnica extranjeras.

El fallo unánime de los economistas en los últimos decenios afirma que los países subdesarrollados requieren indispensablemente del aporte extranjero en dos formas: capital y ayuda técnica, pero señalan, al mismo tiempo, que uno y otro deben proporcionarse teniendo en cuenta las necesidades de los países dependientes y subdesarrollados; sin mengua de su soberanía, sin perfiles de explotación y de preferencias, lo que será posible sólo a través de agrupamientos regionales integrados.

Está ampliamente demostrado, a través de la lectura de los textos primigenios del creador del Aprismo, que no aceptó la formación ortodoxa del partido clasista de cuño europeo. Tampoco admitió que la democracia fuese un simple medio de alcanzar la justicia social. Consideró, por el contrario, que todo enfoque «nacional» del problema resultaba equivocado y estéril: lo urgente era pensar en términos continentales o indoamericanos.

Sin hipérbole puede concluirse señalando que todo el pensamiento económico y político de veras renovador coincide con los temas propuestos desde hace sesenta años por Haya de la Torre. De allí que en América Latina los partidos políticos genuinamente populares, independientes de toda tutela, reconocen en su ideario y organización, ingredientes básicos cuya filiación puede remontarse sin esfuerzo a los planteamientos iniciales del Aprismo.

\*\*\*

En el cuarto volumen *Aprismo y Filosofía* se encuentran recopilados ensayos de carácter filosófico publicados en los libros *Espacio-Tiempo Histórico* y *Toynbee frente a los panoramas de la historia*, a los que se han añadido otros trabajos de divulgación que sobre los mismos temas publicó Haya de la Torre en las décadas del 1950-1960. Todos ellos ponen de manifiesto que su principal preocupación fue encontrar el fundamento filosófico que ayudara al conocimiento de América con autonomía interpretativa de su historia y de su sociología.

Desde ese ángulo o punto de observación analiza las profundas repercusiones que la revolución científica y tecnológica del siglo XX está produciendo en la interpretación histórica y en la praxis política. Esto indudablemente signi-

fica que el avance insospechado de la Ciencia en el presente siglo y su aplicación práctica en la tecnología con la electrónica y el automatismo, se ha proyectado también al campo de las ideas, debido a lo cual muchas profecías del Siglo XIX han quedado incumplidas y el Siglo XX culmina con un nuevo orden mundial de «globalización» en la economía y la informática, debiendo interpretarse adecuadamente como un fenómeno de *interdependencia* entre los países desarrollados del norte y los subdesarrollados del sur.

Resulta ya lugar común reiterar que *el tiempo le ha dado la razón* a Haya de la Torre, desde el instante en que comprobó que a la luz de la nueva ciencia, el marxismo, dialécticamente, podía ser negado, es decir superado. Por eso creó una doctrina autónoma latino o indoamericana cuyos fundamentos filosóficos son la dialéctica y el relativismo aplicados a la historia. Este es, en síntesis, el contenido fundamental de la tesis del Espacio-Tiempo histórico.

\*\*\*

El quinto volumen lleva por título *El Plan de Acción* e incluye conferencias y discursos que señalan los hitos principales de un prolongado y apasionante proceso político de más de medio siglo.

Incluye los documentos correspondientes a la campaña electoral de 1931 en la que, por primera vez, el Partido Aprista Peruano participó directa y libremente, llevando como candidato a la Presidencia de la República a Víctor Raúl Haya de la Torre. Fueron publicados inicialmente en el libro *Política Aprista* y luego reproducidos tanto en la colección del *Pensamiento político de Haya de la Torre* como en sus *Obras Completas*.

En la presente edición se reproducen, en su integridad, los textos magistrales de dos conferencias sustentadas por el Jefe del Aprismo el año 1945 que marcó en el Perú el retorno a la democracia y el inicio de un breve período de libertad para los apristas que fue abruptamente interrumpido por un golpe militar en 1948. La primera conferencia sobre «Aprismo y Democracia» sólo llegó a publicarse fragmentariamente en el diario *La Tribuna* y la revista *Páginas Libres* y no está incluida en las *Obras Completas*. La segunda conferencia, intitulada «El Plan Económico del Aprismo» fue una continuación de la anterior y está publicada en la colección anteriormente mencionada.

Concluye este volumen con un importante documento histórico que únicamente fue publicado por el diario *La Tribuna* y por consiguiente no ha sido difundido en los libros que venimos mencionando. Se trata del Mensaje que Haya de la Torre dirigió a la Nación el 8 de junio de 1962, en su calidad de candidato a la Presidencia de la República, en vísperas de las elecciones que ganó por estrecho margen y que motivaron la interrupción del orden constitucional por el golpe militar que le impidió el acceso al poder al que tenía legítimo derecho por su sacrificada trayectoria de luchador social y su indiscutible calidad de estadista democrático, de ideas modernas y progresistas.

\*\*\*

A través de esta sucinta presentación del pensamiento escrito de Haya de la Torre, los lectores podrán apreciar el valor de su contenido y la indiscutible vigencia de la ideología que forjó para redimir a los pueblos sojuzgados de la América Morena.

De allí que fácilmente se puede demostrar que los principios doctrinarios del Aprismo –sintetizados en los enunciados generales del Programa Máximo del Apra del año 1924–, mantienen plena vigencia y actualidad a pesar de que el Siglo XX ya ha fenecido, se ha caracterizado por grandes cambios que han modificado el panorama mundial, especialmente con el derrumbe de los regímenes comunistas de Europa Oriental incluyendo a la ex-Unión Soviética.

De allí la importancia de los principios doctrinarios que son fundamentales e inherentes a toda organización política. A su vez, sin la existencia de partidos políticos con sólidos fundamentos doctrinarios no será posible el cabal funcionamiento del sistema democrático en todas las latitudes. Conclusión muy necesaria en esta época en que se pretende prescindir de las ideologías para reemplazarlas por el «pragmatismo» puesto en boga por el neoliberalismo derechista y reaccionario que ha pretendido imponer en el mundo el «capitalismo salvaje», severamente condenado por el Papa Juan Pablo II.

Como siempre propugnó Haya de la Torre, «en los países latinoamericanos el Estado debe estar al servicio de las clases populares» que constituyen la mayoría de la población. Por consiguiente, debe ser expresión de la alianza de clases explotadas unidas en un Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales.

Sobre esa base debe establecerse el sistema de gobierno que Haya de la Torre denominó *democracia funcional*, democracia dinámica y de avanzada hacia un mundo mejor. Democracia política sustentada en la soberanía popular y el respeto a los derechos humanos y libertades públicas. Consustancialmente, democracia económica que significa igualdad económica y abolición de los privilegios y mo-

nopolios que son la base del poder de las oligarquías contra las que siempre luchó y luchará el partido fundado por Haya de la Torre.

Estos planteamientos están expuestos en forma coherente y sistemática en los principales libros y ensayos del fundador del Aprismo, cuya vida y obra debe ser motivo de reflexión y análisis en el transcurso del tiempo que marcará en la historia luego de haberse cumplido el primer centenario de su nacimiento el 22 de febrero de 1995.

*Luis Alva Castro*

Presidente de la Comisión del Centenario del  
Nacimiento de Víctor Raúl Haya de la Torre



# LA CUESTIÓN DEL NOMBRE

De: *¿A DÓNDE VA INDOAMÉRICA?*  
Ediciones «Ercilla». Santiago de Chile, 1936.

*LA DEFENSA CONTINENTAL*  
Ediciones «Americalee». Buenos Aires, 1946.

## SIGNIFICADO POLÍTICO DEL NOMBRE

*A propósito de un prólogo de  
D. Luis Jiménez de Asúa.*

Hace tiempo que debo a este intelectual ilustre de la España nueva, una declaración pública. En su libro *Política, figuras y paisajes*, una obra llena de interés y de novedad, me ha mencionado generosamente. Ahora vuelve a hacerlo, en el prólogo de un libro que acabo de cerrar —tras leído y pensado—, escrito por don Eduardo Benzo, bajo el título de *La libertad de América*<sup>1</sup>.

Sin aludir al libro, voy a referirme al prólogo. Empezando por quien lo ha escrito, vaya un saludo cordialísimo a don Luis Jiménez de Asúa. Como algunos me tachan y muchos me califican de decidido anti-hispanista, quiero insistir en mi admiración por ciertos españoles que, en mi concepto, son representativos, no de la España madre o madrastra de América, sino del pueblo español hermano de los de América, y hermano sin privilegios de mayorazgo. Jiménez de Asúa es uno de los espíritus más serenos y una de las mentes más vigorosas de estos tiempos de flaqueza y de duda, quizás de gesta que vive España. Me interesa grandemente su posición frente a nuestra América, porque me parece la posición de un realista que ni se engaña ni enga-

---

<sup>1</sup> La libertad de América, por Eduardo Benzo. Edit. Cía. Iberoamericana de Publicaciones. Madrid. Véase también *Política, figuras, paisajes* por Jiménez de Asúa, Cap. II, págs. 71 y siguientes. 3ª edición. Edit. «Mundo Latino». Madrid.

ña. Jiménez de Asúa no es, ni tan radical como el gran don Pío Baroja, quien ni quiere oír nada de nuestros pueblos, ni sufre tampoco lo que él llama con admirable certeza «el hipo hispano-americanista que llega a inconcebibles situaciones». En mi modesta opinión, entre los dos extremos hay que quedarse con don Pío, cuya actitud de desdén o de ignorancia frente a América nos es más útil que esa insoportable e insincera declamación del oficialismo español, «torpes zalemas», según Asúa, que corea toda la prensa derechista de Madrid, sin excepción de *El Sol*. Jiménez de Asúa rechaza «la servil postura implorante de pariente pobre y viejo, que adula al familiar joven y poderoso», y no se une, con buen acierto, a la pretensión ingenua de los que en las esferas monárquicas de Madrid quieren a toda costa que esta nuestra América inmensa, con cien millones de habitantes que hablan castellano, portugués, francés, quechua, aimará, maya y zapoteca –para no enumerar más de las lenguas que hablan nuestros pueblos–, se declare hija total e inseparable de la España de ayer, de la de hoy y de la de mañana.

El punto de vista de Jiménez de Asúa es más sereno y más serio. Le parece prematura toda definición. Analiza y critica las existentes y deja la respuesta al futuro. Español de veras, es un español nuevo porque no es fanático y, por ende, puede ver el pro y el contra de las cosas. Conoce mucho de América, y adoptando una posición legítimamente liberal, ha matado de un golpe, o por golpes sucesivos, que esto yo no lo sé, al inquisidor que la mayor parte de los españoles llevan dentro. Expresándonos en popular, diremos que es un español con quien se puede discutir. Caso de selección y de excepción muy digno de anotarse.

Es en la parte tercera de su prólogo al libro mencionado, prólogo que es modelo de brevedad y de claridad, que Jiménez de Asúa se refiere a «las tres expresiones que con-

cretan la política posible de los pueblos de origen español», sin indicarnos si incluye genéricamente en estos pueblos al Brasil y Haití: «Panamericanismo, Latinoamericanismo e Hispanoamericanismo». Asúa dice, siguiendo su orden, que el primero representa «la amenaza imperialista de Norteamérica», el segundo, «es de invención gala e itálica y trata de fundarse en esa imprecisa raza latina que los franceses resucitan cuando les conviene y entierran cuando les estorba». El tercero, «es una expresión vagarosa y sentimental y, como toda actitud del corazón, se siente o no». Luego se refiere, mencionándome, a nuestra expresión aprista «Indoamérica», que según él, «sería de difícil legitimación en países como Cuba, en los que el indio ya no existe, o como en Argentina, donde no es tomado en consideración y preocupa nulamente». Por eso, no se siente inclinado a recoger este «vocablo parcial».

Esta cuestión de la denominación de nuestra América tiene, en mi concepto, especial interés. No creo que ninguna de las expresiones hoy usadas, sea de «invención» o de «cuño». Me parece que cada una de ellas corresponde a una época y forma de la evolución política y social de América, y tiene un contenido histórico.

En la serie de conferencias que, a fines de 1927<sup>2</sup>, ofrecí en la Universidad de México, sobre problemas americanos, dediqué una tarde a la discusión de estos términos. En mi opinión, el Hispanoamericanismo corresponde a la época colonial; el Latinoamericanismo, a la republicana; y el Panamericanismo, es expresión imperialista yanqui. Indoamericanismo es la expresión de la nueva concepción revolucionaria de América, que,

---

<sup>2</sup> Véase Teoría y táctica del Aprismo, por Haya de la Torre, 6ª edición aumentada. Cap. I. Lima. (La conferencia citada se incluye en este volumen, pág. 49).

pasado el período de las conquistas ibéricas y sajonas, se estructurará en una definida organización económico-política y social, sobre la base nacional de sus fuerzas de trabajo representadas por la tradición, la raza y la explotación de sus indígenas, que en el total de la economía americana –cuya unidad es indestructible– representan desde la época precolombina la base de nuestra productividad y la médula de nuestra vida colectiva.

Es verdad que los términos coexisten. Unos vocean panamericanismo; otros hispanoamericanismo; éstos, latinoamericanismo, y aquéllos indoamericanismo. Pero esta coexistencia tiene un significado social y económico. Hasta hoy, en nuestra América, también coexisten y se oponen diversos períodos de la evolución histórica que en otros continentes se suceden. En América tenemos la convivencia y la oposición simultánea de todas las formas de organización social y de todos los grados de evolución económica, dentro de las fronteras de nuestro continente y aún dentro de las fronteras de cada país. Salvajismo, barbarie y civilización: agricultura comunal primitiva, feudalismo, manufactura, industrialismo e imperialismo. Indios que nunca han sabido del uso de una rueda como instrumento de locomoción, han visto ya cruzar los cielos de sus montañas al aeroplano veloz. El señorito de Buenos Aires, que juega golf y se viste en Londres, tiene como compatriota y conciudadano al indio semidesnudo del Chaco. Así en el Perú, así en México, así en Colombia, así en Centroamérica.

Esta indefinición, esta contradicción, esta yuxtaposición histórica, si caben los términos, forma, en gran parte, la dialéctica de nuestro proceso erudito. Nuestra América ha sido y es campo de invasiones como lo fue Europa. Desde las inmigraciones y trasmigraciones precolombinas,

que también estudia Pauli en un libro moderno<sup>3</sup>, de Asia, de Indo-Europa y de Oceanía, del norte hacia el sur y viceversa, nuestra América ha sido campo de invasiones y conquistas inenarrables. Tres siglos de dominio español representan en nuestra historia un largo lapso que nos parece semi-eterno porque está reciente. Pero es menos en tiempo que ocho siglos de dominación árabe sobre España, por ejemplo. Los árabes legaron a España una gran civilización y fundieron una raza o mestizaje meridional, dejando un 10% de raíces en su lengua, según los filólogos. Los árabes tendrían derecho a exigir de la gratitud española un nuevo nombre, Ibero-Arabia o cualquier otro así. Pero la invasión árabe fue eso, una invasión, y determinó históricamente un movimiento de independencia en el que muchos hispanos-árabes combatieron para librarse de la tutela de sus abuelos de raza. El factor religioso de esa lucha corresponde a su época y es menos definido que en la lucha indígena contra España. Empero, en ambas conquistas y «reconquistas», pueden descubrirse las causas económicas que son el resorte de todos los grandes fenómenos históricos.

En nuestra América, después de sufrir la invasión del feudalismo y del mercantilismo, con la conquista y la colonia española, venimos sufriendo la invasión del industrialismo o del capitalismo, iniciada por Inglaterra, particularmente, e intensificada y superada por Norteamérica, después. Puede ser que la nueva invasión sea menos prolongada en esta época en que todo se acelera, pero es una invasión con sus caracteres propios, con su propia política y con formidables proyecciones sociales. Es cuestión del porvenir si sufriremos otras. En el fondo de estas influencias conquistadoras de afuera, persiste un hecho económico: la conquista siempre busca riqueza y la riqueza siempre la trabaja en grandes mayorías, el indio o su descendiente.

---

3 Ensayo de Etnografía Americana, por Antonio Pauli. Buenos Aires.

Se calcula, por gente autorizada<sup>4</sup>, en más de setenta y cinco millones, el número de los indios de nuestra América. Vale decir el 75%, aproximadamente, de nuestra población total. Aquellos indios, con su propia tradición, con sus propias lenguas, con sus propios dolores y anhelos, con su propio *gran problema*, constituyen, en inmensa mayoría, fuerza de trabajo, «productividad», mano creadora de riqueza. Eso es hasta hoy, desde el punto de vista social y dentro de la relatividad de todos los términos, lo eterno de América.

El conde Keyserling, con cuya total filosofía no coincido, en su análisis de los Estados Unidos, ha recogido las observaciones del psicoanalista suizo Jung, autorizado investigador de la vida subconsciente del yanqui. Para los que conocemos un poco Norteamérica, hay algo en las observaciones de Keyserling y en los estudios de Jung que es singularmente interesante. Ambos reconocen el poder del ambiente indígena conquistado, sobre los pueblos conquistadores, «hasta ponerlo al nivel del indígena, aborígen». Por eso, dice Jung y aprueba Keyserling, que «el ideal nacional de Norteamérica es casi puramente indio, como lo prueba la imagen o representación norteamericana del héroe, la idea norteamericana del deporte, india y no europea, como lo es igualmente la tenacidad y la concentración de un objetivo o propósito determinado». Esta idea que he alentado desde hace tiempo, la he visto definida y concretada en el estudio de Keyserling y en los análisis de Jung, presentados a la Escuela de la Sabiduría, de Darmstadt. En 1927, hablando en el Instituto de Ciencias Políticas de Williamstown, Massachusetts, emití conceptos coincidentes en un discurso sobre el indio centro y sudamericano. El *New York Times* publicó una síntesis de esos conceptos. Para mí siempre ha sido más que una simple expresión decorativa, un símbolo, esa cabeza de indio norteamericano que está acuñada en el

---

4 Revista de Filosofía. Año III, N° 4, pág. 474. Buenos Aires.

oro de algunas monedas de los Estados Unidos. La influencia del indio sobre el blanco de las Américas es indiscutible. El subconsciente indio vive en todos nosotros. Entre el norteamericano y el inglés existen, en mi opinión, mayores diferencias psicológicas, que entre el norteamericano y el piel roja. No pongo por ejemplo el caso del vicepresidente de los Estados Unidos, nieto de sajones e indios. Así en nuestra América. No importa que el indio no exista ya en Cuba o que «preocupe nulamente en la Argentina», afirmación esta última, que creo puede rectificar Jiménez de Asúa conversando con Ricardo Rojas o leyendo algo de la moderna literatura neo-incásica argentina, entre la que hay un interesante libro reciente, de leyendas, de Ernesto Morales<sup>5</sup>. Es cierto, es evidente que la idiosincrasia moderna de nuestros pueblos tiene mucho de aquélla de los habitantes autóctonos de América. El chileno de hoy no es tan enérgico y fuerte como el araucano de ayer. Así el mexicano, como pacífico el peruano (boliviano, ecuatoriano, nordargentino y sudcolombiano). En Costa Rica hay indios apenas, pero existe mucho de la psicología indígena, de la mejor y más pura. Alguna vez observé a yucatecos y guatemaltecos, que en ambos pueblos se habla castellano «con acento y entonación maya». No han muerto en nosotros ni las virtudes, ni los defectos del indio. El mestizaje ha traído, naturalmente, promiscuidad. Y el negro, que es otra de las invasiones postcolombinas que han llegado a América, ha impreso enorme influencia, tanto en los Estados Unidos, tal lo anotan Keyserling y Jung, como en las regiones tropicales de la América, que se extienden al sur del río Bravo<sup>6</sup>. Haití fue el primer Estado independiente de los nuestros.

---

5 Las enseñanzas de Pacaric. Edit. «El Ateneo». Buenos Aires.

6 Interesantes libros a este respecto: *The American Race Problem*. (1927), por Edward Byron Reuter. New York. *The Negro in our History*, (1922), por Carter G. Woodson. New York.

Me parece que Waldo Frank ha dicho verdad en sus últimas conferencias en la Universidad de México, cuando afirma que el europeo va extinguiéndose o transformándose en América, como ocurrió con el asiático o ario en Europa. Inglaterra está cada vez más lejos de Norteamérica, como España de nosotros. En aquellos nuestros países donde el progreso es mayor, el hispanismo es menor. Son los pueblos y regiones menos desarrollados de los nuestros, en donde vive la tradición española y donde abundan las gentes que quieren eternizar la influencia del coloniaje. Por eso, bien dice Jiménez de Asúa que el hispanoamericanismo es «una expresión vagarosa, sentimental», pues tanto como alcanzó a ver, sólo se alienta así, vagarosa y sentimentalmente, muy en especial por gente conservadora.

¿Es el latinoamericanismo «una invención gala»? como afirma Jiménez de Asúa. Yo no lo acompañaría en su afirmación. Históricamente, el latinoamericanismo me parece una expresión «renacentista». Cercada la América por la Inquisición, vivía, intelectualmente, en la Edad Media. Francia nos importa de *contrabando* una proyección del Renacimiento, del paganismo, en la acepción eminente del vocablo, del pensamiento latino resurrexó en Europa. Es innegable que nuestra revolución contra el imperialismo feudal español tiene, intelectualmente, raíz liberal francesa, médula latina. Nuestro paradójal republicanismo se contextura en mucho «a la francesa». Bolívar es un latinista brillante y jura, románticamente, luchar por la independencia de América, desde el Aventino, frente a las ruinas de Roma, cuna de las concepciones clásicas de los derechos del *demos*. Los Enciclopedistas, la Revolución Francesa y la legislación napoleónica de inspiración latina acodan en América. La independencia se inspira en Francia, y varios países, entre otros el Perú, adoptan hasta la división política y

la denominación burocrática de la república francesa. Haití, república negra que habla francés, se independiza antes que nosotros. Sus arcas ayudan cuantiosamente a Bolívar, protegido del plan Pétion, y cuando de México les piden auxilios económicos para la lucha contra España, hallan los haitianos que no tienen más fondos. (Alexander Bonneau.— Haití, ses progrès, son avenir, París 1867).

La expresión «latinoamericanismo» corresponde, pues, innegablemente, a nuestra época republicana y responde más a ella que el restringido y colonial «hispanoamericanismo». La explotación que los franceses puedan hacer de aquel vocablo es tan secundaria en importancia, como la que los yanquis imperialistas y españoles monarquistas hagan de los que unos y otros consideran los únicos posibles. Los tres tienen un significado histórico.

Los vanguardistas, los apristas, los antiimperialistas de América, inclinados a la interpretación económica de la historia, hemos adoptado la denominación Indoamérica como expresión fundamental. Las invasiones de las razas sajonas, ibéricas y negras, como las asiáticas y del resto de Europa, que nos han llegado, nos llegan y llegarán, han contribuido y contribuyen a contexturar la América nueva. Empero, pervive bajo todas ellas la fuerza de trabajo del indio. Si en Cuba ha sido extinguida y en la Argentina o Costa Rica muy absorbida, el indio sigue siendo la base étnica y social-económica de América. Tanto el que vive dentro de la civilización en el presente, como el que en inmenso número se agrupa todavía en primitivas organizaciones tribales. Con la raza india se fundirán muchas otras, pero nuestra América encontrará su definición y su camino antes que esos setenta y cinco millones de indígenas hayan desaparecido. Cada invasión, cada conquista han modifi-

cado parcialmente la raza indoamericana, pero la base étnica de nuestros pueblos es aún definitivamente indígena.

Los que vivimos esta época luchamos contra el imperialismo capitalista yanqui, como los que vivieron hace cien años lucharon contra el imperialismo feudal español, francés, y portugués. La dominación yanqui, si perdura, nos dejará también sus huellas profundas, como la española. El período «latinoamericano», que reemplazó históricamente al «hispanoamericano», puede ser que sea sucedido por la etapa «panamericanista». Nosotros luchamos por que no ocurra así, especialmente por el contenido imperialista del concepto. Las consecuencias de esas tres expresiones, que son consecuencia de invasión étnica, político-económica y espiritual, será el indoamericanismo que fundirá y definirá. La nueva revolución de nuestra América será revolución de base y de sentido indio. De conciencia o de subconciencia indígena expresada en una renovación económica y social. La Revolución Mexicana es un atisbo de este gran movimiento. Los países donde el indio no predomina, en América, no podrán substraerse a él.

Jiménez de Asúa escribe en su prólogo que «todo fallo sería prematuro» para decidir si somos hispanoamericanos o no. Creo que tiene muchísima razón y que su actitud es la única posible para un español que ha visto algo de América y que no se empecina. El tiene que aceptar que es la ley histórica que las influencias del conquistador se extinguen y transforman en los pueblos conquistados. Ni raza ni lengua tienen en el ritmo evolutivo de la historia garantía de eternidad. Muchos se empeñan en conservar la «pureza» de la lengua castellana, que es el resultado de otras lenguas, producto de su descomposición y transformación. Todo afán por conservar purezas de razas y de lenguas es, bien lo sabemos, anticientífico. La superioridad expresiva de la

lengua inglesa sobre la castellana se debe a que aquélla es una lengua libre, sin academias ni inquisiciones, producto directo de la evolución económica y social de un pueblo, y la nuestra está restringida por la que «limpia y da esplendor». Por eso en pueblos de mayor desarrollo económico, como el argentino, se ve ya que los viejos moldes del idioma se rompen al empuje de las nuevas necesidades. Largo sería extenderse sobre este punto.

Como no soy devoto de la historia heroica, episódica, creo en el determinismo económico de todos nuestros fenómenos históricos. Así me permito interpretar el descubrimiento y la conquista de América, el coloniaje, la invasión negra, así la revolución de la independencia, así la república, el imperialismo del dólar, la emigración europea y asiática, la Revolución Mexicana, nuestros movimientos antiimperialistas, etc. Estas causas económicas no excluyen lo heroico ni la influencia individual. Quedan, pues, a salvo, Colones y Pizarros, Bolívares, etc., ayer, como nuestros Zapatas y Sandinos de hoy. Creo que ellos no son causa sino instrumento o intérpretes, guías de movimientos y acaecimientos. Desde este punto de vista económico, no puedo ser hispanoamericanista. Creo que sería incurrir en «vagariosidad y sentimentalismo». El fenómeno económico de hoy no es hispanoamericano. Nuestros pueblos tienen ante sí el problema magno de una lucha entre el imperialismo, resultado de la organización y del sistema capitalistas dominantes en los Estados Unidos, y las grandes masas nacionales de trabajadores en nuestros pueblos, en su mayoría indias. Es el problema social mundial, que en nuestra América cobra caracteres muy especiales, fisonomía propia, complejidad y trascendencia «muy americanas». Por ser nuestra realidad así tan nuestra, estoy francamente contra todas las especies de trepadores seudo revolucionarios tropicales, que repiten discursos europeos para resolver nuestros problemas.

Ahora bien, ¿qué papel tiene España en todo esto? No alcanzo a verlo. Empero, la cuestión es interesante y tiende a aclarar conceptos útiles para la definición ideológica de la nueva América. Los apristas defendemos la expresión Indoamericanismo como denominación de nuestro gran movimiento renovador y unitario y antiimperialista. ¡Pero, si acaso, el debate queda abierto!

Con un público testimonio de admiración y simpatía a este gran español don Luis Jiménez de Asúa, que por liberal avanzado, por sabio y por justo, ha sido proscrito de sus cátedras de Madrid, como en los tiempos de esa Santa Inquisición que en España parece inmortal.

Berlín, 1930

### **¡NO NOS AVERGONCEMOS DE LLAMARNOS INDOAMERICANOS!**

Hace algunos años que vengo batallando por la «Cuestión del Nombre» ¿Cómo ha de llamarse al fin este Continente nuestro, cuya unidad descubre cada hombre, americano o no, que lo recorre, que lo observa, que explora su profunda e inquietante realidad de múltiples aspectos y de tan engañosas variantes? Vuelvo ahora sobre este asunto que considero importante, porque no es sólo disputa de palabras sino esclarecedor análisis de conceptos.

En una serie de conferencias que ofrecí, hace once años, en la Universidad de México sobre algunos de nuestros problemas continentales, promoví como tema inicial de la discusión el nombre que en justicia –justicia histórico-social digamos– correspondía a este lado del Nuevo Mundo, que comienza en el Río Bravo y remata en Ma-

gallanes. Y, entonces, al examinar las diversas denominaciones que como «Patria Grande» nos hemos adjudicado o nos han sido dadas, concluí que todas ellas tienen un significado, representan y definen una etapa de nuestra Historia. Por ende, no deben ser confundidas.

En efecto, nuestra dividida «Nación de veinte Estados» ha sido llamada principalmente *Hispano (o Ibero) América, América Latina e Indoamérica*, aunque también se pretendió identificarnos como «Eurindia», «Indoiberia» e «Indolatina». Pero los tres nombres más conocidos no son sólo meras denominaciones continentales, vale decir de *continente* en su sentido geográfico, sino también de *contenido*. Cada uno de estos nombres responde a una razón histórica, étnica, espiritual y política. Consecuentemente, quienes sostienen que debemos llamarnos «Hispano e Iberoamericanos» preconizan la prevalencia de España y Portugal, de lo Ibérico como tradición y como norma, e implican que nuestra verdadera historia sólo comienza con la conquista europea del siglo XVI. Los partidarios del nombre «América Latina» se basan en que él alude al tronco latino de las razas ibéricas y de las lenguas castellana y portuguesa. Reconocen al mismo tiempo el hecho de la poderosa influencia espiritual de la cultura renacentista, y particularmente francesa —de influencia vigorosa en nuestros pueblos—, y toman en cuenta el valor jurídico y político de las teorías democráticas que, inspiradas en la Enciclopedia y en la Gran Revolución de 1789, dieron rumbo ideológico a la victoria republicana de la Independencia.

De otro lado, los afanosos de que nos confundamos en el gran imperio americano del Norte, propugnan por el simple nombre «América» o por su contemporáneo, equivalente lato, «Panamérica» y, naturalmente, son voceros obsecuen-

tes del elástico «panamericanismo» que rige Washington y muchas veces influye y tuerce Wall Street.

Después de una detenida verificación, mantengo mis conclusiones de hace once años: el término «Hispano o Ibero América», y sus derivados «hispano o iberoamericano» o «hispano o iberoamericanismo», corresponden a la época colonial. Son vocablos de un significado preterista y ya anacrónico. Se refieren a una América exclusivamente española —o portuguesa cuando del vocablo Ibérico se trata—, e implican el desconocimiento de las influencias posteriores a la Colonia, que han determinado nuevas modalidades en nuestro Continente.

El término «América Latina» y sus derivados «Latioamérica» y «latinoamericanismo» son más amplios, más modernos. Corresponden, cronológicamente, al Siglo XIX. Abarcan todo lo español y portugués de nuestra Historia, sin excluir el aporte africano, porque incorporan a Haití, que habla francés, a nuestra gran familia continental.

Pero el término «Indoamérica» es más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo «cósmico» —digamos, recordando a Vasconcelos— manteniendo su vigencia frente al porvenir. Es término «muy antiguo y muy moderno», que corresponde justamente a la presente etapa revolucionaria de Nuestra América, apenas iniciada en México, en que aparece la gran síntesis de la oposición de contrarios que impulsa el devenir de nuestra Historia.

Repitiendo ecuacionalmente mis conclusiones de 1928, sostengo que: «Hispano o Iberoamericanismo», igual

Colonia; «Latinoamericanismo», igual Independencia y República; «Panamericanismo», igual Imperialismo; e «Indoamericanismo», igual Revolución, afirmación o síntesis del fecundo y decisivo período de la Historia que vivimos.

## EL CONTINENTE DE LAS EQUIVOCACIONES

Bueno es volver hacia algunas referencias originales: Ricardo Palma, el celebrado tradicionista peruano, sostiene que «la voz América es exclusivamente americana, y no un derivado del pronombre del piloto mayor de Indias, «*Albericus Vespucio*. El argumento se basa en la afirmación de que América o Americ es nombre de lugar en Nicaragua y que designa una cadena de montañas de la provincia de Chontales», y deduce y presume el tradicionista que aunque Colón no menciona el nuevo vocablo en la *lettera rarissima* de su cuarto viaje «es más que probable que verbalmente lo hubiera transmitido, él o sus compañeros, tomándolo como que el oro provenía de la región llamada América por los nicaragüenses». (*Tradiciones Peruanas*, Vol. 1º «Una carta de Indias». Calpe).

Empero, la teoría más aceptada hoy, como todos sabemos, es la que adjudica al cosmógrafo germano Martín Waldseemüller, profesor de la Universidad Lorenesa de St. Die, la primacía en la denominación de América en su célebre *Cosmographiae Introductio* de 1507. Humboldt así lo sostiene en su *Examen Critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent* (1837) ofreciendo detalles importantes acerca de la razones que tuvo Hylacomylus, apelativo latino del cosmógrafo, para creer, equivocadamente, que el Nuevo Mundo debía llamarse América «porque Americus lo descubrió». («cu & Europa & Asia a mulieribus sua fortica sint nomina...»).

Parece, pues, que América, que fue descubierta por equivocación cuando se buscaba un nuevo camino al Asia, fue también denominada por equivocación. Y parece que este sino de las equivocaciones, en cuanto a *redescubrirla y red denominarla* —particularmente a la parte que ella nos corresponde— prevalece hasta hoy. Porque «América» resulta en el lenguaje universal de estos días el vocablo nominador de Norteamérica o, más expresamente, de los Estados Unidos. «Americano» es el estadounidense o el yanqui para el resto del mundo. La gran república del Norte lleva como título oficial «Estados Unidos de América». ¡Y casi para vergüenza nuestra, o para indicio revelador de nuestro colonial complejo de inferioridad buena parte de nuestros pueblos llaman exclusivamente «americanos» a los ciudadanos y cosas de aquel país, olvidando que nosotros somos también hijos de América, por ende americanos, tanto como nuestros rubios y negros «primos» del Norte!

Equivocadamente también otros han llamado «Sudamérica» a la extensión que comprende el Continente desde México a la Patagonia. Pero este término que usaron los congresistas de Tucumán en su declaración de 1816, y también Alberdi, Sarmiento y otros ilustres argentinos del siglo pasado, es antigeográfico.

#### **EL ASPECTO HISTÓRICO Y POLÍTICO DE LA CONTROVERSIA**

En una nota final de su interesante libro *Latin America, Its Place in the World Life* (1937), el profesor de la Universidad de Columbia Mr. Samuel Guy Inman escribe con razón: «La disputa acerca de cómo llamar al pueblo de Sudamérica cuando se hace referencia de él como un

todo, es ya vieja». Y después de un detenido análisis de la «Cuestión del Nombre», en el que enfoca los términos «Hispanoamérica», «América Latina» e «Indoamérica» que usa en el texto de su obra casi indistintamente, reconoce que para su país el vocablo compuesto «Latin America» es el más usual y lógico y, sin duda, el más accesible al idioma inglés.

Ciertamente, desde el punto de vista norteamericano, «Latin America» es modo sajonizado y bastante preciso para denominarlo como nación continental, mientras nosotros no adoptemos definitivamente el nuestro. Sería forzado y retrógrado llamarnos «Spanish-América» o «Hispanic» o «Ibero-América», porque los dos primeros nombres excluyen a una república de la importancia del Brasil que no es «Spanish» mientras el segundo excluye a Haití que no es Ibero, porque es negra y habla francés; y sí es –por negra y por pequeña, por sufrida y por heroica sostenedora de la empresa libertadora de Bolívar– pueblo hermano nuestro.

Hay algo más, sin embargo, en el debate de las denominaciones: en estos tiempos de planes de conquistas y penetración de las Internacionales Europeas en nuestros países, predominan las motivaciones políticas. Así como los portavoces del Imperialismo de los Estados Unidos son todos ardorosos «panamericanistas» y sueñan quizá con un vasto imperio americano de polo a polo, también los imperialistas y conservadores españoles son todos furibundos «hispanoamericanistas». Aún muchos que pintan de revolucionarios e izquierdistas en España no cejan en esto, en llamarnos «Hispanoamérica». Por su parte el Eje fascio-racista ha encontrado en el «Hispanoamericanismo» un buen celestinaje histórico para llamarnos su «Imperio», tal figura nuestro Continente en libretos y folletines recientes de la «Falange» y otras organizaciones reaccionarias

españolas al servicio de la Internacional Negra. Y en cada uno de nuestros países los súbditos de Franco, sus agentes y propagandistas, se empeñan en «hispanoamericanizar-nos» con el mismo empeñamiento con que en las tierras del equívoco «caudillo» tratan los invasores extranjeros de fascitizar al indoblegable pueblo español.

En Italia la facción romana del fascismo –a pesar de que apoya los planes imperiales de Franco como instrumento y vehículo para su soñado plan de «etiopización» del Nuevo Mundo– mantiene aún por tradición romana el término «América Latina» para denominarnos, como es de uso también, por anhelos de expansión cultural, en Francia y por facilidad de expresión en Inglaterra. Y en Alemania, la facción nazi del fascismo, que usa tácticamente para sus ambiciones de absorción en América los cómodos vehículos de España y Portugal, nos llama «Iberoamericanos»; y este es el nombre oficial de su famoso Instituto de Berlín, formado en torno de la biblioteca donada por el profesor argentino don Ernesto Quesada.

Aunque sea curioso que también del lado de la España republicana no faltan escritores que nos «hispanoamericanicen», importa advertir que esta forma de llamarnos no es popular en la Península. Vale decir que no es del pueblo sino de las élites y aristocracias más o menos intelectuales. El pueblo español denomina a nuestra «Patria Grande», simplemente *América* como antaño la llamaba *Indias*. Por eso *Indoamérica* tiene de hispano, que es palabra estructurada por dos formas populares españolas de distinguirnos a través de los siglos: *Indios* y *Americanos*. Al inmigrante peninsular que regresa a España –no está demás el recuerdo– llámalo el lenguaje popular castellano «indiano».

## NUESTRAS RAZONES EN FAVOR DE INDOAMÉRICA

No eludimos nosotros, los que preconizamos el nombre de «Indoamérica», la razón política. Contrariamente, la subrayamos y exaltamos como singularmente significativa. La denominación de nuestro Continente no es sólo un asunto de semántica circunscrita. Es, en su vasto sentido vital, cuestión de Historia. Pero vale repetir que esta nueva palabra del léxico aprista tiene también sus defensas inobjetables en lo que podríamos llamar con elevada interpretación política la «semántica histórica».

Es, como lo indico más arriba, la *unidad superior* de los que sostienen la tesis del «hispanoamericanismo» y la antítesis del «Latinoamericanismo». El concepto «Indoamérica» completa la tríada, porque en su valor de síntesis incorpora todas las razones de uno y de otro lado, aducidas en esta polémica, y determina y señala a nuestro Continente, aludiendo a su contenido social, étnico, político, idiosincrático, lingüístico.

La más simplista y común objeción al vocablo «Indoamérica» y a sus derivados «Indoamericano» e «Indoamericanismo» se afirma en el argumento de que en algunos países nuestros los indios puros son minoría, como en el caso de Costa Rica, Cuba, Colombia, Chile, Brasil, Uruguay y Argentina. No es difícil la respuesta sin embargo. Considerada Indoamérica como un todo —y tal la razón del nombre común—, el valor numérico de «lo indio» es mayoritario. Porque no se trata del indio puro, sino también del mestizo. Y no puede negarse que nuestro Continente, a pesar de sus citadinas y esporádicas islas blancas, es, por predominio de cantidad y por carácter de calidad, mestizo de indio y blanco y, en grado menor, de indio y negro. De

allí que el mismo Palma dijera con no poca razón y mucha gracia, ironizando sobre el racismo aristocratizante de cierta casta españolista limeña, «que aquí el que no tiene de *Inga* tiene de *Mandinga*».

Pero no es la razón del número, el dato del censo, el índice estadístico lo que apoya el indoamericanismo como nombre y como idea. Es algo más hondo y telúrico, más recóndito y vívido: es el espíritu y la cultura nuestra en que afloran remotas savias desde los oscuros abismos ancestrales de tantas viejas razas en estas tierras confundidas. Germán Arciniegas, brillante escritor indoamericano –de Colombia donde los indios pur-sang son minoría– ha escrito en su bello libro *América, tierra firme* (1938) estas palabras palpitantes de verdad: «Nuestra cultura no es europea. Nosotros estamos negándola en el alma a cada instante. Las ciudades que perecieron bajo el imperio del conquistador bien muertas están. Y rotos los ídolos y quemadas las bibliotecas mexicanas. Pero nosotros llevamos dentro una *negación* agazapada. Nosotros estamos descubriéndonos en cada examen de conciencia y no nos es posible someter la parte de nuestro espíritu americano por más silenciosa que parezca. Por otra parte, es cuestión de orgullo. De no practicar un entreguismo que nos coloque como serviles imitadores de una civilización que por muchos aspectos nos satisface, pero que por muchos nos desconsuela y desengaña».

¡Palabras éstas de un escritor mozo que no usa aún el vocablo Indoamérica pero que brillante e indirectamente fundamenta su defensa! Ellas dicen mucho de las razones culturales en que incide nuestro punto de vista. El Indio está en nosotros. Andrés Siegfried lo ha visto bien, aunque parcialmente en su *Amerique Latine* (1933) al remarcar

que «el fondo de la población es *rojo*, sea en Bolivia, en Perú, en Venezuela y aún en Chile, donde el *roto*, de carácter mestizo, no puede ser considerado de ninguna manera como perteneciente a la raza blanca; porque a pesar de las afirmaciones en contrario, el viajero que sabe ver no se equivoca, pues él se encuentra en presencia de un indio». Y aunque Siegfried hable de una «América blanca» en superestimada oposición a la *roja*, acierta en mucho al reconocer y comprobar la importancia e influencia de lo Indio en nuestra raza y nuestra mente.

Con más penetración y grandeza, pese a sus hermosas fantasías de germano nebuloso, ahonda mejor el Conde Keyserling en las discutidas y sugerentes *Meditaciones* que son por su contenido y por su tesis, «indoamericanas» y no *sudamericanas* como impropia y limitadamente las intituló. En Keyserling, quienes sentimos más abajo del blanquisco pigmento el latido recóndito del corazón del indio, hallamos muchas verdades. Ellas duelen a veces porque arrancan cruelmente la piel de los europeizantes para enseñarles el plasma profundo de su indoamericanismo. Pero, aunque con menos originalidad de lo que puede suponerse —si hacemos el examen de conciencia que Arciniegas pide—, Keyserling descubre en nosotros hondos secretos psicológicos que cada cual conoce más o menos bien, y oculta y disimula mejor con el pródigo barniz de nuestro habitual afán de vivir mintiéndonos.

Keyserling ha indignado a no pocos porteños argentinos descubriéndoles su tuétano indio. Los grupos intelectuales colonialistas de Buenos Aires se han sentido ofendidos —ellos, que miran sin cesar a Europa-madre y viven atentos a sus mínimos gestos para seguirlos!— Esta indignación es, no obstante su altisonancia, artificial y snobista. Las élites coloniales bonaerenses y sus cenáculos literarios

adictos –arrogantes como buenos criollos– consideran ridículo, abominable y hasta indecente que un señor alemán de sangre azul les descubra la «tristeza india» más abajo de sus maquillajes parisienses y sus burgueses artes de sastretería. Pero la «tristeza india» está en la Pampa –¡pampa, nombre quechua!– y, más adentro en la verdadera Argentina indoamericana, que suelda sus vértebras con los Andes y pega sus tierras a las que fueron parte del predio comunitario de los Incas, la «tristeza india» está viva, profunda como la marca de bronce de tantos y tantos «cholos» argentinos que yo vi en los alrededores de Humahuaca, de Jujuy, de Salta y de Tucumán, donde todavía dice su palabra juntadora de pueblos el imperial verbo quechua de remotos ecos que parecen eternos.

#### **INDOAMÉRICA, VOCABLO DE REIVINDICACIÓN Y DE OPTIMISMO**

Keyserling hace tres afirmaciones sobre la trascendencia telúrica de lo Indio en nuestro Continente. Dice que la tristeza indoamericana «no tiene nada de trágica» (Medit. 10). Descubre que en estos pueblos «encontramos hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del Universo» (Medit. 8). Reconoce que «precisamente la intelectualidad y la pasividad de Indoamérica pueden conferirle en este viraje de la Historia una misión trascendental para la Humanidad», porque «existen ya las condiciones» y le parece «asegurado el porvenir indoamericano» deduciendo que «es posible que el próximo renacimiento del espíritu surja en Indoamérica para la salvación de los hombres todos y para redimirlos de la brutalidad» (Medit. 8).

Estimulantes conclusiones que no se basan en una concepción europeizante o colonial de Indoamérica y que

reconocen su unidad indestructible en la raíz de lo indígena y telúrico. Porque nuestra –india– es la tristeza indoamericana –de la que dice Keyserling, quizá en la más aguda y realista de sus tesis– que «entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna» (Medit. 10).

Y esa *tristeza optimista* –acicate dolido y férvido de nuestra revolución– surge ya acendrada y vívida en lo que hay de arte puro en Indoamérica. Degenera y desfigura en los malos tangos cabareteros y en todo ese mezquino jaez de pésima musicalería colonial que empequeñece la tristeza en morbosas angustias sexuales. Pero es fuerte y pura en los viriles ritmos quechuas que no cantan esclavitud –la kachampa cuzqueña por ejemplo–; y en más de una dulce y bella canción maya que oí en Yucatán; en la música mestiza de buena cepa campesina, como el «pericón», el «tamborito» la «ranchera» y «santiagueñas» gauchas; en las vibrantes «zambas», «zambacuecas» o «zamacuecas» o «marineras», que con variantes leves de compás son del Plata, de Chile, de Bolivia y del Perú; en los «pasillos» de Ecuador y Colombia; en no pocas canciones brasileñas, centroamericanas y antillanas, y en la magnífica música popular de México plena de gallardía y de vigorosas resonancias. Surge también esa optimista tristeza india en la pintura genial de Rivera, Orozco y sus discípulos y en la auténtica poesía rural indoamericana irónica y ágil, a lo «Martín Fierro», porque la ironía triste y fuerte a la vez es de firme rastro indio, y en quechua tenemos de ello expresiones incomparables.

Por todo eso que ya anuncia el espíritu de lo que nuestra Patria Grande ha de ser, «Indoamérica» es un nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional. El arte se ha adelantado a su adveni-

miento; pero por él habla precursoramente la rebeldía y el secreto optimismo que van gestando una medular transformación en nuestros pueblos.

Y ese es el sentido y la justificación histórica de la expresión «Indoamérica». Ella envuelve y sintetiza, como queda dicho, a todas las demás: *Indias* fue llamado este Continente durante tres siglos por nuestros conquistadores, y *América* es nombre tan europeo como nuestro. Es latino por Vesputio, por Hylacomylus y por los españoles y portugueses que lo aceptaron. Y el vocablo *Indoamérica* que –repetámoslo– es de todos modos de origen ibérico y –reiterémoslo– es por tanto, de extracción latina, al mismo tiempo que conserva la auténtica denominación del Descubridor, y la de su primer defensor, Las Casas, amén de la que usaron las instituciones básicas del virreinato, supera esos valores alusivos con el sentido moderno del Indio y de nuestra América que va transformándose y definiéndose en el crisol de una nueva raza y de una nueva cultura.

¡No nos avergoncemos, pues, de llamarnos, indoamericanos! Reconozcamos que en el corazón de nuestro Continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está lo Indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera en la epidermis y el sol se negara a retostarla. Porque está viva lo que Arciniegas llama bellamente «la negación agazapada», y ella ha de aflorar en plenitud de sus valores vitales algún día. Muchas veces, viajando por nuestras tierras y oyendo el habla de sus pueblos, he pensado que el indio está impreso en nosotros hasta en la entonación con que hablamos nuestro idioma. El hombre de México, según la región, da al castellano un acento que no es raro percibir y distinguir cuando se oye hablar los dialectos indígenas. Alguna vez observé que hay tono *yanqui* en el dejo de los norteros azteca o zapoteca en el de los de la meseta y ma-

yaquiché, en los de Yucatán y Guatemala. ¿No hablarían los chibchas con la cadencia colombiana y los araucanos con el «canto» chileno? Los andinos de Ecuador, Perú, Bolivia y sierras argentinas tienen semejante inflexiones quechuas. «Canto» mochika es el de los costeños del Nor-Perú y guaraní el de la entonación paraguay-chaqueña. Y donde el negro dejó su rastro, cuando sustituyó al indio, hay una manera peculiar de hablar la lengua de Castilla. No hablamos, ciertamente, en Indoamérica el español de España. Y lo hablamos con diversos tonos. Digno de observarse es también que nadie sabe escucharse el propio «dejo». En cada región de América se dice que los foráneos «cantan».

¡«Canta» el indio en la fonética de todos, pero sólo lo reconocemos en los extraños! Conocernos a nosotros mismos es quizá el mejor paso para lo que tantas veces se ha llamado el *redescubrimiento* de Indoamérica...

Incahuasi, Perú, noviembre de 1938.

# **EL PROBLEMA HISTÓRICO DE NUESTRA AMÉRICA\***

---

(\*) Conferencia dictada en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria de México, el año 1927. Versión de Carlos Manuel Cox.

## EL NOMBRE DE AMÉRICA

América Latina no tiene por desgracia un nombre. Padece de la falta de una expresión unánime que comprenda a todas las naciones situadas al sur del Río Bravo y que se extiende por el vasto continente hasta la Patagonia y la Tierra del Fuego. Ya hemos examinado en la proposición «Europa y las dos Américas» el significado de los nombres que se nos atribuye como realidad geográfica e histórica. Podemos hacer un resumen, o mejor un esquema amplísimo usando la terminología matemática. Hispanoamericanismo igual Colonia; Latinoamericanismo igual Independencia y República; Panamericanismo igual Imperialismo, e Indoamericanismo igual unificación y libertad.

### MÉTODO DIALÉCTICO

Para enfocar nuestra realidad, para estudiar el complejo histórico de los veinte pueblos de América Latina no se ha empleado un mirar justo. Se ha pretendido siempre relevar lo episódico, anecdótico y circunstancial sin acometer la esencia misma de nuestra realidad. Creo que el mejor método que se debe emplear en la investigación de nuestros fenómenos históricos es el método hegeliano, vale decir la dialéctica.

El método hegeliano aplicado a la historia tiene su ancestro en Heráclito de Éfeso. Nada permanece, todo deviene, decía el formidable pensador griego. La unidad resulta de la concordancia de los contrarios. La noche sigue al día,

la muerte al nacimiento, el sueño a la vigilia y no se estima el valor sin el peligro y la salud sin la enfermedad. Todo deviene, resumía el heleno, como cuando nos bañamos en un río que siempre es y no es el mismo en cada instante. Empero, Heráclito era un fatalista. Su filosofía no tenía en cuenta la libertad dentro del proceso del devenir.

Hegel depurando las experiencias del griego acomete el problema certeramente. «La naturaleza debe ser considerada como una serie de grados, uno de los cuales resulta del otro», escribía. Todo concepto siendo limitado lleva en sí su negación, pero la negación da origen a un nuevo elemento positivo. Se niega sólo el contenido limitado; la negación significa que entra en vigor un nuevo concepto. Es de aquí que surge el sistema de las triadas de Hegel. Todo concepto propuesto se niega luego estableciendo la unidad de las antinomias, para llegar a la unidad superior que comprende a la vez la posición y la negación, tesis y antítesis, retornando nuevamente al mismo proceso, en un *corso y ricorso* inextinguible.

La base del sistema hegeliano parte de esta proposición: ser, tesis; no ser, antítesis; llegar a ser, síntesis, devenir. Hegel pone frente a la inocencia del niño el purgatorio de la duda y de esta oposición el carácter firme y armónico. El grano de semilla se disuelve para que surja la planta, pero la planta conserva lo esencial del grano de simiente para el nacimiento de la nueva planta. Quería Hegel explicar así la conservación de las fuerzas y de los valores de la existencia. La muerte es el fin de la vida pero no el aniquilamiento de la esencia vital. El hombre porta en sí, conspirando, el germen de la muerte. Esquemáticamente resulta:

posición — negación — unidad superior  
tesis — antítesis — síntesis

El sistema de Hegel abraza en un esfuerzo genial, la naturaleza, la política, la religión y la estética, y abarcando a su vez esta última, arquitectura, escultura, pintura, música y poesía.

## **EVOLUCIÓN, REVOLUCIÓN, VIOLENCIA**

Este método ha sido aplicado por Marx a las sociedades europeas. Toda sociedad lleva consigo los gérmenes de su propia destrucción, como todo organismo. Ya lo dije, el hombre porta en sí el mal que lo ha de matar. El hijo es la negación del padre, la síntesis, mejor, del padre y de la madre. Mientras el hijo crece el padre declina, cuando el hijo adquiere vigor el padre se agota.

La sociedad feudal en Europa sufre idéntico proceso. El señor feudal con su castillo, sus siervos y la gran propiedad son la tesis. El burgués de las ciudades nacientes, dueño de la riqueza y del comercio es la antítesis. La Revolución Francesa, violencia, destrucción, es la síntesis que corona la sociedad capitalista.

Dentro de toda sociedad, las clases y sus sistemas evolucionan, negándose mutuamente. De la pugna florece la nueva sociedad, fruto de la violencia. La solución de los contrarios es la revolución.

## **LA TESIS AMERICANA PRECOLOMBINA**

Veamos qué resulta de la aplicación de este método histórico a la historia americana.

La negación de la negación viene a ser las sociedades indígenas organizadas, los quechuas y los aztecas. El comunismo primitivo de la organización incaica alcanza maravillosas proporciones. Económicamente los quechuas habían implantado un socialismo, que aunque teocrático e imperial, impedía la posesión privada de la tierra, única fuente de producción en esa sociedad campesina. La unidad del Imperio Incaico se había realizado en un vasto territorio, desde el sur de Colombia hasta el Noroeste de la Argentina, con una población de más de veinte millones de habitantes. El *ayllu*, la comunidad indígena –supérstite aún, pese a la conquista y a la República– unida también por la sangre, era la célula del Imperio.

El sistema azteca era en verdad diferente. Se puede decir que mientras los Incas eran socialistas, los aztecas eran individualistas. Sin embargo, aunque existía propiedad privada en la sociedad azteca, el *callpulli*, comunidad de trabajo –germen del ejido– daba un tinte socialista a esta organización, cuyo postulado era como el de los Incas: el que no trabaja no come.

## LA ANTÍTESIS HISPÁNICA

Plejánov, el gran teórico socialista precursor de la Revolución Rusa, aplica el determinismo histórico al descubrimiento y conquista de América. Los conquistadores españoles estaban acicateados por las soñadas riquezas de la India, cuyo camino habían acercado las Cruzadas y las expediciones de los navegantes portugueses. Con el descubrimiento, se presenta en América la gran antítesis hispánica.

La conquista española en América no es empero la única causa de disolución de las sociedades indígenas. En los imperios azteca y quechua existía el germen de su

propia destrucción. En México las tribus enemigas de la Confederación azteca eran un agente poderoso de ruina. En el Imperio de los Incas, la división de éste entre los dos hijos de Huayna Cápac: Atahualpa y Huáscar, determinó una crisis que permitió la invasión española. Los conquistadores hispánicos encontraron una resquebrajadura por donde se introdujeron, dando el golpe definitivo.

El antagonismo entre los invasores hispánicos y los indígenas de América es tremendo. Políticamente: la monarquía española se enfrenta a las monarquías teocráticas indígenas. Económicamente: el feudalismo frente al socialismo o comunismo primitivo aborígen. Religiosamente: el monoteísmo católico contra el politeísmo o, mejor, panteísmo indígena. La raza blanca a la autóctona de bronce. El hierro de los conquistadores, la técnica, las armas de fuego, al cobre y a las deficientes lanzas de los indios.

## **LA SÍNTESIS COLONIAL**

La implantación del sistema colonial en América solucionó la oposición de los contrarios, el antagonismo del comunismo primitivo con el feudalismo europeo, pero no completamente. El feudalismo virreinal en el gobierno va destruyendo la comunidad india, mas, ante su resistencia, tiende a coexistir con ella. La religión transa igualmente y el cristianismo se injerta en el olimpo indio. Las razas se mezclan resultando el mestizo, que vive junto al indio puro. Al mismo tiempo el hijo del español educado y vitalizado en América se transforma en el criollo, distinto al tronco de origen.

Dentro del proceso de la colonización española en América encontramos diferencias remarcables. Cortés, conquistador de México, construyó sobre las bases de la vieja

Tenochtitlán, la actual ciudad de México. Consolidó el nuevo régimen sobre las ruinas del antiguo. En el Perú ocurrió cosa distinta. Pizarro, más analfabeto que Cortés, si cabe, dejó de lado la antigua capital del Tahuantinsuyo, la imperial ciudad del Cusco, y construyó la ciudad de Lima en la costa, lejos del foco de la civilización destruida, simbolizando así el desarraigo, la negación que germinaba ya en la síntesis propuesta.

La invasión española va planteando con la colonia su propia negación. La colonia es el nuevo sistema que alimenta la nueva antítesis. El indígena es dominado y vencido, pero de la clase criolla, heredera de la raza conquistadora, surgirá la nueva negación *determinada por las condiciones económicas*.

La colonia está dominada por la clase feudal o latifundista formada por la aristocracia y el clero y el comerciante que aparece como intermediario para la exportación e importación de efectos con la metrópoli. Económicamente la cuestión se plantea así: monopolio feudal, tesis; concurrencia, antítesis; solución de los contrario: monopolio moderno.

El yugo económico del monopolio era intolerable para una clase que *después de tres siglos deviene fuerte y poderosa*. En trescientos años de dominación los españoles establecidos en América, los criollos latifundistas, han conseguido aumentar la producción, las materias primas se acumulan. Los cueros, los granos, el sebo, codiciados por el comercio extranjero no tienen salida, porque España prohíbe comerciar con otros países. Ella ha implantado un monopolio rígido. Nace entonces el descontento. Don Bartolomé Mitre, historiador y político argentino, escribe en la *Historia de Belgrano*: «a la sombra de los intereses económicos venía elaborándose la idea revolucionaria».

## ¿LA REVOLUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA FUE UN MOVIMIENTO DE EMANCIPACIÓN INTEGRAL?

### DETERMINISMO ECONÓMICO

La revolución de la Independencia estuvo determinada económicamente. Don Justo Sierra escribe: «Alguna vez los virreyes favorecieron la formación de grupos, no de enemigos de España que no los había y que estaba personificada en el soberano bribón don Fernando VII que en América aparecía como víctima infortunada digna de todo amor, sino de los españoles que monopolizaban la explotación administrativa de la colonia y que por medio de las audiciones, el alto clero y los encumbrados gremios mercantiles como el Consultado de México, pretendían tutorear al virrey mismo».

Así nacen las luchas por la Independencia. En algunos países como la Argentina la lucha por la emancipación se inicia con caracteres francamente comerciales, (comercio de productos del latifundio), mientras en otros países tomaba el aspecto de simple liberación de impuestos. Ingenieros dice: «La necesidad de la emancipación económica determinó a ciertos grupos a luchar por su emancipación política para dejar de ser una clase económicamente inferior respecto de la constituida por los peninsulares. Estas necesidades fundamentales encontraron una bandera doctrinaria en las ideas difundidas por los fisiócratas y los enciclopedistas que algún camino habían hecho en España durante el reinado liberal de Carlos III».

Es así como florece la paradoja del injerto de la ideología francesa revolucionaria antifeudal, apuntalando la revolución de la independencia americana, desembozadamente latifundista y feudal. Mientras en Europa, en la Francia, los revolucionarios atacaban el latifundio y la gran propiedad, en América con el mismo fraseario, se sostenía ese régimen. Los criollos *aprovecharon* o utilizaron la ideología importada de Francia. La ponían al servicio de sus propios intereses, contrarios al de las castas gobernantes españolas.

El historiador y economista argentino Echevarría reafirmando esta tesis, escribe: «La sociedad americana estaba dividida en tres clases opuestas en intereses sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política: 1° el clero, los togados y mandones; 2° los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna; 3° los villanos llamados gauchos y compadritos en el Río de la Plata, cholos en el Perú, rotos en Chile, laperos en México. Las castas indígenas y africanas eran esclavas y tenían una *existencia extrasocial*. La primera gozaba sin producir y tenía fueros de hidalgo. Era la aristocracia compuesta en su mayor parte por españoles y muy pocos americanos. La segunda gozaba ejerciendo tranquilamente su industria y comercio, era la clase media que se sentaba en los cabildos. La tercera, única productora por el trabajo manual, componíase de artesanos y proletarios de todo género. Los descendientes de las dos primeras clases que recibían alguna educación en América o en la Península, fueron los que levantaron el estandarte de la Revolución».

Para significar las limitaciones de la Revolución de la Independencia y concretar su significado a la liberación de una clase social fuerte económicamente, pero políticamente oprimida, veamos lo que decía la representación de los ha-

condados de las campiñas del Río de la Plata al Virrey don Baltazar Hidalgo de Cisneros en septiembre de 1809, en el expediente formado para proporcionar ingresos al erario por medio de un franco comercio con la nación inglesa. *Decía la representación:*

«Hay verdades tan evidentes que se injuria a la razón con pretender demostrarlas. Tal es la proposición de que conviene al país la importación franca de efectos que no produce ni tiene y la exportación de los frutos que abundan hasta perderse por falta de salida».

«Estas regiones producen un millón de cueros sin las demás pieles, granos y sebo que son tan apreciables al comercio extranjero, llenan todas nuestras barracas en oportunidad para una activa exportación...».

«A la libertad de exportar, continúa, sucederá un giro rápido que poniendo en movimiento los frutos estancados hará entrar en valor los frutos de los nuevos productos».

«Estos son los votos de veinte mil propietarios que represento», terminaba el memorial, firmado por Moreno, gran propietario, prócer de la Independencia Argentina, cuyas cenizas fueron arrojadas años después por los agentes de España al Océano Atlántico.

En las comarcas argentinas que se encontraban en una situación deplorable, debido a que la metrópoli no permitía ninguna influencia extraña, se observa claramente las causas económicas que precipitaron la Independencia.

De Molinari piensa que en las colonias españolas las guerras de la emancipación tuvieron por promotores a los aspirantes a los puestos civiles y militares que querían expulsar a los funcionarios metropolitanos para ocupar sus puestos.

## LA SIGNIFICACIÓN DEL HÉROE

Dentro de este determinismo económico, se preguntarán muchos, ¿qué papel juegan los héroes? Al significar la influencia del factor económico no he querido regatear la importancia del héroe en la historia, del héroe en el sentido de Carlyle, ni menos la de los héroes de la primera emancipación. Bolívar, San Martín, Hidalgo, cobran un inusitado valor aplicándoles la concepción de Plejánov. El héroe, según el socialista ruso, no hace sino interpretar, intuir, dirigir los anhelos vagos e imprecisos de la multitud, pero está siempre determinado por la clase social revolucionaria a quien representa. Precisa limitar el radio de acción del héroe y al par exaltar la necesidad del héroe. Los héroes de la Independencia recogieron y expresaron victoriosamente la necesidad de su clase. La mayoría de los héroes venían de la clase dominante e ilustrada, militares, clérigos, intelectuales. Su acción concretábase a las aspiraciones de esa clase, por eso la independencia no ha sido un movimiento de emancipación integral. Pero, en cada movimiento de clase, la clase que se libera encarna o pretende encarnar en un momento dado, el anhelo total del pueblo. Ahí están los ejemplos históricos de las revoluciones Francesa, Inglesa y Norteamericana.

## YUXTAPOSICIÓN DE RAZAS Y DE SISTEMAS POLÍTICOS. COEXISTENCIA DE ETAPAS SOCIALES

De la síntesis de la colonia surge su negación: la república, otra tesis que alimenta también su antítesis. El sistema republicano representa la autonomía de los terratenientes de la corona española, de los gamonales como se les llama en el Perú, subsistiendo en el fondo, como hemos visto, el régimen feudal heredado de España. Lo único que

cambia son los nombres, las denominaciones. La esencia de las instituciones no varía. Se prolonga la gran paradoja de la ideología francesa antilatifundista, en organizaciones feudales. Se yuxtaponen sistemas políticos, así como la raza blanca se yuxtapuso a la india sin conseguir amalgamarse con ella profundamente. Y sin darnos cuenta de la ironía que encierra superponer el gorro frigio de la democracia francesa al indio con zarape o con poncho, símbolos de su atraso y explotación, nos ufanamos de haber alcanzado la igualdad, la fraternidad, la libertad...

La América Latina agrícola íntegramente y con pequeñas industrias típicas, incapaces de abastecer las crecientes necesidades del pueblo, deviene campo propicio para la colocación de mercaderías extranjeras. El régimen capitalista que en Europa y Estados Unidos ha evolucionado hacia un Imperialismo franco, concurre a fortalecer a la clase dominante porque necesita facilidades y ventajas, propicias a sus industrias. Es así como se acentúa el desequilibrio de nuestra vida social. En América Latina no ha ocurrido una evolución lógica y normal, al igual que en las sociedades europeas o en los Estados Unidos. Las diversas sucesiones de sistemas no han creado entre nosotros una evolución orgánica. Antes bien, hay una superposición de diversas etapas sociales. Las sociedades primitivas representadas por tribus salvajes muchas veces antropófagas; las sociedades bárbaras, etapa en que se encuentran los indígenas que tuvieron antaño comienzos de civilización, truncada por la conquista y por su propia decadencia; la clase de los terratenientes con mentalidad del siglo XV; y por último, gentes de las ciudades y de las grandes capitales, núcleos industriales –México, Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago, Lima– que piensan a la moderna muchas veces en francés y en inglés. Todos estos estratos sociales coexisten en abigarrada mezcla. Ninguno ha desaparecido

para sustituirlo el otro; antes bien, guardan su autonomía y hacen su vida apenas rozándose. Este es el más trágico y tremendo problema de nuestra América.

En los Estados Unidos del Norte no ocurre parejo suceso. La sociedad norteamericana ha evolucionado normalmente, eliminando los residuos de anteriores períodos prehistóricos. Los llamados aborígenes, que se les viste espectacularmente con plumas y trajes primitivos en los tablados y ferias burguesas, muchas veces para estrechar la mano de Mr. Coolidge, son hombres incorporados ya a la civilización yanqui.

El Estado en América Latina, representa esta indefinida y fluctuante realidad social. Si en Europa el Estado es el producto de una clase, en América Latina no lo es. El Estado, si bien es órgano de las clases ricas, entre nosotros vacila entre la clase latifundista o la casta de los agentes del Imperialismo, semi-industrializante. Por eso se presenta encarnándose en un hombre o en una camarilla.

#### **NUESTRA AMÉRICA DEMOCRÁTICA O ANTIDEMOCRÁTICA**

La Independencia no destruyó el latifundio; lo afirmó. Las ideas de los liberales o radicales franceses, perdieron su valor subversivo, instaurada la república. Los esclavos no se libertan inmediatamente pese al afán democrático. La esclavitud de los negros subsiste en el Brasil hasta 1880, en los Estados Unidos y el Perú hasta 1860. Malgrado el grito inicial de emancipación, la esclavitud del indio continúa. El aislamiento, caro al terrateniente, única clase triunfante de la Revolución, determina la división y subdivisión de los antiguos virreinos españoles, en muchas repúblicas. Todo esto sucede porque las bases económicas sobre las

que descansa la sociedad son feudales. El feudalismo necesita del siervo de la gleba y América con instituciones medioevales, antidemocráticas, tenía que recurrir al esclavo indio o negro.

El problema de América Latina se presenta único, típico. En América Latina no existe democracia porque la realidad es feudal. Nuestros países agrícolas, con castas explotadoras, aliadas del imperialismo, están muy distantes de la democracia europea y mucho más lejos aún de la democracia formal.

Precisa, pues, buscar y descubrir la realidad de América; no inventarla. El fracaso de dos importaciones europeas: la Conquista y la República nos dan la gran lección histórica de buscarnos a nosotros mismos.

# LA REALIDAD SOCIAL Y POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA

De: *IDEARIO Y ACCIÓN APRISTA*. Buenos Aires, 1930.

*IMPRESIONES DE LA INGLATERRA IMPERIALISTA Y LA RUSIA  
SOVIÉTICA*, Buenos Aires, 1932.

## PENSAMIENTOS DE CRÍTICA, POLÉMICA Y ACCIÓN

### I

«Existen en nuestro país sociólogos teorizantes, cuyos cerebros se han formado en Europa, que olvidan muy frecuentemente que ninguna transformación política, social, digamos económica, sintéticamente, se realizará sin considerar al indio, no sólo como trabajador sino como elemento racial».

«El indio como raza, no sólo es fuerza económica y social, sino fuerza tradicional, fuerza histórica, diremos en un sentido vasto. El indio —claro está— forma parte de una clase predominante, de la clase trabajadora, pero a ella aporta algo más que sus condiciones de vida y el problema social que estas condiciones crean. A ella aporta la fuerza histórica rica de su raza».

«Alguna vez hablando en la Sociedad Antropológica de Oxford, dije algo que ya he repetido en mi curso de conferencias de la Universidad de México: el misticismo indígena, creo que se basa en la tierra. Es una forma, quizá, la más elevada de totemismo. La tierra libre es *tótem*. La tierra esclavizada es *tabú*. La tierra es la madre que nadie puede profanar violándola por el apropiamiento. No creo que el misticismo indígena venga del cielo a la tierra, surge de la tierra madre: *Pacha-mama*».

«El socialismo incásico no es, pues, sólo una arquitectura puramente económica, representa también la evolución

de un concepto totémico, que si bien es originariamente económico, está como revestido de la concepción interpretativa religiosa de los primitivos que, en mi opinión, nunca se apartó de las leyes supremas de la necesidad de vida».

«Bujarín se equivoca en forma lamentable en su obra *Materialismo Histórico* al clasificar el Imperio de los Incas entre «los reinos feudales». En esto, Engels también incurrió en error».

«Creo que la organización social incaica es la experiencia económica y política más extraordinaria de todo el pasado. Elevar el comunismo primitivo sin destruirlo, del tipo tribu al de un vasto Estado, es la misma obra que realiza la naturaleza al unir las células sin matarlas, para constituir tejidos y órganos. Miremos que los Incas realizaron aquello de conservar y progresar con un sentido político esencial».

«No sé si yo esté equivocado, pero no conozco limeño alguno que haya pretendido interpretar la cuestión indígena peruana sin hacer leyenda, tradición y fantasía».

«Los propagandistas de la inferioridad del indio, tienen garantizada la inmortalidad en la burla eterna. Son como los que en la antigüedad creían que en la zona tórrida, los mares hervían».

«En América Latina las montañas nos salvan. Las costas son siempre centros de debilidad, de sensualidad y de epidemias de todo orden. Sólo en las zonas templadas de la Argentina y Chile, la costa no da un tipo degenerado o dispuesto a la degeneración. Las montañas dan los hombres para la libertad. Ahora triunfan mucho los costeros porque estamos en pleno coloniaje. Y para colonias, las tierras cálidas».

«Los mexicanos más pacíficos son los costeños. La fuerza de México está en que son los hombres de las montañas y de la meseta los que luchan».

«Cuando estoy en Europa veo mejor el panorama de América. Entonces se ve cómo la mirada de los hombres apenas abarca el campo de su afiebrada imaginación. Desde allá se siente que todo lo que creemos hoy eterno, son como las casas de adobe, y los techos de cinc de nuestras viviendas. Toda esta América es temporal. Con nuestros huesos se harán los cimientos de una América futura, levantada de piedra como la América de los Estados indios. Acaso sólo los indios vuelvan a hacer de piedra la América que los españoles hicieron de adobe».

«El valor de las razas en sí no tiene una importancia tan grande como cuando a la raza se une la opresión. Entonces el problema es dos veces serio y muchas veces complicado. Una raza oprimida es no sólo una clase oprimida. Cuando entendamos esto, especialmente los que se zarandean con un plumero de marxismo ‘puro’ en el coxis, comenzaremos a entender nuestra realidad».

«Lo inmenso de Marx está en que su teoría deja los caminos abiertos para la *negación de la negación*. En el marxismo, negar es continuar. Marx quiso y consiguió erigir un sistema paralelo al de la evolución vital que destruyendo crea, que negándose se afirma pero en un sentido de continuidad y de esencialidad, digamos, que no alcanzan a comprender muchos palabreros tropicales que se llaman socialistas, con la mano en el pecho».

«El imperialismo ha creado en la América Latina toda una vasta y complicada combinación de problemas nuevos. Muchos necios dicen que el socialismo supone el antiimperialismo. Este es un error grave. El antiimperialismo implica

una etapa previa de transición y de lucha larga y difícil. Corresponde a lo que sería la dictadura proletaria en los países industriales en tránsito al socialismo. La organización del mecanismo económico y político antiimperialista en un Estado —del que el de Yucatán es un cercano ejemplo sin duda— es un estadio anterior e ineludible al del socialismo. Mi tesis del ‘estado antiimperialista’ se basa en esta concepción».

«Del socialismo como concepto se desprenden varias formas de acción como realidades. Cuando alguien nos diga socialismo, preguntémosle cuál: socialismo cristiano, reformista, bolchevique, agrario o primitivo. Hay que entenderse».

«Creo que Platón es magistral cuando cree que la seguridad del Estado debe basarse en la templanza de los ciudadanos y en la exclusión de los poetas de los negocios públicos. No son poetas sólo los que hacen versos sino todos aquellos que usan la imaginación para mirar los problemas sociales, económicos y políticos. Nuestras llamadas vanguardias revolucionarias están llenas de esos poetas. Con bonitas palabras nos presentan un problema resuelto, como un poeta futurista puede describirnos: ‘una torre de mil millones de metros doble, donde ancló el globo gigante de mi corazón’, etc, etc.».

«Y esto es gravísimo. El día que pensemos seriamente en que política es ciencia, especialmente la política nueva, y ciencia ligada con la economía y que una afirmación en política, como un cálculo en economía, debe basarse en algo, ese día nos libraremos de tanta intoxicación fantástica que, como el opio, es gratisísima a la fiebre tropical de hacer castillos en el aire, pero muy seria cuestión, para los pueblos a los que se engaña o desvía. Ese fue el error del pasado y los nuevos debemos enmendar la falta conscientemente».

«Cada vez que se comprende mejor a Europa, se descubren más claramente las tremendas diferencias que existen entre estos pueblos y los nuestros y lo peligroso que es mirar nuestros problemas a través de los problemas europeos. La Revolución Mexicana no tuvo modelos y cumplió su tarea inicial de abajo arriba. Por eso hasta donde se lo permitió la fuerza del imperialismo, venció. Ha sido el primer movimiento social del siglo XX».

## II

Vuelve a tener la fuerza de un llamado a los intelectuales europeizantes de América Latina, aquello que Rodríguez, el maestro de Bolívar, escribía en el primer Cuaderno de Sociedades Americanas, con su estilo originalísimo:

En lugar de pensar: — [ en Medos  
en Persas  
en Egipcios ] — Pensemos  
en los indios

«Lo que ha faltado a nuestros intérpretes de la realidad indoamericana de la pasada generación, es una base científico-económica sobre la cual erigir sus investigaciones. La historia como episodio, como romance es bella y gallarda, pero no es estructura fundamentalmente aplicable a nuevas concepciones realistas y sólidas en Sociología o en Política. La inmensa importancia que se da ahora a los estudios antropológicos tiende a orientar mejor el estudio de los conglomerados sociales. Una ciencia desconocida casi en nuestra América, pero imperativa de conocerse en ellos, es la que pareciendo muy difícil por su nombre, es fascinante y admirable en sus métodos de investigación: la Antropo-socio-geografía».

«Nos salvaría del confusionismo de interpretación de que ahora se padece en América un concepto claro de la

gradación varia de las intensidades. La intensidad en la producción de un pueblo industrial europeo, es muy distinta de la intensidad en la producción de un pueblo de los nuestros. El indio usando de la llama para el transporte y el indio que maneja un camión, marcan dos grados de intensidades, ejes de dos radios de evolución histórica».

«El grado de intensidad de los Estados Unidos económicamente considerados, es un grado superior y diferente del grado de intensidad económica de la América Latina. Esta sola diferencia hacía imposible el acoplamiento de sistemas como es imposible la unión de dos ruedas de distinto diámetro con diferentes velocidades. Un sistema de engranajes es necesario. Esta es la base de un común aparato de relojería y ésta será la base para un armónico funcionamiento del reloj económico del mundo».

«Para combinar tales movimientos sirviéndose de ruedas lisas, que se mueven con diferentes velocidades es necesaria la ciencia. Políticamente hablando, en un sentido fundamental esta ciencia es la economía. No puede combinarse el movimiento distintamente intenso de las ruedas de un reloj sin ser relojero».

«El concepto económico del Estado, del que carecen los hombres viejos de nuestra América es, sin embargo, más viejo que ellos. Platón en el II libro la *República*, dice que los fundamentos del Estado 'estarán constituidos fundamentalmente por nuestras necesidades'. Y enunciándolas, señala como la primera y más grande de ellas, la de la nutrición; como la segunda, la de la habitación; como la tercera, la del vestido. Esos tres enunciados, aparentemente simples, son esenciales a todo Estado moderno. Alimentación barata, habitación barata, vestido barato, son tres apotegmas económicos que de cumplirse estrictamente suponen una total reorganización de los sistemas existentes».

«Las necesidades de hoy tienen naturalmente un grado de intensidad mayor que en los tiempos de Platón. Intensidad correspondiente a la de producir alimento barato, por ejemplo, en estos tiempos. Esto se halla ligado a un problema fundamental creado por el desequilibrio económico de nuestros pueblos, que siendo agrarios, producen alimentos caros o los importan. Que siendo productores de oro, plata y cobre viven de empréstitos. Que no produciendo artículos industriales, cargan de impuestos excesivos su importación, sin intentar producirlos, haciendo así imposible el avance, hacia un grado superior, de la baja intensidad económica en que viven».

«Volvamos una vez más sobre la cuestión de intensidades. En nuestros países, y esto es fundamental, no hay un grado de intensidad uniforme como ocurre en los pueblos europeos. Inglaterra, Francia, Alemania, tienen un índice común de intensidad. Tomemos un país cualquiera de América Latina, el Perú, por ejemplo, y encontraremos que la intensidad de trabajo, vale decir, de producción, varía. En un indio *campa* la intensidad es como  $x$ , en un indio del Cusco o de Puno la intensidad es como  $z$  más  $y$ . En un trabajador de los centros industriales de la costa, la intensidad es como  $x$  más  $y$  más  $z$ . El Estado, como expresión política de esas diversas graduaciones de intensidad no es el Estado inglés o alemán, que haciendo ecuación sería, tomando la intensidad uniforme del país como  $P$ ,  $P$  igual  $E$ . En nuestros países el problema se complica. Por eso es más difícil gobernarlos y organizarlos, por eso es imposible amoldarles el tipo de Estado, correspondiente a la intensidad europea».

«Pongamos esto en palabras simples. Inglaterra, Francia, Alemania, etc., han pasado gradualmente del salvajismo al barbarismo, del barbarismo a la civilización y dentro de ésta, del feudalismo al capitalismo industrial pasando por el mercantilismo. En nuestros países esas etapas

coexisten. No se ha producido evolución integral. Todos los estadios y todas las épocas de la evolución humana están en cada uno de ellos contenido. De Buenos Aires al Chaco como de Lima a la hoya amazónica, hacemos un viaje regresivo en la historia humana, como si a *La máquina del tiempo* de la célebre novela de Wells la hiciéramos recular. ¿Qué tipo de estado europeo piden nuestros tropicales europeizantes para esta realidad social? Los de la Independencia nos impusieron a Francia, democrática y burguesa, destructora del feudalismo, siendo nosotros predominantemente feudales, sin burguesías y sin posible democracia entonces. Los de ahora gritan: ¡Rusia! Señores, un solo momento de reflexión marxista y aceptarán que los realistas les digamos: ¡América!».

«Los que creen que la industrialización de los pueblos latinoamericanos se va a producir tan rápidamente como la de Europa o EE.UU., se olvidan que el industrialismo capitalista se basa en la concurrencia y que esa concurrencia crea cuantos obstáculos están a su alcance para impedir que surjan nuevas industrias que compitan con las existentes. Es esta una de las fundamentales razones de la trustificación que salta fronteras y crea alianzas, para lograr que los pueblos no industrializados compren los productos y no los produzcan».

«América, la nuestra, se entiende, supone aprovechar las experiencias alcanzadas por pueblos de intensidad mayor, pero para ver más claramente la nuestra. Como si valiéndose del mismo colorante tratamos de estudiar cuerpos diferentes al microscopio».

«La existencia de una clase social no supone, y Marx lo expresa bien claro, que esa clase esté lista para gobernar. Primero debe existir la clase que no se genera sino a través

de una larga educación y experiencia histórica. Para que la clase feudal criolla tuviera conciencia clasista y se emancipara de España, pasaron trescientos años. Hoy la conciencia de clase se forma más rápidamente pero no en un día, ni en diez años. Entendámoslo».

«Las industrias que hoy se crean en nuestros países son tributarias de las grandes industrias y son generalmente industrias que no marcan competencia o que surgen al amparo de competencias anteriores. Por eso nuestro proceso de industrialización, amén de la razón de falta de capitales, depende del imperialismo y es lento. Una organización independiente de la producción de nuestros países sobre la base del capitalismo de Estado, señala el camino de resistencia económica al imperialismo, y no entorpece nuestra evolución autónoma, impidiendo que a la caída de los actuales imperialismos surjan otros y pueda aparecer un nuevo sistema económico de socialización de la producción».

«Oímos gritar: ¡Industrias! ¡Industrias!, y preguntamos ¿qué industria? Un industrialismo completo supone máquinas. Las máquinas se hacen de hierro y el hierro se funde con fuego que se produce con carbón y petróleo. Hierro y carbón, hablando genéricamente. He ahí los pilares de un industrialismo integral no colonial o dependiente».

«El regionalismo tiene aún un sentido económico más profundo. Supone región, medio, realidad y supone gobierno apropiado (*rex* etimológico. *regirum*, gobierno en alemán) de acuerdo con ese medio, con esa realidad. El regionalismo corresponde, pues, al problema de las intensidades y en países en que los hay varios es imprescindible para la organización del Estado y del gobierno».

«Me parece, en principio, que es verdad inobjetable que no hay política sin economía ni economía sin políti-

ca. Vivimos en una época en que la vinculación de ambos conceptos es de muy difícil discusión. Un régimen político supone un régimen económico. Cuando un régimen político se establece por la victoria de un partido que logra el poder, hay que suponer que ese partido representa un principio político económico con capacidad propia para cumplirlo. Si un partido político carece de esa capacidad, ese partido no merece el gobierno. Entonces sí es posible negarle el derecho de dirigir».

«El gobierno de la economía es la esencia del gobierno mismo. Delegar el gobierno económico de un país, es delegar fundamentalmente el poder. Cuando un partido desde el poder pide al extranjero gobernantes para su economía, está confesando su incapacidad para dirigir libremente lo que nadie puede dirigir por él. Cuando este petitorio se hace a un país como los Estados Unidos, dueño de intereses en el país que pide, la confesión de incapacidad tiene la agravante de entregar el contralor de la economía nacional a ciudadanos de un país cuya política económica no puede ser otra que la de expansión sobre países pocos desarrollados».

«Surge, pues, una vez más, la necesidad de políticos capaces, de gobernantes expertos para la América Latina. No basta ser orador, ni ser honrado. Es necesario saber. Y saber gobernar supone ante todo saber organizar la economía del país que se gobierna. El gobernante moderno, conservador o liberal, socialista o comunista, tiene el deber ineludible de saber economía. Los partidos políticos cualquiera que sea su bandera, deben demostrar que tienen la capacidad de gobernar por sí mismos. Por eso son tan necesarios hoy los partidos de programas integrales y precisos. Sobre todo, los partidos con programas económicos. Tomar el poder y entregar la dirección de la economía nacional a uno o más norteamericanos es demostrar que no progresamos en política».

«Hay que tener el valor, heroico, digámoslo, los que tenemos las carnes tajadas por las uñas conciudadanas, de decir la verdad hablando realistamente sobre nuestros problemas, señalando el error de los europeizantes demagogos, orientando firmemente la conciencia pública de América a sus propios y característicos problemas».

«El trabajador necesita nutrición, habitación y vestido; buenos, sanos y tantos como lo exija su necesidad. El brazo bien nutrido produce mejor. La emancipación material y espiritual del trabajador son cuestiones que interesan, pues, a la humanidad y por eso, luchar por ella, es luchar por el progreso humano. Si la riqueza es en primer término producción, ¿cómo abandonar y oprimir al productor».

«La justicia social no es un término oratorio, supone una profunda verdad económica que el mundo necesita alcanzar para no perecer».

«Jóvenes de toda América, obreros y estudiantes, intelectuales y empleados, soldados y marineros, juntemos nuestras manos para mantenerlas limpias. No nos engañemos ni engañemos. Miremos nuestra realidad frente a frente como un cuerpo abierto sobre la mesa de intervenciones. Rechacemos las demagogias que tratan de aprovecharse y pensemos que cuando se habla de la nueva generación, estas dos palabras tienen un contenido que va más allá del radio de interpretación, dentro del cual se le considera una simple frase hecha por mentes ápteras. La nueva generación supone una mente nueva, nueva sangre, nueva concepción de la acción. Más personalidad, más responsabilidad y más sistematizada y organizada acometividad. En cada país de América hay vanguardias de gente joven que reacciona contra la bohemia revolucionaria, contra el anarquismo mental, contra el europeísmo genuflexo, contra la nueva palabrería pseudo científica y que buscan a América

en sí misma, para oír dentro de ella las palpitaciones del mundo».



# **POR LA UNIDAD DE LOS PUEBLOS INDOAMERICANOS**

De: *LA DEFENSA CONTINENTAL*.

Ediciones «Americalee». Buenos Aires, 1946.

## HACE AÑOS YA...

Hace años ya, muchos años, que los apristas erigimos como ideal máximo de toda actividad política en nuestro Continente indoamericano el de la unidad de nuestros pueblos.

Agitando esta idea fui a casi todos los países de nuestra gran Patria continental. Y en todas partes encontré auspicio entre los más jóvenes y en todas las tierras por donde pasé oí voces de comprensión y de estímulo.

Cuando el Aprismo tuvo que actuar en el Perú, izó su bandera bolivariana con fe renovadora. Y un pueblo entero saludó el ideal de unidad indoamericana con el mismo entusiasmo con que sus antepasados habían saludado el paso triunfal de los ejércitos libertadores del Continente a su regreso de Ayacucho.

Nosotros los apristas jamás desviamos nuestro camino. Ni Rusia, ni España, ni Berlín, ni Roma modificaron nuestra clara y limpia línea de acción destinada a la obra previsoramente de afirmar más y más la solidaridad de Indoamérica.

Creímos que era tarea suficiente para una generación, ésta gloriosa de cumplir el sueño de Bolívar. Y que no había tiempo que perder en dispersar nuestras energías y nuestros afanes ni por Rusia, ni por España, ni por Alemania, ni por Italia. Por eso aparecimos muchas veces in-

diferentes ante la fascinación europea. Creímos que había que sacudirse, aquí, de toda servidumbre mental, fuera ésta de izquierda o de derecha. Creímos que nuestra justicia social podía alcanzarse sin pedir consejos a ningún amo europeo llámese Stalin o Hitler, Franco o Mussolini. Creímos que había que adivinar el destino de un Continente rico e indefenso, poco poblado con relación a su vastedad y peligrosamente dividido por políticos miopes, apóstatas de Bolívar y vasallos de Europa.

Hoy los rumbos de la Historia nos acercan al peligro. Doble es él. Porque por dos lados está en riesgo nuestra soberanía común, a no ser que nos unamos previamente los indoamericanos. Si el Totalitarismo vence, porque quedaremos nosotros a un paso de África, que será dominio del vencedor, y así seremos, Bélgica y Holandas expandidas. Y si se le logra detener, porque el grave riesgo puede determinar una apresurada entrega al control norteamericano cuya buena vecindad puede variar cuando retornen al poder políticos de tendencia imperialista.

Entre estos dos peligros hay una sola vía de solución y de seguridad: la *previa unión indoamericana*. Porque así haremos más fuerte la defensa en caso de agresión y porque así haremos más segura y garantida la alianza con los Estados Unidos al juntarnos a ella para la defensa común.

No debemos olvidar que es necesario unirse en Indoamérica contra todo imperialismo, europeo, asiático o norteamericano, negro o rojo, traiga el disfraz que escoja, aunque sea ese peligroso «hispanoamericanismo» franquista que tanto nos socava en nombre del amor pasadista y colonial, agitando la bandera de una cultura que aquí debemos renovar y *re-crear*; vale decir emancipar.

Importa no olvidar que el primer paso para la justicia social es la nacionalización progresiva de nuestra riqueza y que la idea aprista de interamericanizar el Canal de Panamá no fue utopía (ciertos líderes del Partido Revolucionario cubano lo creyeron así y ahora han de pensar que la interamericanización del Canal de Panamá es lo más actual y valedero del programa aprista). Porque interamericanizando Panamá y poseyendo todo lo que se nos quiere obligar a defender unidos, tendremos garantía «viva» contra cualquier posible imperialismo del Norte. Tendremos «prenda» y, al fin, el desusado y anacrónico panamericanismo de Mr. Rowe y Compañía no será ya una colonización mañosa y burocrática de Indoamérica sino una política de alianza equilibrada e igualitaria –bilateral en rango y dignidad– entre los Estados de Indoamérica y los Estados Unidos del Norte.

Vuelvo a decirlo con esa tristeza optimista que debe ser en nosotros –recordemos a Keyserling sobre el tema triste–, móvil constructivo y acicate de fe; vuelvo a decirlo como hace años ya: trabajemos por la *unión de Indoamérica* –así, con este nombre anticolonial y nuestro–; trabajemos por la realización del pensamiento bolivariano y sean los más jóvenes y los más limpios los depositarios de esta idea que demanda entusiasmo y ante todo tenacidad.

Emancipémonos ya de romanticismos europeos rusófilos, anglófilos, germanófilos, hispanófilos o italófilos. «Dejemos a los muertos enterrar a sus muertos» y pensemos en nosotros. No suframos más por las desdichas ajenas que por las tantas que aquí tenemos; y, abjurando de todo incondicional europeísmo, sintámonos hijos de la Gran Patria Indoamericana imponiéndonos la tarea estu-penda de unirla y hacerla fuerte.

## **¿LOS ESTADOS UNIDOS DE INDOAMÉRICA UNA POSIBILIDAD?**

El senador norteamericano Wiley ha sugerido, en una declaración hecha a la United Press, la conveniencia de que los Estados de Indoamérica formen una gran unidad económica y política.

Quizá ahora que un prominente hombre de Estado yanqui lo proclama, comiencen a pensar nuestros políticos criollos en la trascendencia y perentoriedad de una iniciativa que, de haberse intentado hace dos o tres lustros –cuando el Aprismo la postuló gallarda y tenazmente– nos habría dado mayor seguridad para estas inquietas horas cruciales en que se juega nuestro común destino.

Se ha llegado, al fin, en Estados Unidos a un plano de comprensión que los apristas hemos anhelado siempre respecto de las relaciones entre ambas Américas. Se ha llegado a entender que no es el Panamericanismo –imperialista y absorbente, aunque se vista con la seda de las más apaciguadoras retóricas– lo que resolverá el problema de convivencia de los dos grandes grupos económicos, políticos y étnicos de este Hemisferio. Será el «interamericanismo» que es otra cosa, porque él supone lo que el senador Wiley acaba de formular: la convivencia de la América «campo y materia prima», con la América «industria y capital», respectivamente estructuradas en sendos grupos estaduales capaces de equilibrar sus relaciones en una efectiva y perdurable buena vecindad.

Porfiada campaña de nuestra parte ha sido y es, tratar de que los dirigentes indoamericanos entiendan como ideal inseparable de toda política moderna en cualquier Estado de este Continente, la previsoras tarea de pensar y trabajar por la unidad de nuestros veinte pueblos.

Cuando hace doce o quince años iniciamos esta cruzada unionista y admonitiva, se nos llamó románticos y resucitaron de su polvo infecundo muchos de los viejos epítetos con que, un siglo atrás, desdeñó la miopía de nuestros políticos «prácticos» el profético llamado de Simón Bolívar.

Partidos de izquierda y partidos de derecha –imitadores obsecuentes todos de lo que les mandaban pensar y hacer sus tutores europeos– consideraron absurdo e irrealista aceptar como primer postulado ideológico de cualquier acción política indoamericana, el de procurar la unión de nuestros veinte Estados. Y unos perdiéndose en el internacionalismo vacío dictado por Moscú o Amsterdam, y otros circunscribiéndose en un chauvinismo nocivo, camino seguro hacia la catástrofe que hoy Europa nos enseña, olvidaron que el proceso dialéctico del mundo que pasó de la dispersión feudal a la formación de grandes naciones, avanza en su presente etapa a la delimitación de poderosas unidades continentales.

Y en este proceso, los continentes sin capacidad de propio gobierno y de propia defensa, serán vasallos de los que resulten de la lucha más poderosos. Y si los pueblos indoamericanos no se hacen fuertes por la unión serán, como África o como Oceanía, colonias, ya de los imperialismos totalitarios, o ya de los imperialismos no totalitarios que más o menos benignamente tendrán que seguir haciendo de amos y patrones nuestros hasta que tengamos conciencia histórica de nuestra propia emancipación.

Hay, sin embargo, ahora que el mundo ajusta sus cuentas, una nueva posibilidad que aparece extremadamente interesante en las declaraciones del senador Wiley: que la opinión pública norteamericana comprenda cuán pesada carga es para los Estados Unidos tener que atender y controlar a veinte Estados más o menos arrogantes, que se proclaman «libres e independientes» con gran pompa y circunstancia, y que, sin embargo, sólo lo son porque todavía los cañones de los grandes imperialismos no han recibido órdenes de dirigir sus bocas sobre estas costas. Los Estados Unidos tienen que comprender que más fácil será coadyuvar a la común defensa, en equilibrada alianza, con una gran potencia de 130 millones de habitantes formada por los veinte Estados Unidos de Indoamérica, que seguir en este pesado y costoso juego de ser los guardadores de ellos, dispersos y desarmados.

De otro lado, las potencias totalitarias que acaban de repartirse el mundo en el capítulo secreto del Pacto Tripartito, hacen todo esfuerzo por evitar que la Unión Indoamericana constituya la valla infranqueable para la agresión contra nuestros pueblos planeada por Berlín, Roma y Tokio con el celestinaje taimado y artero de esa España decadente y ensangrentada que vocifera por la reconquista de su «Imperio». Y aquella oposición del Fascismo Internacional contra todo propósito de unión indoamericana ha servido a los dirigentes de Washington para comenzar a entender que nada sería más peligroso a los planes imperialistas totalitarios que la formación de una gran potencia política en Indoamérica.

Ahora, al dejarse oír por primera vez en Estados Unidos, voces autorizadas —y para mayor victoria procedente del Partido Republicano— propugnando por la formación de una poderosa unidad indoamericana, hay que suponer que los estadistas y dirigentes políticos de este lado del Río

Bravo van a considerar buena la idea. Tiene mucha fuerza que una iniciativa venga de allá. Cuando se lanza entre nosotros vale bien poco. Las palabras del senador Wiley, y el comentario caluroso que han hecho de ellas los diarios norteamericanos, no son nuevas en nuestras latitudes. Hace quince años que se vienen formulando fuera ya del consabido plano de ideas vagas enunciadas en oratoria de sobremesa sobre la solidaridad continental. Como programa y acción de un movimiento por cuyo triunfo han padecido persecución y muerte millares de hijos de estas tierras las ha izado el Apra al tope de sus estandartes. Pero ahora ya no es una opinión peruana la que les da amparo y sangre, sino la potente voz de un sector de la opinión yanqui. Y esto hará pensar.

No interesa, claro está, que la unidad de Indoamérica sea triunfo peruano o estadounidense. Lo que importa es que ella se realice para bien y seguridad de todos. Nosotros los apristas regalaríamos con gusto los honores de la iniciativa a quien los quiera usufructuar, incluso al senador Wiley. Porque lo que interesa es que para la defensa común se siga el único camino salvador. En este caso los recelos y las emulaciones, los chauvinismos y las arrogancias nacionales están de más. Y hay que pensar en que si nuestros países han vivido su bella y grata ilusión de independencia durante un siglo—siendo los únicos pueblos de un continente desarmado que no han seguido la suerte de África, Oceanía y la mayor parte de Asia— esta situación no ha de prevalecer en un mundo que va a decidir sus nuevos derroteros por la lucha y ha de cimentarlos por la fuerza. Porque aunque los totalitarismos sean vencidos ha de ser necesario que seamos fuertes para que no resurjan y, más fuertes aún, para que los triunfadores de este lado no abusen de su victoria.

Si las palabras del senador Wiley son el anuncio de que la opinión pública norteamericana va a iniciar la única ac-

ción posible para hacer efectiva la defensa de las Américas, impulsando la unión de nuestros veinte países divididos, los Estados Unidos de Indoamérica aparecen ya como una posibilidad. Correspondería a los políticos criollos tener el valor de rectificarse y cooperar conjuntamente por la realización del gran ideal. Y tocaría a nuestros partidos responsables, que hasta ahora han seguido los dictados europeos de izquierda y de derecha, enmendar equivocadas direcciones y reconocer como lema inicial de sus idearios el postulado de la acción conjunta de los pueblos indoamericanos por la unidad política y económica de los Estados de Indoamérica.

Octubre de 1940.

## **LA UNIDAD INDOAMERICANA COMO CONCIENCIA POPULAR**

Ahora que comprendemos el imperativo bolivariano de realizar la unidad de los pueblos de Indoamérica, cobra importancia singular un hecho grave que se debe a nuestros gobiernos, a nuestros políticos, a nuestros educadores y a nuestros periodistas, principalmente: el desconocimiento que los indoamericanos tenemos unos de otros.

Hace pocas semanas que en un gran diario de Buenos Aires se lamentaba cierto conocido escritor centroamericano de la deplorable ignorancia que sobre su país adolecen las gentes incultas o medianamente educadas de las regiones del Plata. Y al leer sus comentarios pensaba yo que ambulando por las pequeñas repúblicas de Centroamérica pude darme cuenta de cuán poco conocimiento acerca de otros pueblos hermanos acusaban las gentes de ciertos planos sociales, no muy bajos, en aquellos Estados.

Y este es mal unánime, resultado de nuestro colonialismo mental fascinado por Europa y desdeñoso de todo lo que es nuestro. Más fácil es, por ejemplo, que un joven indoamericano sepa dónde están Dieppe y el lago Balatón en Europa que la ciudad de Quetzaltenango o el lago Chapala en su Continente y, de seguro, estará mejor informado de las ruinas de Egipto y Pompeya que de las de Chichén Itzá, Machu Picchu, o Chan-chan, y no sabrá cuántas ciudades con el nombre de Trujillo, de Córdoba, de Santiago o de San Pedro hay en la vasta nación indoamericana en que hemos nacido y vivimos.

En nuestras escuelas, colegios y liceos la Historia de Indoamérica se enseña mal. Un absurdo nacionalismo chico estimula el desdén por otros pueblos que siendo vecinos y hermanos tienen mucho que enseñar y que mostrar aún a los más avanzados. Nunca se ha hecho hasta ahora, en forma sistemática y repetida, una obra de acercamiento juvenil y popular a base de viajes colectivos de estudiantes y trabajadores, en grandes grupos y con un sentido de aprendizaje y de aproximación. Y aun en nuestra prensa más grande las informaciones de los países hermanos de este Continente siempre quedan relegadas a sumarias informaciones aisladas que pocas veces revelan algo importante y aleccionador.

Nos hemos acostumbrado a considerar a cada uno de nuestros países como una isla. Y como una isla primitiva y alejada. Porque siendo isleños los ingleses tienen más sentido continental que cualquiera de nuestros conciudadanos y un político británico —¡con cuánto dolor lo están comprobando ahora!— sabe ya que las fronteras de su país están mucho más allá del mar que lo rodea.

Empero, en Indoamérica, salvo cuando llega el caso de la literatura gárrula de nuestros discursos de post-banquete americanista, o cuando, a veces, se escriben o se dan por radio algunas informaciones más o menos sumarias y le-

janas, el sentido de la unión continental no se fortalece ni se alienta. Y esto acontece por una razón sencilla y clara: por desconocimiento. Ni nuestros estudiantes, ni nuestros intelectuales, ni nuestros políticos salen a conocer los pueblos que integran este gran Continente. El ideal sensual y vitalicio de todo viaje nuestro es ir a Europa o volver de Europa. Lo demás carece de importancia. En la política —ancho campo para una vasta obra de compenetración continental— el estrechísimo y arrogante nacionalismo se ha mantenido porfiado y dañoso. Izquierdas y derechas han vivido largos años desconociendo a los demás países del gran conjunto continental. Unas por ignorancia y por imitar a Europa, a cuyos vaivenes y luchas estaban atentas. Otras por recelos, por calcar aquí los jingoísmos y hostilidades del viejo mundo que tanto provecho dan a los políticos mediocres. Pero nuestros dirigentes, en especial aquéllos de la generación anterior a la nuestra, fueron renegados del bolivarismo. Vasallos de Monsieur Chauvin; imitadores obsecuentes de todo lo que el escenario europeo les enseñaba a repetir en el tablado criollo.

El primer paso para una efectiva solidaridad continental hay que darlo en la prensa, en los partidos. Cada diario o revista, grande o pequeño, debería hacer propaganda didáctica sobre los países indoamericanos. Hay muchas fotografías, muchos artículos breves y bien informados sobre todos los países de nuestro Continente. Hay que enseñar a nuestros muchachos, muy a fondo, la historia de los veinte Estados hermanos integrantes de nuestra gran nación. Y hay que llevar a los Partidos un profundo y tenaz sentido indoamericanista. Una política nacional sin un espíritu continental no será nunca política indoamericana ni verdaderamente patriótica. Y de ella necesitamos premiosamente para la defensa y seguridad de todos, en esta hora del mundo en que los continentes divididos como el nuestro se unen o perecen.

Lima, julio de 1940.



# EL CANAL DE PANAMÁ

De: *LA DEFENSA CONTINENTAL*  
Ediciones «Americalee». Buenos Aires, 1946.  
Diarios: *CRÍTICA* de Buenos Aires; *EXCÉLSIOR* de  
México; *EL TIEMPO* de Bogotá; *LA TRIBUNA* de  
Lima, 1960.

## **¿DEBE INTERNACIONALIZARSE EL CANAL DE PANAMÁ?**

Sabido es que uno de los cinco lemas continentales del Aprismo preconiza la internacionalización del Canal de Panamá como necesaria garantía de independencia y seguridad para Indoamérica.

¿Qué significado y alcance tiene el Plan Aprista de internacionalizar el Canal de Panamá?

He aquí una pregunta frecuentemente formulada en estos tiempos en que la defensa del Canal es asunto esencialísimo frente a las amenazas del imperialismo totalitario germano-italo-nipón.

Han opinado algunos que el postulado aprista que este artículo analiza significa un remoto ideal y es, por ende, un lema político que podría catalogarse entre las aspiraciones románticas más o menos irrealizables. Otros, especialmente ciertos escritores y diplomáticos norteamericanos que me han dado a conocer sus opiniones, estiman inquietante y peligroso el enunciado del Aprismo sobre Panamá, desde el punto de vista de la buena armonía entre los Estados Unidos e Indoamérica.

Pienso, sin embargo, que la internacionalización del Canal de Panamá, tal como el Aprismo la preconiza, importa mucho al porvenir continental. Y, contrariamente a

lo que puedan imaginar quienes carezcan de perspicacia y sentido de dimensión histórica para apreciar nuestros grandes problemas –y en oposición a los norteamericanos que la temen como un obstáculo para la buena vecindad entre su país y los nuestros–, sostengo que el planteamiento aprista sobre el Canal es asunto actualísimo y representa el más seguro aporte para una mejor convivencia interamericana.

### *THE RAMPARTS WE WATCH*

Es éste el título de un libro interesante escrito por una eminente autoridad militar de los Estados Unidos, Mr. George Fielding Eliot (Reynald & Hichcock. N. Y. 1938). Obra encaminada a demostrar los graves peligros que para la seguridad americana entrañan los planes de conquista de la Internacional Negra, enjuicia con notable precisión los grandes problemas defensivos del Continente. Y Mr. Eliot establece que, en cuanto a protección frente a cualquier riesgo de «agresión potencial» por parte de Alemania, Italia, Japón, los veinte Estados de Indoamérica «dependen de la fuerza naval de los Estados Unidos».

Ya en un acucioso estudio sobre la organización y poderío de la flota yanqui (*Big Navy*) la gran revista *Fortune* de Nueva York –edición marzo 1938, pág. 55– ha subrayado que una de las razones determinantes, sino la más imperiosa y principal, para el aumento de la potencialidad naval de los Estados Unidos, es la necesidad de defender a los países indoamericanos –especialmente Argentina y Brasil–, de un posible ataque de Italia y Alemania. Y el libro de Mr. Eliot recalca la efectividad de este peligro y considera que «ni la flota argentina, comparativamente moderna, reforzada por todo el poder naval del Brasil

y Chile, podría controlar los mares suramericanos ante la aproximación de un ataque ya de Alemania, ya de Italia».

El libro considera que «la llave» de la seguridad norteamericana es el Canal de Panamá. Y aunque expresa que es «extremadamente improbable que el tránsito seguro a través de él pueda ser interrumpido por la acción del enemigo», cree que, dadas las «calamitosas consecuencias» que traería un ataque afortunado contra Panamá es necesario adoptar las medidas de previsión. La más práctica que el autor sugiere es la inmediata apertura del Canal de Nicaragua que costaría aproximadamente un billón de dólares, «suma considerable, ciertamente, pero que es sólo una fracción de la que habría que gastar si se tratara de construir una nueva flota».

Se infiere de la lectura de las autorizadas opiniones de Mr. Eliot que, a pesar de las seguridades con que cuenta el Canal de Panamá, no es absolutamente invulnerable. Que es necesario reforzar todas las defensas cercanas y lejanas —las Azores y Bermudas son mencionadas—, contando como avanzada principal de las más próximas la bahía de Guantánamo, en Cuba. Y que, como cautelosa medida de previsión hay que abrir la vía nicaragüense: viejo proyecto.

Por su parte, los portavoces de las ambiciones conquistadoras de la Internacional Negra en Europa, han proclamado muy alto y muy claro que el Canal de Panamá es objetivo de sus afanes. Y, de otro lado, se están adoptando muy detalladas y costosas medidas de previsión en los Estados Unidos para defender a Panamá.

Dentro de este plan actúa la diplomacia de Washington con algunos Estados indoamericanos. Cuba ya se ha comprometido a ayudar a los Estados Unidos en la defensa de Panamá y se espera contar con la cooperación de México,

quizá de Santo Domingo y Haití, y, seguramente, con la de los países vecinos de Centro y Sudamérica en mayor o menor grado.

Todo esto indica que la defensa militar del Canal de Panamá ha de ser internacional, vale decir, «interamericana». A ella deben cooperar todos los Estados de Indoamérica, por seguridad propia, en proporción o a su proximidad a la zona atacada o a su poderío. Consecuentemente —y esto no debemos olvidarlo—, los Estados Unidos necesitarían de la ayuda material y moral indoamericana para la defensa del Canal de Panamá y no ocultan su preocupación porque cada uno de nuestros pueblos esté dispuesto a coadyuvar de acuerdo con sus posibilidades, al mejor éxito de esa defensa.

Siendo así, surge una reflexión: si la defensa militar del Canal de Panamá debe tener un carácter internacional o interamericano, ¿por qué no reforzarla dando al Canal desde ahora también un carácter también internacional o interamericano?

Es apotegma elemental que se defiende mejor lo propio que lo ajeno. Y es de elemental observación que por más entusiasmo que pudieran sentir nuestros pueblos para defender los ideales democráticos de que es campeón el gran vecino del Norte, se aseguraría mejor ese entusiasmo —factor moral indispensable para un caso de guerra—, si Indoamérica defendiera con el Canal de Panamá algo que es también materialmente suyo.

¿Cómo precisar o realizar esa internacionalización?

Esclarezcamos: ante todo, la internacionalización del Canal de Panamá supone —apristamente— *interamericanización*, ya que el aprismo es una doctrina política exclu-

sivamente americana. Vale decir, que significa la participación de los Estados del Norte e Indoamérica en la posesión y contralor del Canal.

Un libro muy digno de ser leído, del brillante publicista francés René Marchand (*L'Effort Democratique du Mexique, Paris, 1938*), y que ha alcanzado justa resonancia en Europa, dedica su Capítulo XVII a un somero y agudo estudio del Aprismo. Monsieur Marchand sintetiza bien las aspiraciones apristas sobre la internacionalización del Canal de Panamá. Recuerda los postulados de mi libro *El antiimperialismo y el Apra* (1928), al discutir este tema y las referencias que contiene respecto a la organización administrativa del Canal de Suez. Y dice, con razón, que el anhelo aprista sería lograr en Panamá una parecida internacionalización a la de Suez con la participación de los Estados Unidos y de los Estados de Indoamérica.

Ciertamente, el anhelo es ese: el Canal de Panamá debe ser internacional, o más exactamente interamericano, como la mejor seguridad de todo nuestro Hemisferio frente a cualquier agresión extranjera y para resguardo de Indoamérica ante cualquier cambio de política de los Estados Unidos hacia nuestros pueblos. Cada Estado de este Continente debe formar parte de la administración del Canal de Panamá y tener ventajas y obligaciones de copropietario. En cuanto al proyecto de construcción del Canal de Nicaragua, el gobierno norteamericano podría formar una vasta compañía oficializada con todos los Estados de Indoamérica. Y aunque fueran los norteamericanos mayores accionistas, darían siempre a sus vecinos, con la participación en la propiedad, administración y vigilancia del Canal, una prueba concreta de seguridad y de sincero y perdurable «goodneighbourship».

Así la internacionalización o interamericanización, de los Canales de Panamá y Nicaragua, sería la mejor «prenda» de una buena armonía entre los 48 Estados del Norte y los

20 de Sudamérica. Las zonas de cada Canal dejarían de ser territorios extraños a los de Indoamérica para convertirse en vínculos reales de unión continental. Y si alguna vez como resultado de una elección democrática en los Estados Unidos tornara al poder el partido imperialista de los que tomaron Panamá (*I took the Isthmus!*) y retrocediera la política yanqui a los tiempos ominosos de desembarcos y bombardeos en nuestras costas indefensas, el Canal de Panamá —y el de Nicaragua más tarde— serían óptimas avanzadas contra toda clase de imperialismo y sólidas bases para equilibrar y restaurar una perenne buena vecindad.

Porque no está demás repetirlo. Lo que más importa a los pueblos de Indoamérica, tratándose de la política de buen vecino, es asegurarse de que esa política perdure y, para ello, tomar todas las precauciones posibles, teniendo en cuenta el caso no *improbable* de que la nueva política rooseveltiana fuera sustituida por la vieja política rooseveltiana que es —como no podemos olvidarlo—, su absoluta negación.

Y vale decir de paso, también una vez más, que quienes creen que podemos abandonarnos al idílico amor de la buena vecindad como si fuera eterna, dan un pésimo consejo a nuestros pueblos. Porque si bien es cierto que debemos cooperar hoy a la formación de un frente defensivo de la democracia, en unión de la gran república norteamericana, importa tener muy presente que el imperialismo es, fundamentalmente un fenómeno económico y que elemental deber de nuestra parte es adoptar todas las precauciones conducentes a asegurar nuestra independencia por nosotros mismos. El mejor camino para lograrlo es realizar la unidad indoamericana. Y uno de los más firmes puntos de apoyo para hacer factible este anhelo sería la internacionalización del Canal de Panamá.

## ¿CONVIENE A LOS ESTADOS UNIDOS LA INTERAMERICANIZACIÓN?

No es tema de este artículo insistir en la demostración de una tesis que considero irrefutable: la conveniencia para los Estados Unidos de la unidad indoamericana como único camino hacia una mejor organización económica y política continental. Procede, sí, exponer en estas líneas algunos argumentos en favor de la conveniencia de la internacionalización del Canal de Panamá desde el punto de vista de los intereses políticos norteamericanos.

En primer término debe pensarse que la internacionalización del Canal de Panamá podría ser tomada como pretexto y bandera para ofrecerla en compensación de una benevolente neutralidad a los países indoamericanos por los de la Internacional Negra, en caso de una guerra con los Estados Unidos. No sería raro que, sobre bases de un más amplio plan de internacionalización, los agresores fascistas prometieran el condominio de Panamá a los Estados de Indoamérica. Más de un periódico alemán ha anunciado ya claramente esta posibilidad. Y aunque fuera sólo como recurso de «alta demagogia» —en la que son muy duchos los totalitarios—, siempre tendría más fuerza en nuestros países la promesa de una ventaja más grande, sin defender, que ayudar a la defensa sin ganar nada. Y esto último es lo que, hasta ahora, Estados Unidos reclama de nosotros.

Por otra parte, si el Canal fuera internacionalizado, la agresión contra Panamá no constituiría ya un ataque a los Estados Unidos exclusivamente, sino una agresión contra todos los países de este Hemisferio copropietarios del Canal. No procedería en tal caso la «neutralidad» de ningún Estado indoamericano. Ni habría excusa para cohonestar

los actos de hostilidades que afectaran «la llave» de la defensa norteamericana, según la definición de Mr. Eliot en su libro antes dicho.

La internacionalización del Canal de Panamá resultaría así un excelente medio de defenderlo. Porque todo ataque contra él sería una ofensa a 21 países y los agresores no podrían contar con ningún aliado, franco o encubierto, en este lado del mundo.

Además, ¿qué perderían los Estados Unidos haciendo partícipes en la soberanía y contralor del Canal de Panamá a los Estados Unidos de Indoamérica? Sólo unos cuantos millones de dólares distribuidos entre los nuevos accionistas, compensados por una buena organización administrativa y de resguardo en la que pondrían su parte todos los gobiernos, todas las flotas, y todos los ejércitos del Continente en la Zona del Canal. Así devendría ésta una verdadera fortaleza de la seguridad de las Américas y de la fraternidad de todos sus pueblos.

No es muy atrevido suponer que si Mr. Hull hubiera llevado a la VII Conferencia Panamericana un proyecto de alianza militar continental sobre una base concreta como la de la interamericanización del Canal de Panamá, sus propósitos de coordinación defensiva no habrían fracasado antes de cristalizarse. Porque los Estados indoamericanos recelosos de una incondicional y comprometedora vinculación con los Estados Unidos del Norte, se negaron, no sin valederos motivos, a una alianza que implicaba ataduras de dependencia sin compensaciones prácticas. En realidad, el proyecto de Mr. Hull se basaba en un temor de agresión europea que muchos de nuestros diplomáticos —sinceramente o no— conceptuaron como alarma exagerada. No se ha borrado de la mente de los pueblos de Indoamérica la convicción de que no obstante la

buena voluntad que inspira la política del Presidente Roosevelt existe aún, independiente de ella, la terrible fuerza expansiva del sistema económico norteamericano. Pero si, como barrera efectiva contra todo ulterior riesgo imperialista, Mr. Hull hubiera planteado, con la necesidad de defender la seguridad continental, la de resguardar su «llave» del Canal, por medio de una amplia intervención colectiva, en la paz y en la guerra, entonces el panamericanismo hubiera tomado una nueva fisonomía más equilibrada y más garantizada.

Antes que anunciarnos la inminencia de una agresión de la Internacional totalitaria –peligro real que subestiman algunos políticos de tendencias antidemocráticas de nuestros países, considerando que sólo atañe a Norteamérica– pudo plantearse la interamericanización del Canal de Panamá como el más seguro medio de defenderlo. Mientras se allanaran todas las dificultades técnicas que este gran paso pueda encontrar, hubiera bastado la promesa formal de llevarlo adelante condensada en una resolución propuesta por la misma delegación de los Estados Unidos. Esta actitud habría significado una prueba evidente de que la política norteamericana no supone la preponderancia imperial de los Estados Unidos, que exige todo ofreciendo apenas; sino el propósito leal de compartir con Indoamérica una soberanía proporcional sobre aquello que todos debemos resguardar y defender.

Sobre la base de la interamericanización del Canal de Panamá procedería el plan de arrendamiento o préstamo de barcos de guerra norteamericanos a nuestros países tantas veces intentado por Washington, o el proyecto del Presidente Cárdenas de constituir una flota continental. De otro modo, pedir cooperación militar sin bases de mutua convivencia, que equilibren los riesgos de una alianza incondicional de países débiles con la más poderosa Nación del planeta, es muy aventurado.

En el grandioso proyecto bolivariano de la unidad de América, Panamá debió ser su centro. Con la interamericanización del Canal, el ideal del Libertador sería superado porque hallaría en ese importante nudo geográfico del Nuevo Mundo base para el justo equilibrio entre los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur. Por eso el Aprismo mantiene el IV punto de su programa continental como un imperativo político americano para que la buena vecindad y la democracia adquieran un dinamismo antiimperialista práctico, constructivo y perdurable<sup>1</sup>.

Incahuasi (Andes Peruanos), febrero de 1939.

---

1 El Presidente Franklin Delano Roosevelt en declaraciones al diario *Panamá-América*, reconoció que el Canal de Panamá era objeto de rivalidades entre las grandes potencias y la causa de enemistad entre ciertas naciones, que consideran que las fortificaciones del Canal son una amenaza para ellas. «Mi gobierno —agregó Roosevelt— accede con mi aprobación a internacionalizar el Canal de Panamá, mediante una compañía internacional cuyas acciones corresponderían a las naciones navegantes que trafiquen por esa vía, a la que quitaríamos sus actuales fortificaciones. Las acciones se distribuirían así: 48% a los Estados Unidos por haber invertido más de 400 millones de dólares en esa obra benéfica; el 30% para la República de Panamá que cedió el terreno; y el 22% restante, entre todas las naciones que usan el Canal, en proporción al tonelaje de sus barcos, pagando por cada acción la suma de 200,000 dólares en oro, para el fondo de sostenimiento de la obra». «La realización del proyecto rooseveltiano será de enorme trascendencia en América. Si un Roosevelt trazó, con garra firme las orientaciones políticas para construir el Canal, otro Roosevelt ha delineado, con visión amplia, los trazos para que esa novena maravilla del mundo no siga siendo, como lo es hoy, un punto neurálgico en la confraternidad internacional y se convierta, por entero, en una obra de provecho para la Humanidad». *La Crónica*, Lima, 21 de diciembre de 1936.

## DEFENSA COMÚN, CANAL COMÚN

La prensa europea ha relevado la noticia de las maniobras realizadas por fuerzas aéreas de varios Estados latinoamericanos, en coordinación con las de los Estados Unidos, para la defensa del Canal de Panamá. Y de nuevo ha aparecido, pleno de lógica, el argumento de la internacionalización –bajo el control conjunto de ambas Américas– de esa importante vía interoceánica, que si todos estamos obligados a defender, todos tenemos el derecho de poseer.

Empero, casi simultáneamente con las comentadas informaciones sobre aquellas maniobras, los diarios de Europa han publicado la noticia de una insólita y ostentosa visita del Ministro del Exterior de Panamá al dictador Nasser con el fin de identificar el problema egipcio del Canal de Suez con el propósito de los ultrapatriotas panameños de «nacionalizar», bajo su exclusivo dominio, al Canal que comunica al Atlántico y al Pacífico en nuestro hemisferio. Todo lo cual ha actualizado la iniciativa del senador norteamericano por el Estado de Oregón, Mr. Wayne Morse, sobre la «regionalización» intercontinental del Canal de Panamá bajo el control de la Organización de los Estados Americanos –OEA–. Proyecto que respalda otro miembro del Senado de Washington –Mr. Aiken– quien preconiza también, la internacionalización de aquella vía bajo la autoridad de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo el Presidente Eisenhower en una precipitada declaración se habría manifestado francamente opuesto a tales planes, porque el

Canal ya fue «nacionalizado» por los Estados Unidos desde que el imperialista Mr. Theodore Roosevelt declaró sin ambages en 1903: «I took the Isthmus».

En realidad los ultrancismos nacionalistas norteamericano y panameño coinciden en que el Canal debe pertenecer exclusivamente a una república americana y nada más que a una. Unos a los Estados Unidos y otros a Panamá. Estos, a título de que el Canal ha sido abierto en su territorio –aunque enajenado– y aquéllos al esgrimir su pleno derecho de propiedad porque fueron sus constructores y porque, para serlo, crearon la República Panameña.

La historia del Canal de Panamá es muy conocida. Y el lema de su república, secesionada de Colombia, lo es también: «Pro mundi beneficio». Para los Estados Unidos, con sus dos extensas costas, ese paso entre dos mares es vital. El otro, natural, que Magallanes descubrió, se halla distante y es proceloso. Aunque Argentina y Chile lo internacionalizaron y desarmaron por un Tratado suscrito y respetado desde 1898. Pero el Canal de Panamá es comparativamente vital también para todos los demás Estados de América, especialmente para Colombia, México y las repúblicas centroamericanas que, asimismo, tienen costas que bañan el Atlántico y el Pacífico. Y para las occidentales de Sudamérica cuya más rápida comunicación naviera con Europa es la del canal panameño, así como la que une a todos los puertos del Caribe con los norte e indoamericanos del occidente hemisférico.

Un barco que zarpe del puerto colombiano de Buenaventura con destino al puerto amazónico colombiano de Leticia, u otro que desde el puerto peruano del Callao vaya rumbo al puerto amazónico peruano de Iquitos, necesitan cruzar el Canal de Panamá. Pero también los que de Nue-

va York, Boston o Nueva Orleans, La Habana, La Guaira, Veracruz o Cartagena de Indias lleven cargas o gentes a Guayaquil, Callao, Arica o Valparaíso. Panamá no es Suez, a despecho de la enorme importancia de este canal que comunica a Europa con Asia y parte de África. Panamá es vía interna de la relaciones marítimas de América, además de su calidad de más directo paso entre otros continentes.

Pero, de otra parte, con la confederación de las repúblicas árabes, Suez ha dejado de ser un canal exclusivamente egipcio. A despecho de que la concepción jurídica de que las vías interoceánicas puedan pertenecer a un solo y absoluto dueño es ya obsoleta. El Tratado de Versalles internacionalizó el Canal de Kiel, que es hoy de libre tránsito europeo. Y Rusia, desde los días de Catalina la Grande, hasta los de Stalin, ha peleado el derecho del libre tránsito por los estrechos del Bósforo y los Dardanelos. Sería inconcebible que la poderosa Unión de los Soviets pudiera aceptar que su única salida al Mar Negro fuera impedida al arbitrio de los turcos.

Ni la gran república norteamericana ni la pequeña de Panamá tienen derecho a declararse amos y señores de un canal que es arteria mayor de la vida económica de todos los pueblos de América. Y aunque nadie desconozca el derecho preferencial de los panameños sobre ese paso entre dos mares, él no puede quedar sujeto al eventual y caprichoso arbitrio de un solo gobierno. Sobre todo, cuando nada garantiza que un dictador criollo, más violento y primitivo que Nasser —llamémosle un comandante de policía Remón—, pudiera asaltar el poder en Panamá, y, a su placer, abrir o cerrar sus esclusas según sus personales simpatías y conveniencias.

El problema de Panamá es de responsabilidad colectiva continental y de muy alta responsabilidad. Y la pos-

tura intransigente de los Estados Unidos al no permitir una coparticipación interamericana en la administración y control del Canal es tan antiamericana y tan negadora de una efectiva y buena vecindad, como lo sería entregar el íntegro dominio y destino de esa ruta interoceánica al absoluto dominio panameño. La solidaridad continental, los avances de la planificación del Mercado Común latino o indoamericano, la posibilidad de un estable ordenamiento sin hegemonías, del «interamericanismo democrático sin imperio» –por tanto, sin imperialismo–, autorizan a pensar que la única solución justiciera y de veras libre del problema que significa la apropiación del Canal de Panamá por los EE.UU. es su internacionalización bajo la autoridad conjunta de las 21 repúblicas americanas.

Sobre todo, habida cuenta de que el futuro de Nuestra América nos lleva hacia la realización del sueño bolivariano de unirla para que unida asegure su verdadera emancipación y grandeza. Sin olvidar que en aquel sueño previsor –y hasta ahora traicionado– de Bolívar, Panamá fue su centro y su vínculo.

París, marzo de 1960.



# DEMOCRACIA CIVIL Y DICTADURA MILITAR

De: Revista *IBÉRICA*, Nueva York. Junio de 1955.

Diarios: *EL TIEMPO*, Bogotá; *ACCIÓN*, Montevideo.  
Agosto 1955.

## ¿PUEBLOS INCAPACES PARA LA CIVILIZACIÓN DEMOCRÁTICA?

El gobernante militar de Venezuela coronel Pérez Jiménez declaró hace poco a la revista *Time* de Nueva York que el pueblo venezolano era aún incapaz de vivir, con la plenitud de deberes y derechos, la civilizada vida democrática. Y que tal incapacidad justifica la existencia de un gobierno castrense o, con otras palabras, la dictadura.

Este aserto no es original. Ha sido repetido en América cada vez que un general se ha apoderado del gobierno. Y en España forma parte de las tres o cuatro respuestas que el general Franco se tiene elaboradas para responder a los periodistas del mundo libre cuando éstos le hacen alguna indiscreta pregunta acerca de su despotismo. Los pobres pueblos resultan por su retraso o barbarie —así oficialmente declarados—, merecedores de un gobierno de cuartel. Y a fin de prepararlos para la vida digna de la libertad democrática, pues se les administra, como óptima pedagogía, la de la mordaza y el garrote.

Nuestra incapacidad indoamericana para la democracia es el socorrido argumento que con no poco desparpajo se esgrime aquí y allá para cohonestar el endémico mal de nuestro militarismo proclive a la conspiración, al asalto del poder por cuartelazo y al usufructo ilímite de los beneficios del gobierno por medio de la tiranía. Se dice que para nuestra vida democrática nos faltan clima y raza. Y se han troquelado lugares comunes de fácil repetición como aquel que asevera que la democracia es incompatible con los al-

tos índices de analfabetismo que, sin duda, son deshonra de nuestras repúblicas.

Lo cierto es que donde el militarismo ha sido controlado, o liquidado, la democracia se ha posibilitado en América, a despecho de variantes raciales y climáticas: Costa Rica es un país de zona tropical y su sistema y espíritu democráticos son ejemplares. Y en el mismo Caribe, donde se dan los militarismos más feroces, en las repúblicas llamadas «independientes», van apareciendo estables democracias de pueblos mestizos «coloniales» que pronto resultarán paradigmas a seguir en el resto de nuestra América: Las «West-Indies», o Indias Occidentales —destinadas para tarde o temprano a formar parte de nuestra comunidad— van señalando el camino: Jamaica es un caso; Puerto Rico es otro, y las Indias Holandesas que las emulan muy de cerca...

Uruguay y México son los dos polos de nuestra Democracia. Uruguay, país templado, de predominancia racial latino-europea, es, sin duda de las repúblicas que se hallan en la línea de los grandes sistemas sociales de Suiza y Escandinavia. Y con éstos, en proporción avanzada sobre la democracia norteamericana. México con sus 30 millones de íncolas mayoritariamente mestizos, depara otros problemas; más sin duda, avanza a paso seguro hacia una democracia íntegra. E importa señalar que la primera etapa cumplida en el desenvolvimiento democrático mexicano ha sido la eliminación del militarismo —aun del militarismo revolucionario— y el afianzamiento de la civilidad como signo inequívoco del progreso institucional del país.

Pese a sus agitaciones partidistas —un poco de mimesis francesa— Chile es una democracia estable, de las más estables de América. No es dato para dudar de la civilidad democrática chilena el hecho de verla ahora presidida por

un veterano general. El mandato de éste proviene de una elección limpia y es el único general chileno que en un período de hace ya varios decenios fue tentado por la mala política —dizque una tentación o contagio de origen centroamericano— y el único que hace treinta años, derrocó un gobierno civil e implantó una ominosa dictadura. El fin de ella fue una bella victoria de la opinión ciudadana chilena que arrojó por consenso público al militarismo del poder. Y ahora el general, ya sin arreos ni arrestos, ha vuelto al mandato respaldado por la legitimidad electoral, a enmendar antiguos y descarriados pasos y a comportarse como presidente respetuoso de los derechos del pueblo.

Bueno es recordar que Chile tiene dadas a América lecciones relevantes que nos llevan a creer en la decencia civil de la democracia: El general Baquedano fue el vencedor de la guerra de 1879-1884 entre Chile de un lado y el Perú y Bolivia del otro. El triunfo de las armas chilenas las hizo dueñas de toda la costa boliviana, y de la ingente zona salitrera del Perú, y Baquedano volvió a su país después de haber ocupado Lima, sobre cuyo palacio virreinal flameó durante dos largos años la bandera vencedora. Ello no obstante, cuando el nombre de Baquedano fue propuesto para candidato a la presidencia de Chile —y las elecciones se realizaron durante la última parte de la guerra y al calor de las resonantes victorias chilenas— el general no fue elegido. Lo fue un civil honesto y pobre: don Domingo Santa María, el presidente de la victoria, quien al término de su mandato no tuvo casa en que vivir y sus amigos le obsequiaron una. Baquedano no fue nunca presidente de su país.

Además del casi legendario auto-sacrificio del presidente Balmaceda —que Getulio Vargas imitó acaso con iguales consecuencias en beneficio de la civilidad brasileña— para salvar a Chile de la lucha interna y seguramente

de una dictadura militar, hay que recordar otros dos hechos ejemplares más propincuos y elocuentes: La elección de Alessandri en 1920, en la cual el partido Conservador por la decisiva intervención del arzobispo Crescente Errázuriz cedió voluntariamente el paso al candidato del partido Liberal que enarbolaba un programa de separación de la Iglesia del Estado y acarreaba una fama de temible revolucionario; y el triunfo del Frente Popular en 1938. Aguirre Cerda llegó al poder por las elecciones de aquel año, más sólo con una mayoría cercana a los 4 mil votos. Era la caída de las derechas y las Casandras de los cuartelazos daban por seguro uno en Chile. El jefe del ejército chileno —un general conservador— se adelantó a desmentir públicamente los rumores subversivos y a aconsejar al candidato vencido Ross a aceptar el exiguo fallo electoral.

He visitado Venezuela —y no solamente Caracas—, durante su lapso democrático en 1946 y en vísperas electorales. He estado en la región andina, tradicionalmente conservadora y criadero de tiranos. Puedo asegurar que yo no hallé que el pueblo venezolano fuera bárbaro, vale decir incapaz de la democracia. Contrariamente, asistí a demostraciones ciudadanas en nada diferentes a las de los países democráticamente civilizados. Y supe después de mi partida que las elecciones para miembros de la Constituyente se realizaron tan ordenada y honestamente como en cualquier país culto.

Pienso que Bolivia demuestra a las claras cómo la eliminación del militarismo abre paso al advenimiento de un orden democrático de profunda proyección social. Y el caso de Bolivia es singularmente estimulante para toda la zona andina del Perú, el Ecuador y el noreste argentino poblada por millones de descendientes de súbditos del Imperio de los Incas cuya raza, cuyo idioma y cuyas reivindicaciones son los mismos. Bolivia está enseñando

a nuestros Estados con poblaciones nativas, que éstas –lo cual México y Guatemala confirman– son idóneas para la democracia. Más todavía, que en sus organizaciones y hábitos nativos la democracia se practica –los sistemas de elecciones son un ejemplo en las comunidades de tradición incaica– pero siempre con un alto sentido social. Esta incidencia es la que el experimento boliviano está descubriendo. Y, descartado el factor negativo, antidemocrático, que representa el militarismo, la vida institucional indígena encuentra su tradicional confluencia de libertad y disciplina, caracterismo espontáneo de su idiosincracia.

A mi ver, nada es más forzado y violento que la implantación de regímenes de dictadura militar en la Argentina y en el Perú. Psicológicamente, ambos pueblos son pacíficos –tal vez demasiado– pero inadaptables a la regimentación y al régimen cuartelario. Claro está que en el militarismo peronista, la demagogia y el terror, son ingredientes mucho mejor combinados, que en el Perú, donde la experiencia de intimidación colectiva es mucho más larga y cruel. Pero a ambos pueblos se les achaca excesiva mansedumbre a causa de su aparente sumisión ante la brutalidad. En lo profundo de ambos hay, sin embargo, un tipo de resistencia pasiva, y a veces muy activa, indeclinables. No creo equivocarme al augurar que, en cualquier momento, –tal aconteció en el Perú, en 1945– en el Perú o en la Argentina se restauren las libertades civiles y caiga el militarismo. Los pueblos entrarán inmediatamente por los cauces democráticos como quien toma un camino que conoce.

En el Brasil comprendí bien que es, de nuestros pueblos, el menos apto para tolerar un dictador, especialmente del tipo militar y sombrío que conocemos en los demás estados del Continente. Getulio fue un mandón civil. Y en agosto último, a pocas semanas de tantos trágicos sucesos,

se lanzaban contra el presidente muchas chufletas desde tablados y corrillos tan divertidos y picantes como los de los teatros de barrio mexicanos... o los de París.

A poco de todo ello vino la hora del drama. Y cuando en la mente del pueblo brasileño estaba ya muy adentrada la convicción de que Getulio, pronto o después pagaría con un cuartelazo su grito desafiante: «O petróleo e nosso», vino el imprevisto suicidio. Cerró así el paso a un posible golpe militar y se mostró impertérrito pero sincero.

Todo lo cual respalda argumentalmente mi premisa: al caso de España quizá haya que aplicarle otra medida. La historia de España es la historia de la lucha del pueblo por la libertad; podríamos señalar múltiples fases en el desenvolvimiento que han sido evidentes pruebas de su indómita voluntad de libertad, de ahí los calificativos que se aplican a ese pueblo de indómito y fiero, independiente e individualista. Anotemos al paso el levantamiento de las comunidades contra Carlos V, la guerra de independencia contra Napoleón, la implantación de la primera República en 1873, como reacción contra la situación caótica del país y los levantamientos militares. La fase más reciente y ejemplar hay que señalarla en aquellas elecciones del 12 de abril de 1931 que trajo la segunda República. Primera vez que los españoles pudieron manifestar su civismo, su decidido empuje para derribar una institución caduca y tomar pacíficamente el camino de la libertad. Pero esta conquista cerraba el camino a los dictadores militares. Así los generales de espíritu totalitario que hubieron de someterse a ese impulso pacífico y arrollador, trabajaron arteramente hasta aplastarlo sirviéndose de armas extranjeras, y el desarrollo cívico y cultural de España quedó detenido. Pero España no duerme y saldrá de esta pesadilla de horror totalitario dispuesta a emprender el camino llano, natural y propio de los pueblos: el camino de la libertad.

Respecto a nuestra América, el militarismo político, el general conspirador y profesional que convierte a su ejército en un *partido político armado*, y a las *fuerzas armadas en fuerzas de ocupación de su propio país*, representa en América la barbarie totalitaria y la antidemocracia. Todos nuestros pueblos podrían vivir sin ejércitos pero no aceptan vivir sin libertad.

Y ¿el remedio? Pues la unión de todas nuestras fuerzas armadas en un solo ejército continental —desde el momento en que después del Pacto de Río de 1947 ya no puede haber guerra entre nosotros— para la defensa de cualquier agresión extra-americana. Un comando y arsenal interamericanos; menos generales pre-atómicos y más soldados-ciudadanos de una América unida para la libertad.

Copenhague, mayo de 1955.

## CRISIS DEL MILITARISMO EN INDOAMÉRICA

La caducidad del peronismo, sangrientamente iniciada con los impresionantes acaecimientos de junio último en Buenos Aires, era previsible. Perón había agotado ya los recursos demagógicos durante los últimos años y, después de su «antiimperialismo» contra los Estados Unidos —súbitamente acallado— y de sus alardes fallidos sobre «la tercera posición», ya no le quedaba más recurso que lanzarse contra la Iglesia católica. Y aquí, agotada la paciencia de sus propios sostenedores de las fuerzas armadas, palenque de la dictadura, tropezó la demagogia con una insurrección desesperada: El alzamiento naval de Buenos Aires tuvo las dimensiones de un premeditado tiranicidio, cuya frustración no empequeñece ni su tremenda gravedad, ni sus imprevi-

sibles consecuencias proyectadas hacia el propósito político de restaurar el gobierno civil y devolver los derechos humanos al oprimido pueblo argentino.

El militarismo de Perón tipifica las características del militarismo criollo a lo largo de Indoamérica. Claro está que Perón rebasó todos los excesos de la demagogia y logró paramentar su política con un disfraz de «socialismo» de gran formato agitador, hasta conseguir la desorientación de apreciables sectores de la opinión pública dentro y fuera de Indoamérica; los cuales cayeron en las redes brillantes de sus ademanes de alarde «justicialista». Y en algunos momentos llegó a atraer a no pocos crédulos sinceros cuando anunció que trabajaba sobre secretos de la energía atómica –ingente superchería– o cuando se presentó como adalid de la unión federativa de los Estados Indoamericanos, ideal sostenido en el Río de la Plata desde los días de la Independencia por Belgrano y por Monteagudo: El primero, proponente en el Congreso de Tucumán de 1816 de la formación de «Las Provincias Unidas de Sudamérica» con capital en el Cusco y con un Inca-Emperador como soberano; y el segundo, a pesar de su enemistad eventual con Bolívar, fervoroso apoyante de las ideas de unionismo continental del Libertador.

He sostenido y sostengo que el militarismo-político –el de los generales asaltantes del poder civil, al cual van enmascarados de un providencialismo redentor que esconde subalternas ambiciones y odiosas intenciones liberticidas– es el cáncer político de nuestros pueblos. La falaz aseveración de los generales políticos, o politiqueros, acerca de la incapacidad de las masas ciudadanas de Indoamérica para vivir dentro de una democracia civilizada, no tiene más asidero que la enfermiza obsesión militarista de usurpar el gobierno legal y satisfacer en él su sensualidad de

mando dictatorial. Que la convivencia democrática es posible en nuestro Continente lo demuestra la historia: Siempre que las Fuerzas Armadas de un país han respetado el orden constitucional y civil, y han cumplido con su deber elemental de ser sus servidores y no sus destructores, hemos tenido democracia. La tenemos, ejemplar, en el Uruguay y en Costa Rica, en Chile y en los dominios antillanos y tropicales británicos y holandeses. El agitado Ecuador, está demostrando los beneficios del gobierno civil, y ha logrado someter hasta ahora, en los últimos años, a los políticos de cuartel. El Brasil se está salvando del riesgo de los generales conspiradores; Bolivia se va abriendo paso hacia el gobierno libre, una vez domeñados los agitadores castrenses; y México, que Blasco Ibáñez describió en un dañino libro violento y peyorativo, que dio la vuelta al mundo en tres idiomas —*El militarismo mexicano*— es hoy adelantada república de progresiva democracia social gobernada por civiles.

En la primera Guerra Mundial, Clemenceau, el conductor de la victoria de Francia contra el militarismo alemán, hizo célebre una frase que Churchill repitió como lema de su acción directora en la Segunda: «La guerre, est un affaire trop serieuse pour être confiée a des militaires». En la política del Estado, que es desde Aristóteles una ciencia y una tecnología más seria que la de la guerra, el apotegma es válido. Y Bolívar —citado por Germán Arciniegas en su magnífico libro *Entre la libertad y el miedo*— dejó, como un testamento civil, olvidado y traicionado, estas palabras inmortales: «Un soldado feliz, no adquiere nunca ningún derecho para mandar a su patria. No es el árbitro de las leyes y el gobierno; es el defensor de su libertad». Y también, esta otra sentencia bolivariana que es una epifonema: «Es insoportable el espíritu militar en el gobierno civil».

Estamos ahora en la Edad Atómica. La guerra, ha devenido ya un crimen colosal contra la cultura y contra la especie humana. La «ciencia» y el «arte» bélicos no son más sublimadas expresiones del patriotismo heroico, ni propulsoras épicas del progreso universal. El genocidio es un inmenso delito, y la «muerte universal» su tenebrosa desembocadura. Empero, la innovada y catastrófica guerra científica ha planteado una tajante división entre los hombres que la estudian y la practican. Y ahora hay en el mundo dos tipos de militares: El «preatómico», y el «atómico».

Los de la primera categoría nada tienen que hacer en una guerra tecnificada contemporánea cuyas armas ni poseen, ni dominan. Su «ciencia» pertenece a la decimonónica de los ejércitos y marinas de una época que pareció muy avanzada hasta hace quince años y que actualmente resulta primitiva y distante. Su geometría es la de Euclides, su Física la de Newton y Dalton; su estrategia y su táctica pertenece a la que tenía por base los cañones de pólvora, los movimientos de caballería y los dictados de ataque y defensa de enseñanza napoleónica con algunos perfeccionamientos posteriores.

Todo ello resulta hoy tan inocuo y obsoleto como debieron verse las armaduras brillantes, los pesados mandobles y las agresivas lanzas y catapultas medievales después del descubrimiento de la primera artillería o de los mosquetes de atril, precursores del rifle y bisabuelos de las ametralladoras y armas ligeras automáticas. Pero la energía nuclear y la guerra integral que impulsa el átomo y que calcula la geometría curva, hoy, en tierra, mar y aire, dejan a un lado con sus brillantes galones, altaneros plumajes y decorativas espadas al militar que ignora la nueva ciencia cuyos enrevesados secretos son como el latido misterioso y apenas escrutable de los campos electromagnéticos. De

las transformaciones de la energía en materia y viceversa; de los electrones, protones y neutrones, y del cálculo complejísimo de sus velocidades y de sus reacciones y desintegraciones térmicas, el militar «preatómico» nada abarca. Así puede explicarse que como sujeto inútil para la nueva guerra, se dedique a hacerla –a la antigua– contra sus inermes pueblos, y opte por la política de la aventura, y aplique sus reaccionarios conceptos del dominio de un cuartel a los del gobierno de un Estado. Y así, el general «preatómico» criollo metido a estadista, no es sino un ser desplazado de su propio oficio que invade otro, y suplanta por la fuerza el derecho civilizado de los pueblos a gobernarse libremente por sí mismos.

De aquí que los regímenes militaristas en nuestros países sean de tipo totalitario, de imitación nazi-fascista, y que unan a su terrorismo de sujeción una engañadora demagogia de «socialización» y apoyo a las clases pobres. Invocando «el orden» y «la justicia» estrangulan a la libertad. Y voceando «patriotismo», son provocadores del jingoísmo hostile y del nacionalismo chauvinista, para desorientar a sus pueblos, en esta época en que el mundo se prepara a organizarse en grandes comunidades continentales y avanza incontestablemente hacia la instauración del súper Estado ecuménico.

América, la nuestra, si no ha de quedar retrasada en los caminos de la Historia, debe sacudirse de formas anacrónicas de dominación antidemocráticas. Y los militares «preatómicos» que infestan como trasgresores el campo civil de la política, –el cual sólo pertenece a los partidos educados en la disciplina cívica– deben o volver a sus cuarteles, o ponerse en fila con los pueblos. La unión continental y la formación de un ejército bolivariano al servicio del poder que emana únicamente de la soberanía popular y

de la seguridad común de América, nos salvarán del peligro militarista. El caso de Perón muestra el desastroso desenlace de las dictaduras armadas, pero, al mismo tiempo, anuncian el ocaso de una época de barbarie que la resuelta voluntad de nuestros pueblos, unidos, debe ya superar.

Copenhague, julio de 1955.



# EL MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO

De: Diarios: *EXCELSIOR* de México; *EL TIEMPO* de Bogotá;  
*LA ESFERA* de Caracas; *CRÍTICA* de Buenos Aires; *LA*  
*TRIBUNA* de Lima, 1958 y 1959.

## HACIA LA UNIDAD ECONÓMICA

El Mercado Común Latino o Indoamericano es el paso necesario hacia la unión económica del gran continente, que al sur de los Estados Unidos se extiende sobre un territorio de más de 20 millones de kilómetros cuadrados y cuenta con una población de más de 185 millones de habitantes, los cuales, según las estimativas del Instituto Demográfico de Washington, superarán los 500 millones dentro de 42 años, mientras los Estados Unidos y Canadá sólo alcanzarán a 300.

El programa aprista, que desde 1924 preconiza la unión económica —prolegómeno de la política— del Continente Latino o Indoamericano, queda evidenciado ahora que el Mercado Común de la Europa Occidental y los recientes acuerdos de once estados europeos sobre la zona de integración de comercio libre entre ellos, perfila la unidad europea como meta próxima de una verdadera conformación económica de los Estados Unidos de Occidente. Por otra parte, el plan ruso de conformar con los estados satélites otro Mercado Común, y los de la unión económica asiática y el de la unidad económico-política de los estados árabes, definen un mundo de grandes agrupamientos regionales, previsto en el plan aprista como la nueva conformación de un mundo de pueblos o estados-continentes. Ya lo son Estados Unidos y la Unión Soviética, y el Commonwealth británico y China e India que con sus vastas áreas y sus inmensas poblaciones avanzan velozmente hacia la misma conformación.

## MERCADO COMÚN EUROPEO E INDOAMERICANO

Los organizadores del Mercado Común Europeo han expresado, reiteradamente, su propósito de negociar conjuntamente con la América Latina. Es cierto que el Mercado Común Europeo abarca a África, colonias del Caribe y Polinesia en su plan de transformarlos en «territorios asociados» e impulsar su desarrollo económico a fin de superar su etapa de zonas «subdesarrolladas». Pero habida cuenta de la ingente magnitud económica que representan unidos los Estados europeos que integran su Mercado Común, éste tendrá capacidad suficiente para extender el radio de sus programas de ayuda económica e intercambio allende las regiones de aquellos «territorios asociados». Así lo han manifestado categóricamente los dirigentes del plan de unidad económica europea. Y el reciente discurso del presidente de la Comisión Económica de Europa, Profesor Walter Hallstein, pronunciado en el hotel Atlantic de Hamburgo, el 28 de julio último confirma ampliamente esa política orientada a establecer un sistema de relaciones económicas europeo occidental-latino o indoamericano.

Empero este nuevo sistema de relaciones de una Europa económica coordinada con nuestro continente, impone, lógicamente, la previa coordinación económica de éste. La condición de eficiencia del nuevo sistema de relaciones de las economías organizadas en agrupamientos de estados, supone un tránsito del concepto y estructura de las formas de producción y cambio de limitados campos nacionales a los de una concepción organizativa regional. Abandonada la irrealizable aspiración de «estados aislados autosuficientes» —que produzcan todo lo que consuman— todos los países del mundo se orientan hacia la integración de grupos homogéneos de países en zonas más vastas de economías interdependientes que establezcan en una di-

mención mayor las relaciones con otros grupos regionales de países asociados. Sólo dentro de este nuevo dispositivo económico de zonas integradas en «mercados comunes» éstos podrán concordarse sin riesgos de desequilibrio. Pero es obvio suponer que los nuevos y grandes conglomerados económicos no podrán mantener relaciones con pequeñas y débiles economías de países aislados –especialmente los subdesarrollados– sin gravitar peligrosamente sobre ellos. Por tanto, Latino o Indoamérica, en presencia de un mundo que se organiza en grandes conjuntos económicos o «mercados comunes», tiene que incorporarse también regionalmente organizada para cumplir su desarrollo industrial en ese mundo.

## **LOS PLANES DE LA CEPAL**

En la reunión de la Comisión Económica para América Latina, realizada este año en Santiago de Chile, se han echado las bases de un Mercado Común Latino o Indoamericano. Ello no obstante, la realización de este programa exige la cooperación más decidida de cada uno de nuestros estados. No solamente por parte de cada gobierno, y de cuerpos técnicos especializados en el estudio de nuestras economías nacionales y de su interdependencia regional o continental, sino también de los organismos industriales, de las organizaciones sindicales del trabajo y de los partidos políticos. El Mercado Común Latino o Indoamericano comporta –debe remarcarse– el confrontamiento de un vasto y complejo programa técnico que hay que acometer con seriedad y por medio de tareas organizadas de investigación y planeamiento. Pero al mismo tiempo –como ha ocurrido en Europa y es patente en Asia y en los países árabes– requiere una extensa campaña orientadora de la opinión pública. Vivimos generalmente dominados por simplistas nociones y prejuicios económicos, en muchos

casos anacrónicos. Un poco a la zaga de los avances del mundo, quedan como principios flotantes y de fácil recurso, lugares comunes de lógica aparencial sobre «autosuficiencia» y «autarquías», que en la ciencia moderna ya nadie acepta. Para reeducar nuestra retrasada conciencia económica, precisa un esfuerzo conjunto de exploración de la realidad mundial y de la nuestra; de indagación a fondo de nuestras posibilidades de coordinación y de nueva estimativa de nuestras ingentes capacidades de desarrollo, que rebasan horizontes limitados y se proyectan promisoriamente a una dimensión continental. Por otra parte, no debemos olvidar, gobernados y gobernantes en nuestros pueblos, que éste es el ineludible «signo económico de nuestro tiempo». Sí, indesdeñable e inescapable.

No hay duda sobre la viabilidad de este profundo cambio de conceptos y de praxis económicas en Indoamérica, tal como el que se ha producido en Europa y gana terreno en otros continentes. El proyecto de un Mercado Común Latino o Indoamericano concita el interés y la simpatía de varios sectores de la economía en cada país de ese continente. No sólo de las clases trabajadoras y medias que aspiran a un mayor progreso por la creciente industrialización, sino también de los sectores progresistas de los industriales nacionales mismos que confrontan problemas de limitación de mercados, de trabas aduaneras o de desleales competencias del grande y coordinado comercio extracontinental. En pequeño, y menos manifiestamente que en Europa —zona de alta civilización industrial— se está produciendo entre nosotros un saludable cambio de criterios económicos, determinado en gran parte por problemas insolubles que plantean nuestros aislamientos nacionales y nuestros constreñidos mercados, pero simultáneamente por el hecho incontrastable de que el resto del mundo económico se organiza regionalmente y nosotros quedamos como un conglomerado de

países aislados que nos debatimos en un insularismo que a todos nos afecta. El proyecto del Mercado Común Latino o Indoamericano tendrá, pues, que convertirse en un anhelo público, mayoritario, que mueva la opinión de todos los sectores sociales que aspiran a la emancipación económica de nuestros pueblos, porque sólo por su coordinación o unidad económica podrán dejar de ser vasallos de los organismos conjuntos más poderosos que dominan imperialmente a los países dispersos y por tanto débiles y retrasados.

## **CONFERENCIA ECONÓMICA.**

### **MONEDA COMÚN**

Es necesaria la reunión de sucesivas Conferencias Latino o Indoamericanas, con el fin de estudiar problemas perentorios. El examen de la producción dislocada o concurrente, la expansión coordinada de mercados, el intercambio compensado de productos, la organización intercontinental de transportes, la revisión de barreras aduaneras, la creación de un Banco Latino o Indoamericano de Reserva y Fomento y el estudio de una moneda continental que ponga término a la lucha desigual de diecisiete o dieciocho tipos monetarios diferentes con el dólar y la libra serían, entre otras, las tareas a realizar por estas Conferencias. El planeamiento de intercambio industrial coordinado —la comunidad de hierro y carbón de los antes rivales países europeos, y base ahora del Mercado Común Europeo, es un patente ejemplo para diversas ramas industriales nuestras— sería otro de los objetivos. Pero las Conferencias Económicas Latino o Indoamericanas, que podrían ser precedidas y complementadas por reuniones de estados vecinos, constituyen una necesidad inaplazable. Por otra parte, esas reuniones de nuestros Estados tendrían por objeto presentar un programa de posibles relaciones con las grandes unidades económicas de otros continentes, y, para comenzar, a los mismos Estados Unidos

del Norte, con los cuales es preciso establecer un sistema de relaciones sin hegemonías, basado en un verdadero «interamericanismo democrático sin imperio», que a partir de la delimitación de nuestras respectivas órbitas económicas —de una zona superdesarrollada junto a otra subdesarrollada— mantenga y resguarde nuestra autonomía y permita una coordinación de entrambas, exenta de subordinaciones, a fin de que Indoamérica pueda desarrollarse libremente y en irrestricto trato con el resto del mundo. Este programa que no lleva implícito hostilidades contra nadie, entraña un propósito de progreso, una finalidad de liberación, y la mejor forma de incorporar a nuestros pueblos conjunta y organizada al mundo económico de hoy. Así la democracia, bajo cuyo régimen debemos vivir, fortaleciéndola cada vez más, cumplirá su designio socio económico para bienestar, prosperidad y seguridad de cada uno de nuestros pueblos.

París, agosto de 1958.

## **ESTADOS UNIDOS FRENTE AL MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO**

La visita del Presidente Eisenhower a cuatro capitales latinoamericanas ha coincidido con la segunda reunión de los representantes de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay —a los cuales se ha adherido México— para echar las bases de la unión económica de nuestra América sobre la base de una zona de comercio libre, o Mercado Común. Y la prensa europea, que pocas veces nos toma en serio como países aislados, ha comentado unánimemente, con rango de acontecimiento de gran formato, aquellos dos eventos. Sobre todo, las declaraciones del gobernante norteamericano en Santiago de Chile, favorables al creciente movimiento latinoamericano hacia la coordinación de nuestro continente.

Cuando la prensa europea califica a la tendencia unionista de los pueblos de la América Latina como «un estado de conciencia», infiere que esa gran nación continental, hasta ahora impotente, por dispersa, puede significar unida, un poder de imprevisibles influencias en la política mundial. Por que si bien como Estados aislados han carecido y carecen de importancia en el cuadro político universal conformado por grandes agrupaciones regionales, es evidente que ya coherentes en una vasta zona continental de producción y cambio, la comunidad latinoamericana representa un área geográfica de 20 millones de kilómetros cuadrados con cerca de 200 millones de habitantes, cuyas riquezas actuales y potenciales resultan casi imparangonables con las de otras partes del planeta.

Los comentaristas acuciosos del discurso del presidente Eisenhower en Santiago de Chile han reconocido en sus medidas palabras aprobatorias de los proyectos del mercado común latinoamericano, un tempestivo esfuerzo por no disonar en un ambiente francamente favorable a la unidad de sus veinte repúblicas. Pues no faltan reticentes que —más con razón que sin ella— anoten los recelos de ciertos sectores norteamericanos ante el surgimiento de una gran nación continental económicamente cohesionada al sur de la gran federación del norte. Y, sin muchos ambages, no dejan de puntualizar que, acaso con un criterio limitado por estrechas conveniencias, los sectores imperialistas de los Estados Unidos han sido y son adversarios, encubiertos o declarados, de todo propósito unionista de la América Latina.

Sus aliados han sido y son los que hasta ahora, entre los latinoamericanos, han soñado con una autarquía en «cada república», aislada y prepotente. Y sus adversarios son los pueblos mismos cuyo instinto los ha llevado a descubrir una realidad histórica ahora incontrastable: la de un mundo en el cual no solamente «el espacio es poder» —tal

lo demuestran los propios Estados Unidos del Norte—, sino en el que la interdependencia es norma y los aislacionismos y limitaciones nacionalistas son camino seguro hacia la inferioridad y el sojuzgamiento.

Reveladora coincidencia de puntos de vista de grandes imperios ha sido, hasta ahora, el recelo que tanto en Rusia como en los Estados Unidos ha merecido el movimiento hacia la organización de los mercados comunes. Los de Europa —el de los «seis», que ahora serán ocho con la adhesión de Grecia y Turquía, y el de «los siete» de la FTEA— se han coordinado solos y a despecho de la inocultable resistencia norteamericana y rusa. Los partidos comunistas y los vóceros conservadores se han esforzado por desacreditar las nuevas articulaciones económicas cumplidas en Europa y proyectadas en Asia, África y América Latina. Ha sido, por tanto, una victoria de veras remarcable que el Presidente Eisenhower, obligado por las circunstancias, haya hecho declaraciones favorables al plan del mercado común latinoamericano. Que no obstante sus reservas las palabras del jefe del gobierno de los Estados Unidos conllevan un paladino reconocimiento de la importancia salvadora que para nuestros pueblos entraña su coherencia económica.

Puede afirmarse, así, que es característica postura imperialista la de la oposición a los mercados comunes. Por ende, actitud reaccionaria inspirada en el consabido principio de los fuertes de dividir para reinar. Y es, en consecuencia, línea de auténtico antiimperialismo abogar por la formación de grandes coordinaciones económicas defensivas apoyadas en el otro conocido lema de que la unión hace la fuerza. Para la América Latina los mal entendidos nacionalismos aislantes de «cada república» han resultado desastrosos después de más de un siglo de fracasos. Y el retorno a las grandes consignas originarias de nuestra independencia, voceadas por quienes fueron sus

gestores, resulta hoy un inescapable imperativo de seguridad común.

Sólo unidos los Estados latinoamericanos podrán reglamentar y controlar eficazmente las inversiones extranjeras que aún necesitan para impulsar su industrialización y conseguir, de veras, su segunda independencia. Sólo unidos podrán garantizarla y asegurar su autonomía frente a los riesgos intervencionistas de los más fuertes. Y sólo unidos, también, podrán acrecentar su poderío económico, explotar sus riquezas naturales plenamente y realizar la aspiración de una democracia social justa y estable, que es la que enarbola el postulado de «libertad con pan».

Los mercados comunes de los Estados superdesarrollados requieren el contra-relato de los mercados comunes de los países infradesarrollados. El nuevo equilibrio económico mundial no podrá lograrse sino cuando ante la asociación de los grandes se asocien los pequeños. Porque sólo así dejarán éstos de vivir en la subalterna urgencia de ofrecerse siempre al mejor postor. Pues si es aparente gesto de libertad hacer fieros a un patrón comprador, entregándose al otro, el cambio de ellos no nos emancipa. Mientras confrontemos nuestra debilidad con su fortaleza tal sistema de relaciones será injusto y peligroso.

Por fortuna va abriéndose paso en nuestros pueblos esto que la prensa europea califica ya como un «estado de conciencia» latinoamericano. Cuya elemental y simple definición es el revolucionario despertar en «cada república» a la realidad de su interdependencia, a la evidencia de su indisoluble vinculación como parte integrante de un todo indivisible, cuya dinámica coherencia puede convertir a veinte entidades que separadas poco significan, en un poder creador de ingente magnitud para el futuro de la humanidad.

## EL PERÚ Y EL MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO

En este mes se reunirán en Caracas –la ciudad natal del Libertador Bolívar, quien no llegó a ver la unidad de su América por él soñada– los directores de Comercio Exterior de las tres repúblicas de la Gran Colombia para estudiar la creación de un área de comercio libre entre ellas. De su lado, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay están estudiando resueltamente un acuerdo en igual sentido. Y estos son los pasos iniciales en el camino promisorio de la realidad hacia el Mercado Común Latinoamericano que anuncia la unidad económica de nuestro continente.

El Perú no debe quedar marginado en el proceso preparatorio de la coordinación económica continental, sino que debe sumarse a él, ya que no asumió a tiempo la misión iniciadora que por tantos títulos le correspondía.

Porque de Lima salió la iniciativa del Congreso de Panamá de 1826, cuando Bolívar era gobernante del Perú, y porque los más adelantados planteamientos sobre la unidad económica y política de nuestra América en este siglo se deben a un movimiento político social que es en su origen, pensamiento y acción, obra de peruanos.

Cuando en 1924 se fundó el Apra –uno de cuyos cinco puntos básicos de su ideario americanista es el imperativo de la unidad económica y política de los veinte estados de nuestro Continente– abundaron los objetantes escépticos, quienes, con criollo simplismo, proferían un veredicto que entonces aparecía incontestable: «Esa utopía de la unidad continental no la verán ni nuestros nietos».

Ya en nuestro libro de 1927 *Por la emancipación de América Latina* y en *El antiimperialismo y el Apra* de 1928, respondimos a esas réplicas del pesimismo derrotista, con

un alegato de fe y lógica afirmativas que repercutió como una invocación entre las juventudes de la inteligencia y del trabajo manual, y así surgió el Aprismo. Pero cuando inspirado en sus cinco grandes lemas de visión continental se fundó en 1931 el Partido Aprista o del Pueblo Peruano, la reacción, cavernaria y atrasada, tomó asidero en ellos para condenar al nuevo movimiento político social como «extranjerizante» e «internacionalista». Con tales pretextos se privó a todos los afiliados del Aprismo de sus derechos ciudadanos durante casi dos decenios. Y así fue como el único Partido que en la América Latina inscribió en el primer lema de su programa la unidad económica y política continental, sufrió con honroso heroísmo la más terrible de las persecuciones. Mas, a pesar de ello, mantuvo enteriza e indesviable la segura esperanza en la victoria de sus videntes postulados. Hoy no «nuestros nietos», sino los iniciadores del magno planteamiento están presenciando su realización.

Ha sido necesario que transcurrieran treinta años; que viéramos el surgimiento y derrumbe del nazi-fascismo, que también contó en el Perú con proditores agentes quintacolumnistas, y que tras una espantosa guerra Europa iniciara su unificación y formara su primera Comunidad con más de doscientos millones de habitantes, para que aquí, muy a desgano, se empezara a comprender que el Aprismo se había adelantado en seis lustros a señalar el destino unitario y salvador de nuestros pueblos. Ya lo dijo Rodó, como lo repetí, a propósito de este mismo tema de la unidad continental, en la Universidad de Montevideo, en 1954: «La herejía de hoy es el credo de mañana».

Para mayor coincidencia, los movimientos iniciales hacia esos propósitos, surgidos en dos sectores, el de la Gran Colombia y el de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, figuran como un enunciado en el citado libro *Por la*

*emancipación de América Latina*, en el discurso que pronunciamos en París ante la Célula de Desterrados Apristas en enero de 1927. Cuyo texto central se incorporó después, en febrero del mismo año, en la resolución sobre la América Latina del Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas.

Sobrecargado de historia, nutrido de afirmaciones de esclarecida predicción, el programa unitario continental del Aprismo aparece ahora incontrovertible y perentorio. Cuando Europa se une, cuando los pueblos árabes se unen, y cuando los que se creían retrasados pueblos africanos proclaman su voluntad de federarse, la América Latina o Indoamérica no puede sino incorporarse al mundo que se configura regionalmente, que se organiza en Estados o «Pueblos-Continentes» y que tiene ante sí a dos inequívocas potencias rectoras del universo político-económico, que son sendas uniones continentales de territorios y de pueblos, cuyo poderío se debe fundamentalmente a su dinámica vastedad y a su compacta coherencia: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Y el Perú todo no debe olvidar que la salvación de su casi endémica crisis económica, de su predominante pobreza y retardo social, está en gran parte en la expansión de sus mercados, en la independencia de su economía, en la concordancia de su producción y cambio con los demás estados de Indoamérica. Del mismo modo que cada uno de ellos se halla en recíproca situación. Es por eso que siete de las más importantes y alertas de nuestras repúblicas están dando los primeros pasos hacia el mercado regional.

Corolario del afianzamiento de sus sistemas democráticos, tras el barbárico retroceso de nuestros estados bajo la brutalidad ominosa de las dictaduras, debe ser la unidad

económica latinoamericana sistematizada en el Mercado Común y en la moneda única. Sólo así lograremos nuestra emancipación económica y nuestra seguridad y bienestar sociales.

Roma, abril de 1959.

# MENSAJE AL URUGUAY\*

---

(\*) Inédito (Archivo Villa Mercedes). Conferencia, Paraninfo de la Universidad de Montevideo, 1955.

## MENSAJE AL URUGUAY

Señoras y señores:

No es cuestión de rutina que yo diga –como palabra inicial de esta tarde– que agradezco profundamente, la presencia de un auditorio tan selecto como numeroso; y, no es una cuestión de rutina que en esta hora en que vengo a transmitir para otro auditorio –el auditorio invisible de los oyentes innumerables de la onda del Sondre– llame a que lo que vengo a decir lo que me he atrevido a denominar: «Mensaje al Uruguay». Me da derecho a ello la hospitalidad. Tengo el título de ser un huésped favorecido por la benevolencia, por el aplauso, por la simpatía con que he sido honrado y es por eso que al pronunciar estas palabras hoy, que ya van dichas un poco al filo de la despedida, quiera intentar un resumen de aquellos conceptos que fueron la orifloma de mi pensamiento durante esta grata visita al Uruguay.

Ya he expresado y lo repito ahora, que mi palabra, aquí, no tiene otro sentido que no sea el de una auténtica expresión de mensaje. No esconder ninguna tendenciosa intención; o, como diríamos en lenguaje de buen «pulpero» criollo: «Aquí no hay trastienda». La trastienda está en el corazón, y el corazón en si mismo, es una vitrina abierta cuando el hombre es honesto y la palabra es franca.

De modo que nosotros estamos reunidos hoy para un libre intercambio de ideas. Para un recíproco coloquio de conceptos que tienen, todos, un temblor de inquietud.

Por cuanto hay algo que nos inquieta en esta hora del mundo; hay algo que nos dice que somos copartícipes de este tremendo drama en el cual somos como los protagonistas, todavía un poco dentro de bastidores. Y mi solo afán, mi único propósito e intención es alegar para que nosotros los latinoamericanos dejemos de ser apuntadores detrás de los telones o meros corifeos cuando se nos llama.

Yo pienso que, sin arrogancia y sin la inexcusable altanería de los que concurren a una cita sin ser llamados, nosotros los pueblos de América Latina o Indoamérica, podemos de todos modos, contribuir al destino del mundo. Es, si se quiere una pretensión, pero no me parece injustificada.

Creo que todavía esta América –la América Latina o Indoamérica–, no ha dicho su palabra en la desconcertante confusión de voces que constituye el drama de nuestro tiempo. Todavía nosotros, que formamos potencialmente una gran nación con 180 millones de habitantes, no hemos expresado nuestro pensamiento, no hemos hecho saber qué queremos y a qué aspiramos; simplemente a causa de una falta de coordinación. Las voces que se dejan oír son inconexas; nos ha faltado aquel buen director de orquesta que es el sentido común, para concordar nuestras palabras y elevar lo que, quizás sea para nuestro futuro, una afirmación de esperanza. Y eso es lo que nosotros estamos aspirando a coordinar ahora, por cuanto tenemos todos los derechos a ser oídos.

Somos ciudadanos de un mundo nuevo que no ha sufrido los rigores de la guerra en los campos de batalla, pero que carga sobre sí, que lleva sobre sus espaldas algo que es mucho más importante, quizás, que la lucha misma: el haber sufrido sus conturbaciones, el haber sentido su choque, el ha-

ber sido espectadores ansiosos y actores potenciales, cuyas acciones no han sido aún determinadas por la oportunidad.

En la Historia se puede actuar matando y muriendo, pero, también, pensando. Y nosotros somos eso: los espectadores pensantes que tiene algo que dar, algo que ofrecer a un mundo conturbado que cree que la única solución es matar y morir.

No. Nosotros podemos agregar algo más: pensar, ofrecer, advertir, sugerir, cooperar, para lo cual nos incumbe aquí liberarnos de todo aquello que nos impidió sentirnos, realmente protagonistas y gestores de este drama del mundo.

No sé si estoy perdiéndome de entre los caminos sombríos de la filosofía o si estoy haciendo un poco de metafísica acerca de lo que la América nuestra puede ser. Pero creo hallarme en lo cierto cuando, del fondo de mi conciencia surge un neto optimismo: el optimismo de que estos pueblos, que son realmente jóvenes, aunque a veces se vistan de viejos, tengan el derecho de actuar en un mundo que no puede ser sacrificado porque la minoría de él crea que sólo en la violencia y en la destrucción ha de hallar la solución de todos sus problemas.

Pienso que en este mundo de hoy hace falta el resurgimiento de la auténtica voz de la razón; de la voz de la razón sin cañones detrás. De la voz de la razón que hasta ahora aparecía confinada al escenario del viejo mundo, pero que hoy a perdido su vigencia porque en el viejo mundo ya no se habla usando la razón sino la amenaza y es, entonces, de aquí –donde no hay la posibilidad de que intimidemos a alguien– que puede surgir esa nueva voz.

Alguien la llamó la tercera posición. Yo le llamaría la tercera voz: en el sentido de ser una autorizada voz diferente.

No una voz presuntuosa e intempestiva no una voz arrogante, incongruente y altanera, sino una expresión distinta, que eleve su palabra en nombre del mundo a que aspira y que espera, en nombre del mundo pasivo cuya suerte se está jugando, que hable en nombre del mundo que sufre el cual no tiene por qué acarrear las sobrecargas de odios con que las grandes potencias debaten sus problemas. Y que pueda decir: «Óigasenos a nosotros también que somos espectadores y sufrientes de este drama oscuro de la humanidad el cual compromete el futuro íntegro de ella; óigasenos a nosotros que podemos ser también protagonistas, exentos, de los rencores y prejuicios que vosotros estáis esgrimiendo».

¿Por qué, con tanto afán de intentar la búsqueda de una solución para estos problemas, he venido yo aquí?

La respuesta, también, debo darla. Lo dije anoche en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo y voy a reiterar someramente lo que entonces dije: En este país pequeño cuantitativamente, pero grande por su calidad espiritual, encuentra asidero el pensamiento y estribaderos la razón, para indagar y discutir en la gran problemática del mundo actual. Aquí no ha muerto la razón porque no ha muerto la libertad. Aquí no ha muerto la voluntad y el derecho del hombre a discernir, a pensar, a opinar y a disentir, porque está viva la libertad. Y en un escenario como éste, aunque aparezca ahora por contraste con el resto de Indoamérica como una isla señera del derecho de expresión, se puede venir a pensar y a pretender mover el pensamiento de sus gentes. Se puede llegar tras un peregrinaje penoso, pero de todos modos satisfactorio –porque él es compensado con la hospitalidad auspiciosa– a decir al ciudadano uruguayo: hermano que estáis aquí, en tu ínsula de libertad, vamos a trabajar un poquito por aquel inmenso archipiélago de tiranía que necesita de nosotros.

Por eso vine aquí, para ver dónde podía fincarse este llamamiento, este llamamiento desinteresado, insobornable, intangible por su intención, que puede estar equivocado en su expresión dada, la insignificancia de la persona que lo trasmite, pero que no es equívoco en la línea intencional que lo guía.

Ese es mi propósito, y por eso vine al Uruguay portando un humilde mensaje. El mensaje de la incitación a meditar en un mundo del cual nosotros no podemos desviarnos, ni marginarnos con desdeñosa indiferencia, a pensar en una situación que a todos nos afecta; a pensar que desde este prodigio de libertad que es el Uruguay, atenaceado por las amenazas y por los contrastes, porque él es justamente, cual un punto de partida para la más libre reflexión. Pues se ha dado el caso histórico sin duda resaltante, de que aquí, en el área territorial más reducida de nuestros Estados americanos, todavía la libertad esté impertérrita y todavía los derechos del hombre no se han sacrificado.

Ese es el primer problema que yo he planteado a la juventud uruguaya. Podéis criticar, podéis disentir, podéis no sentirnos contentos, jóvenes uruguayos, pero el hecho patente de que en este país viva supérstite la libertad y el derecho a opinar, y el derecho a discrepar, y el derecho a protestar, es la resultante de un proceso político y cultural que debéis investigar. Es la consecuencia de una hazaña histórica que significa que aquí hubo hombres que supieron prever el camino victorioso de un pueblo, el cual no iba a inmolar jamás su derecho a ser libre y su derecho a ser oído.

Anoche –y vengo todavía como estimulado por los entusiasmos de una escena realmente epilodal de esta mi visita al Uruguay, pero sumamente grata para una conciencia libre como la mía– la escena del Paraninfo de la

Universidad, fue de veras magnífica. Allí cité a la juventud uruguaya para un amplio debate público, a la juventud más joven, aunque había jóvenes desde los 70 hasta los 18 años...

...A esa juventud del espíritu que no se mide por cronología, esa juventud que tiene su base y su fuerza en una federación de estudiantes de trayectoria realmente honrosa para este país. Pues bien, anoche oí las opiniones más diversas, más contradictorias. Se provocaron polémicas y muy estimulante de veras, fue para mí escuchar de arriba y de abajo, opiniones contrapuestas. Ninguna de ellas me hirió; todas llegaron a mi corazón como flechazo de inteligencia y de buena voluntad. Todas me parecieron las aportaciones de una generación conturbada por la hora en que vive el mundo. Unos dijeron cosas sumamente brillantes; otros aparecieron ensombrecidos por la duda; algunos pudieron ser llamados escépticos y pesimistas; pero de todos ellos surgía el vigor de una enteriza juventud que podía hablar. Había algunos que hasta se alzaron contra la idea del Estado y «contra esto y aquello» –como diría Unamuno– lo cual estaba probando que en el Uruguay existe una democracia para poder decir sin temores tales cosas, pues precisamente los más extremistas, los más iconoclastas, los más descontentos patentizaron que, a no dudarlo, en este país hay tal libertad como para que el más extremado iconoclastismo tenga vigencia.

Mientras ellos hablaban yo pensaba: felices vosotros que podéis tener ese derecho magnífico de hablar, de protestar y de quejarse...

Felices vosotros, jóvenes uruguayos, que no conocéis ese gesto tremendo del hombre que, de pronto lanza una protesta y, sin querer, vuelve los ojos para ver si está el

soplón escuchándole detrás: ¡Felices vosotros jóvenes, que podéis decir tantas cosas contra el Estado, contra los viejos, contra los partidos y contra la burocracia, sin que un polizante os amenace a la puerta o sin que una intimidación pase sobre vosotros y ensordezca vuestras voces!

Yo sentí la alegría de haber oído decir palabras que habría sido imposible que me profirieran al otro lado del Río de La Plata y a lo largo de esta anchurosa América, con muy pocas excepciones. Yo sentí el orgullo de esa magnífica altanería.

¡Felices vosotros que podéis decir todas estas cosas!

Cómo quisiera que vosotros conocierais a Indoamérica!

Cómo quisiera que vosotros conocierais en el contraste de lo que es una tiranía, de lo cual vosotros por fortuna no tenéis idea porque habéis nacido en un hogar de libertad. Porque si conocierais otros países confrontaríais la profunda ansiedad de vivir en un país donde la democracia existe.

Y con tales sentimientos y reflexiones –salí de la Universidad contento–. Contento porque vi que, todavía, en Indoamérica hay una república donde los jóvenes pueden decir sin ambages ni riesgos cosas que sería delito mencionar en los países donde la democracia ha sido avasallada.

Vengo de México, donde también pueden decirse libremente cosas tremendas contra el gobierno, contra la revolución y contra el pasado. He oído a jóvenes inconformistas en México, y también les he dicho lo que digo aquí: ¡Felices vosotros que podéis expresar vuestras opiniones en contra de todas las cosas que existen! Pues yo –recordando a Voltaire– puedo repetir su profunda reflexión: «no

participo de vuestras ideas, pero daría la cabeza porque tengáis el derecho de emitirlas».

Como un resumen de todo lo que he oído y de todo lo que he hablado, suelo dialogar con mi público aunque el diálogo sea, aparentemente, un monólogo; y en el Uruguay mi coloquio ha sido constante, a través de mil voces: la del chofer, la del lustrador de calzado, la del obrero, la del campesino o llanero de Cerro Largo, la del hombre de las fronteras, la del hombre de la ciudad, pues todos han tenido algo que decir —he ido recogiendo sus pareceres—. La opinión del profesor, la del ministro, la del consejero de Estado, la del estudiante, que han añadido las contribuciones cultas de sus conceptos, completan un valioso acervo. De todo él me llevo una carga: en el bordón de peregrino va la bolsita de mi experiencia, va la alforjita indio de mi tesoro ganado en estos diálogos del Uruguay, que yo conservaré con cariño y que he de volcar para mostrarlo allá lejos, donde quiera; y de seguro cuando vuelva a encontrarme con algún otro pueblo indoamericano que esté gozando de su libertad o que esté peleando por ella.

Y de estos coloquios y aprendizajes con el pueblo uruguayo, yo adelanto alguna consecuencia que podría sintetizar aquí. En primer término, a pesar de que se hubiera podido creer que fluye en cierto sector de la opinión juvenil uruguayana una postura de escepticismo, una actitud que casi no sería exagerado llamar derrotista, yo creo que, en el fondo, todo aquel descontento fluye de una ansia muy expresiva y muy lógica por lo mejor que este país. De allí que respete tanto la opinión de la juventud, y, aún, su actitud polémica.

De otra parte he inferido del Uruguay que conozco esta conclusión: las gentes de aquí, puede dividirse entre aque-

llas que están muy orgullosas de lo conseguido y muy tranquilas acerca de lo que pueda ocurrir, y aquellas otras –las cuales acaso son la mayoría– que en el fondo de su corazón presienten el peligro que nos rodea y que hay un clima, una atmósfera o una amenaza contra aquellas libertades que aquí se han conseguido y asentado.

Pienso que éste es un punto sumamente trascendente, porque uno de los objetivos de mi misión en el Uruguay parece haber sido decirle al uruguayo: felices aquellos que han conseguido su libertad, pero la libertad es como el tesoro: se puede perder si no se guarda bien, y puede disminuir por las cotizaciones mundiales, si no se acrece con la vigilancia, con la cautela, con la decisión, con el cariño que hay que poner en las cosas que valen.

O sea que no nos señalemos como pueblos felices por aquello que hemos conseguido sino que aspiremos a mejorar y a conservar lo logrado sin olvidar que por ser don preciado y hoy casi insólito, debemos cuidarlos como se cuidan las mejores riquezas.

Eso respecto de la libertad de que ustedes gozan, de que el Uruguay es usufructuario, porque tuvo gentes que le abrieron el camino de la libertad, y que acaso están velando desde las sombras de la muerte porque ella no perezca, porque aquí hubo gentes que pudieron mirar el porvenir y se anticiparon a todas aquellas aspiraciones que en otros pueblos tuvieron expresión tumultuaria; aquí hubo hombres serenos y previsores, quiénes habían peleado con la lanza en la mano y que sabían del rigor de la lucha en las pampas, pero que vinieron a la ciudad ya tranquilos e hicieron de su experimentada veteranía política eficiente, enseñanza; que hicieron de su ancianidad política una nueva juventud, y dejaron detrás la lucha acerba y abrieron hacia delante el sendero creador de una posibilidad democrática.

Esta es un poco la obra de estos penates políticos del Uruguay que, como dije anoche, son de un lado y del otro, porque la armonía de este pueblo gira en torno de su contrapuesto juego democrático cuya dinámica se descubrió a tiempo, y en la cual aparecen un colorado y un blanco frente a frente, y encontrando a tiempo una ecuación constructiva, fruto de una controversia valiente, tenaz, a veces dura pero, de todos modos, luminosa. Y todo ello fue algo así como la transportación a nuestra pauta de procedimientos indoamericanos de aquel pensamiento británico –lo dije anoche y lo reitero ahora– que regla a la democracia como el producto del Gobierno de Su Majestad y de la leal oposición a su Majestad.

Aquí hubo dos fuerzas que se enfrentaron una a otra con gran potencia, con gran autoridad y que transformaron el pensamiento de libertad de este país en el Estado que hoy es.

La política se juzga por los resultados y el resultado de esa política ha sido que este país sea una isla estable de libertad.

Sin embargo, no soy de los que creen que todo está conseguido; soy de los que piensan que aquellos que han logrado tanto bienestar y tanto buen suceso en la línea histórica de sus realizaciones, tienen responsabilidades que les incumben, no sólo dentro sino fuera de sus fronteras. Así como no hay rico, hoy, que pueda serlo sin dar parte de lo que gana en beneficio de los demás, no hay hoy, tampoco, país libre y democrático que pueda serlo sin trabajar un poquito, sin dar un poquito de lo ganado en beneficio de aquellos que no tienen todavía ese beneficio de libertad y de democracia.

Eso es para mí, lo que podríamos llamar la ruta histórica americanista del Uruguay.

Vale decir: el Uruguay no puede quedarse como está. Tiene que conseguir ventajas mayores dentro de su propio camino nacional, pero tiene que asumir una responsabilidad histórica dentro de la vida internacional. Esto resulta un poco incómodo para algunos quienes podrían argüir: «¿A qué viene usted a incomodarme con estas cosas? ¿Qué yo me ocupe de asuntos que están más allá de mis linderos? Déjeme dentro de mi estancia y que el otro propietario se arregle con lo suyo». Este es un pensamiento lógico, excusable, comprensible, pero egoísta.

En nuestro mundo contemporáneo la interdependencia y la solidaridad son imperativas, son perentorias, nadie que quiera pelear por la libertad del otro, puede olvidarse que si ella está amenazada afuera, también puede corroer las raíces de la que se goza dentro de la casa.

Ese es un punto importante: adquirir una conciencia continental, pensar que no somos una ínsula invulnerable de libertad –fueron mis palabras anoche– pensar que tenemos obligaciones hacia los demás, es decir, ser vecinos de nuestros vecinos y cumplir esta ley de buena vecindad desde nuestro lado, con un sentido real que se proyecte sobre la solución posible de los problemas que realmente nos incumben, he aquí mi proposición para el Uruguay democrático.

Esta ya es una cuestión bastante seria, con la cual, quizás, muchos de mis oyentes no estén directamente de acuerdo; sin embargo, es algo que realmente nos interesa, porque es la forma de destruir cualquier germen pesimista o escéptico que pudiera convertirnos en seres egoístas, insensibles o impermeables a aquello que al mundo le interesa.

No me puedo olvidar de algo que leí antes de la segunda guerra mundial.

Yo viví tres años, y más de eso, en Alemania, antes del surgimiento de Hitler y de que el Nacional-socialismo llegara al poder en Alemania y conocí un poco de aquella forma agresiva e intimidante que iba destruyendo las raíces mismas de la República de Weimar, que era una república democrática, lo cual realmente, estaba dando solución a los problemas político-sociales de Alemania.

Vi venir la amenaza de Hitler y la entendí –creo haberla entendido– al transmitir, cuando llegué al Perú en 1931, mi mensaje de inquietud por lo que en el mundo podría acontecer. Pero cuando leí un libro revelador, un libro interesante, escrito por Hermman Rauchsning, ex-gauleiter de Danzig, obra cuyo título es *Hitler me dijo*, pensé que en todo aquel libro que resumaba realidad –aunque de él se dudó entonces– encontré algo extraordinario. Hitler dijo al autor estas palabras satánicas y penetrantes: «Tratándose del pueblo francés, yo dudo que un francés sea traidor a su patria. No me propongo convertirlos en proditores, pero trato de que, por algún arte de propaganda, los franceses, llegada la hora, luchen contra mí con medio corazón».

¡Qué tremendo aquello! Qué profundo, qué inquietante! Tratar que las gentes, cuando llegue la hora de luchar por su libertad, peleen sólo *con medio corazón!*

Y ésa es, quizá, una de las más importantes advertencias, una de las admoniciones más trascendentes de la Historia, y es lo que vemos que es la obra disolvente del totalitarismo. Es lo que vemos que producen las doctrinas corruptoras y destructivas de la libertad: tratar que quienes disfrutan de la libertad, cuando llegue la hora de defenderla peleen por ella *con medio corazón*.

Hay que evitar eso, y como dice –perdóneseme la digresión un poco popularista– el cantar de la cuenca chilena,

que es un baile muy bonito: «corazones partidos yo no los quiero; cuando yo doy el mío, lo doy entero».

Lo primero que necesitamos es «corazón entero» para la lucha por la libertad; es actitud franca, clara, precisa, decisoria. Nosotros debemos pelear por la libertad porque la libertad es algo vivo, es algo que puede perecer si no se le ambienta, si no se le nutre, si no se le fertiliza. La libertad no es un ente inerte. No. La libertad es una fuerza que está en nosotros.

Roosevelt dijo que hay cuatro libertades: la libertad de expresión, la libertad religiosa o de conciencia, la libertad de vivir sin miseria y la libertad de vivir sin temor. Me parece que este cuatrinomio del concepto democrático de la libertad tiene una valencia por mucho tiempo imperecedera, porque, en realidad, fija las cuatro dimensiones de la democracia, de una democracia no sólo política, no sólo religiosa, sino, también, espiritual y económica. De una política democrática que sitúa e incorpora el anhelo de vivir sin temor junto al anhelo de vivir sin miseria y de vivir con libertad de expresión o con libertad de credo religioso.

¡Qué interesante es esto de vivir sin temor!

Perdónenme, amigos del Uruguay: vosotros no sabéis qué es eso de vivir sin temor. No lo sabéis porque lo gozáis y porque no tenéis contrastes que les permitan establecer y confrontar situaciones tan dispares.

Yo, vengo de regiones, de zonas y de un país donde se sabe qué es vivir con temor. Es decir, qué es vivir empequeñecido, aturdido, amenazado, tembloroso, en muchos casos, ante aquello que pesa sobre nosotros como un imponderable, como una siniestra sombra, como un fantasma ubicuo, pero que es una intimidante realidad.

Muchos replicaron a Roosevelt, qué es esto de poner entre las cuatro libertades, el ideal de vivir sin temor a la guerra, vivir sin temor a la amenaza, vivir sin temor a la traición, vivir sin temor a la hondura abisal de la frustración de todas las normas morales, vivir sin temor en las colectividades donde ha desaparecido para siempre la fuerza épica, los valores intelectuales, y predomina sólo el egoísmo mineral, escueto, amenazante, del hombre que lucha, como en las cavernas, por su propio interés, por su propio deseo, por su propio apetito, bajo el reino del miedo. Eso es vivir sin temor!

Para ustedes aquello no tiene significado; para nosotros sí, como una aspiración.

Esas cuatro dimensiones de la democracia constituyen, nuestro horizonte actual: libertad de expresión, libertad religiosa, libertad de vivir sin miseria y libertad de vivir sin temor.

Me parece, desde ese punto de vista del anhelo humano, que Roosevelt dejó como cuatro estrellas de una constelación hacia la cual marcha el mundo democrático, aquellos hitos de luz que señalan la meta de un destino.

Nosotros, hoy día, tenemos que aspirar a una democracia así, cuatridimensional, a una democracia que corone los grandes anhelos humanos, a una democracia que no nos la ofrece la contienda entre el comunismo y el capitalismo.

Esta es obra de las conclusiones a que yo he arribado en el curso de mis conferencias; una conclusión que quizás pudiera aparecer un tanto osada, pero, que me parece, está solventada, avalada, por una experiencia histórica confrontable hoy día.

Voy a retomar estas ideas.

En la controversia entre el capitalismo y el comunismo y entre sus personeros políticos, nosotros ya no oímos voces de razón. Sólo percibimos voces de amenazas. Se ha acabado, se ha terminado y perdido el impulso vigoroso de las doctrinas, y ahora lo que queda es el acecho y el temor de las intimidaciones. Nosotros ya no oímos hablar en un lenguaje de paz.

Hace treinta años el comunismo nos decía que traía la justicia, el pan, la felicidad. Hoy no nos dice nada de eso, ni siquiera habla de clases proletarias. Habla de «democracias populares», lo cual es un contrasentido, una redundancia y hasta un solecismo, porque no hay democracias populares, porque no hay, tampoco, «saludos saludables», ni tampoco hay «libertades libertas», porque todo eso es una repetición y prueba y demuestra que aún en la semántica se está jugando con las palabras como con monedas falsas.

Se ha perdido el sentido y se nos quiere embaucar y estafar con falaces palabras y neologismos que repiten los diarios y las agencias noticiosas y contra las cuales nadie tiene la osadía de responder en nombre de la lógica, de la gramática, del léxico, de la más elemental semantología, que aquello es un disparate, porque la democracia es el gobierno del pueblo, y no hay democracia si no es popular.

Pero cuando el hombre pierde el sentido, pierde también la gramática. El borracho, el idiota, el tonto, el aturdido, no sabe lo que dice y lo primero que pierde es la sintaxis y el léxico.

Esto nos ha ocurrido en este mundo conturbado. Muchos dirán que no tiene mayor importancia que les desfi-

guren las palabras. Empero, tiene importancia que se vaya contra las raíces mismas de la filosofía; tiene mucha importancia que en este mundo de confusión se desfiguren las palabras, porque sólo piensa claro quien se expresa claro. Tiene importancia que en este mundo de confusión se pueda hablar de democracias populares y de democracias impopulares, porque aquello es, realmente, un atentado contra la lógica misma, contra el pensamiento claro susceptible de ser expresado, en cualquier idioma de la tierra. Pero hemos llegado a eso, y la democracia ha llegado a admitirlo, porque ya no vale la doctrina, porque ya no prevalece la razón; porque ya no se esgrimen argumentos. Ahora, los argumentos son suplantados por el cañón atómico, por la bomba de hidrógeno y por el cálculo sobre quien tiene más energía para destruir al contendor.

Ese es nuestro hondo drama.

Estamos en un mundo en que sólo se mide la fuerza en átomos, en cargas atómicas, en poderes nucleares. Ya no oímos nada que suene a filosofía. Ya no oímos nada que nos diga que se está peleando por dos conceptos, por dos aspiraciones de la vida. Es una lucha desnuda, escueta, tremenda, por el poder.

Estamos presenciando una lucha –y vuelvo sobre estas ideas porque estoy como haciendo un recuento concéntrico de algunas reflexiones fundamentales para mí, que he querido transmitir a mis oyentes– y comprobamos este hecho realmente desconcertante: estamos presenciando una gigantesca lucha por el poder, y, a la vez, oímos que de ambos bandos nos dicen que la guerra será la destrucción de la humanidad.

Esta es otra de las abominables –para mí– expresiones de nuestro tiempo.

Ahora se dice de un lado y del otro lado de los presuntos contendientes: a la guerra que vamos, vamos a destruir la civilización. La bomba de hidrógeno será el fin de la humanidad; la energía atómica empleada al servicio de la violencia acabará con el mundo civilizado, será el fin de esta civilización. Lo oímos decir desde Washington y desde Moscú. No hay disputas sobre este hecho y, ello no obstante, vamos todos, camino de la desembocadura siniestra de una guerra destructora y suicida.

¿No parece esto un contrasentido? ¿No parece como si aquéllos hombres que están dirigiendo el mundo fueran candidatos potenciales al manicomio? Si lo pensamos bien, tendremos que asentir.

Pareciera atrevido decirlo de personas que viven en palacios tan grandes y son considerados ilustres estadistas, de hombres que representan países tan importantes. Pero aparece evidente —y todos estamos en esto de acuerdo— que a este mundo, por los dos lados, le falta dirección, y que aquellos Estados y estadistas que asumieron la misión del liderazgo universal, han perdido el derrotero, se han olvidado del camino, o se han quedado, como Don Quijote, esperando que algún Rocinante decida por donde ir...

En esto debemos ser atrevidos, también.

Hasta ahora, lo que nos venía de allá, del Viejo Mundo o del norte del Nuevo era palabra santa, verdad inconcusa.

Yo comienzo por ser, en esto, un heterodoxo, un impenitente, aunque no un iconoclasta, y creo que es valedero decir —y ésta es la primera conclusión nuestra que pareceme debemos tenerla para partir por caminos afirmativos—, que el mundo está mal conducido, que de uno y otro lado hacen falta guías espirituales, fuerzas morales, conductores consecuentes.

Ya no escuchamos la palabra magnífica de Woodrow Wilson o la de Franklin Roosevelt, sobre el tema de la libertad ni la palabra de los llamados humanistas o universalistas, de aquellos rebeldes que iniciaron la revolución rusa. Ahora escuchamos el lenguaje escueto que resuena como el traqueteo de una ametralladora, que nos habla de guerra, de bomba atómica, de capacidades nucleares y de cálculos probables acerca de los millones de muertos que va a dar como saldo esta nueva guerra. Y nosotros que somos espectadores pasivos, nos sometemos al papel de los indefensos que van a sufrir las consecuencias de aquella contienda.

Y supongamos que aquellos hombres dirigentes hoy del mundo hayan perdido un poco el juicio; que aquellos hombres estén enloquecidos por la defensa de sus intereses y sus ansias de poder, o, al menos, un poco perturbados. Necesitaríamos un psicoanalista, pero a los psicoanalistas, en ciertos casos, podrían ponerlos en prisión y, sobre todo, en Oriente.

Lo que sí podemos deducir, como consecuencia, es que, de acuerdo con las palabras de Hamlet, algo está podrido en el Estado de Dinamarca (*Something is rotten in the State of Denmark*), pero, no solamente algo está podrido en un Estado de Dinamarca, sino que aquí diríamos: *Something is rotten in both States of Denmark*, algo está podrido en dos estados de Dinamarca. En los dos Estados rivales del capitalismo y el comunismo hay algo corrupto y el llamamiento de nuestra época sería en nombre del mundo que especta y que sufre y que tiene derecho a vivir y a no ser el sacrificado en esta tremenda contienda de egoísmo de este mundo, que alguien dijera: «Señores, un momento; detengan las armas y vamos a ver por qué lado sangra la podredumbre».

Esa sería la tercera voz, la voz de la investigación, del sabio, del obrero, del productor que crea pensamiento, riqueza, energía, y la aspiración del hombre que pide otro rumbo ideal del mundo. Por ello una utópica, una secreta y escondida misión de mi viaje, me lleva a Europa como miembro de la Comisión de Derechos Humanos, para decirles a esos hombres que son las aristas del pensamiento universal, a Bertrand Russell, a Arnold Toynbee, a tantos otros pensadores, y al propio Nehru: señores, nosotros que vamos a ser las víctimas inermes, que no tenemos la capacidad de expresión, que no tenemos sino la carga de pensamiento y de dolor que representa la inquietud de centenares de millones de hombres los cuales no pueden ser sacrificados, les pedimos que les dejen oír su voz; acaso la tercera voz sea la voz de la ciencia, sea la voz del pensador, sea la voz de aquellos en cuyos pensamiento está la más alta verdad en esta edad atómica que pueda traer la destrucción de la humanidad pero también su salvación. Acaso sea la voz de aquellos que, por haber ahondado mucho en la ciencia atómica, son convencidos pacifistas y por algo, como dice Einstein, sea posible creer que, «tanto más avanza la ciencia cuánto más evidente es para el hombre, que con ella según sea el camino que siga, o viva en paz o perezca».

Esa es una de mis aspiraciones que yo le trasmito en voz alta al Uruguay. Procurar que una tercera voz llame al mundo pensante a la reflexión. Acaso, si ella se cumple, la realicemos juntos los pueblos de Indoamérica, para pedir a los hombres de la inteligencia en Europa, Asia y Norteamérica, que miran a estos pueblos y a los del resto del mundo que no tienen por qué ser víctimas inmoladas por el egoísmo de intereses minoritarios que en nosotros no tienen justificación y nos harían víctimas de la locura de los Estados que se disputan la predominancia mundial.

A eso voy a Europa.

No quiero ser un funcionario más ni un burócrata en la Comisión de Derechos Humanos. Anoche se execraba en la Universidad la burocracia, y yo pensaba; yo puedo ser un burócrata sin sueldo de las Naciones Unidas, si acaso voy como miembro de la Comisión de los Derechos del Hombre y me quedo silencioso y expectante en esta lucha de odios e intereses y no digo que detrás de mí hay una voz, la voz de una Patria, de un continente de 153 millones de hombres y mujeres que quieren paz con justicia y paz con razón.

Este es el pensamiento; éste es el imperativo de un pensamiento universal, pero queda dentro de lo que podemos llamar el planteamiento de un pensamiento continental.

Anoche oí, por aquí, por allá, de uno y otro ámbito del Paraninfo de la Universidad de Montevideo, voces como ésta: ¿Cuáles son los caminos reales para ir a una coordinación continental? ¿Cuáles son los caminos efectivos? Como dijo la voz de un anciano al que las canas lo coronaban y cuya voz contrastaba con aquellas canas por su juventud.

Bien; yo no tengo sino que responder brevemente a algunas ideas básicas que nos sirven de punto de partida.

He dicho que nuestra aspiración de paz, de justicia, de verdad, de razón, no puede cumplirse sino desde un escenario de aspiraciones regionales, continentales o, en nuestro caso, americanas.

Creo que Europa y el Viejo Mundo han fracasado en su intento de darle a la humanidad la solución de sus problemas, el remedio de sus males; creo que han caído en la

tremenda y fatal desembocadura de los egoísmos de los pueblos grandes imperiales y conquistadores. Han devenido imperialistas, todos; se han tornado guerreros, todos; están cohonestando, tratando de excusar y justificar los planes sinistros de recíproca destrucción con una serie de falacias que no nos convencen.

Nosotros somos escépticos porque el Viejo Mundo no nos convence ni por uno ni por otro lado. Desde ese punto de vista estamos con la democracia pero pensamos que las democracias hoy no tienen una filosofía. Nosotros adivinamos que falta una filosofía conductora. Los comunistas tienen su filosofía conductora. Los comunistas tienen su filosofía, mala o buena, pero tienen una filosofía. La han convertido en dogma, en militancia, en fanatismo. A nosotros nos falta una filosofía. De nuestro lado es imperativo decir qué cosa es la verdadera democracia, a qué aspiramos con ella, cómo podemos superarla, cómo podemos rebasarla, cómo podemos convertirla en un instrumento creador de la felicidad de los pueblos.

Nos falta todo eso.

Ahora bien; ¿por qué nos falta?

Porque de la democracia hay, y hasta contrapuestas, distintas ideas. La democracia de Mister Churchill puede ser diferente de la de Mister Eisenhower; la de Mister Eisenhower puede ser diferente de la del General Somoza. (Risas) ...y, sin embargo, todos, los tres, hablan de democracia.

Bueno; lo primero que nosotros tenemos que hacer es una desinfección, una limpieza, una purga de esa confusión de la Democracia. Decir qué es la democracia y fijarla, saber qué es sobre todo, en una humanidad que quiere justicia, qué es y qué puede y debe ser en nuestra América.

Lo primero que tenemos que hacer es aplicar un efecto catártico a esta confusión del tirano aventurero convertido en salvador de la democracia y opresor y estrangulador de su pueblo; lo primero que tenemos que hacer es no situar en igualdad de condiciones a un pueblo libre, auténticamente organizado y gobernado como es el Uruguay, frente a una república-feudo de un señor Trujillo... llamémosle así, y no quiero pronunciar más nombres propios porque no acabaría.

Esto, como razón de ética, porque tenemos que darle a la democracia un sentido ético.

Los comunistas son francos y dicen: «para nosotros la ética no existe; la moral es un mito, una invención burguesa». Perfectamente, tienen razón y los felicito por su franqueza; pero, lo que es deplorable, lamentable, es el fariseísmo nuestro, que al hablar de democracia, de moral democrática, mezclamos al señor Trujillo y al señor Somoza con el Uruguay, por ejemplo.

Ese es el primer punto. El segundo punto es establecer cuáles son las bases auténticas de la democracia.

¿Qué sugiere usted?, me preguntaba anoche un joven al salir de la Universidad. Debo advertir previamente que en el día de hoy, por las calles, he tenido las más grandes compensaciones a que un hombre puede aspirar. He encontrado muchachos de 15, 16, 18, o 20 años que me han detenido en la calle para hablarme acerca de mis opiniones pronunciadas en las tribunas de la Universidad o del Ateneo. Uno, que no me pareció estudiante, que me pareció más bien un jovencito trabajador, se detuvo para felicitarme, y me dijo: «Estamos con usted; me interesó mucho lo de anoche». Estos encuentros son un alto premio para mí. ¡Yo voy metiendo todo esto en la alforja y lo llevo como un tesoro de diamantes! A recoger ese entusiasmo he venido aquí. A uno que

me preguntó: «Díganos ¿qué debemos hacer, cómo se hace la unidad?». «Tiene usted mucha razón; el Uruguay puede estar en peligro –me decía hoy otro hombre joven– porque, es claro, es ésta una islita de libertad, pero mire el mar bravo que tiene en torno». Yo le repuse: no se ha salido el mar pero se puede salir el río; ese es el caso.

Nosotros debemos pensar en ciertas ideas. Yo he propuesto algunas. Advierto, como dije anoche, que no pretendo ser un monopolizador de la verdad, y digo estas cosas con la humildad de quien se presenta ante su huésped en rendición de homenaje, tal como hacían en el imperio de los incas aquellos que llevaban ante el monarca un hato de leña simbólico sobre las espaldas, para indicar modestia y pertinencia delante del buen recibidor.

Esto es lo que traigo aquí. En primer término sostengo y creo –vuelvo a decirlo– que nuestros problemas, los de cada país, los que parecen más aislados, más insulares, son problemas con raíces que vinculan la interdependencia de otros pueblos y de todo el continente.

Los vitales problemas de hoy, fuera de aquellos de la libertad, que son problemas del espíritu y la dignidad del hombre –los cuales tampoco, como ya hemos visto, pueden constreñirse ni limitarse a un perímetro nacional– son los problemas económicos, y estos todos son interdependientes, aunque no lo creamos, en el sistema de la economía y en el sistema financiero mismo de este continente.

Nosotros, en América, tenemos una interdependencia cada vez más manifiesta, que no porque no se descubra por falta de instrumentos de indagación, deja de existir.

Anoche se me perdió y no tuvo éxito, una representación que le hice al público juvenil interesado en otros temas,

pero que me fue de muy buen suceso en Cerro Largo, por ejemplo, supongo que por razón de vecindad. Cuando les dije que así como el pirata fue el antepasado y el predecesor, el precursor de la independencia económica de nuestros pueblos, porque estos piratas nos enseñaron a negociar libremente –con su tráfico intérlope, que de todos modos era el libre comercio contra el monopolio hispano-portugués– así dije yo que ese precursor de nuestras libertades económicas tiene hoy una contrapartida histórica en otro precursor económico de nuestra unidad que es el contrabandista. ¡Y, quizá por eso, la cosa tuvo mucho éxito en Cerro Largo! (Hilaridad y aplausos).

El contrabandista, hoy, es un personaje muy importante porque es el destructor del artificio de nuestras fronteras económicas.

Nuestros Gobiernos trazan linderos, ponen hitos, establecen líneas divisorias, y, sin embargo, el ganado va y viene. Este es un hecho manifiesto en la isla Margarita –lo dije anoche– entre Colombia y Venezuela, en la frontera de Colombia, Ecuador y Perú, o entre el Perú, Ecuador, Brasil y Bolivia, entre Perú y Chile, aquí en la cuenca del Plata, etc. Este es un hecho bien paladino y es la negación permanente de todas aquellas solemnes leyes aduaneras que dicen: por aquí van las líneas de las soberanías intangibles, aquí se dividen las patrias; hasta aquí somos tales y hasta acá somos «contra los tales», y «lo que viene de aquí y de allí hasta aquí es legal y hasta allí es ilegal». Pero los pueblos no entienden eso porque el hambre, la necesidad, y las leyes económicas no se juegan por decretos ni por jingoísmos, sino por ósmosis y endósmosis; que circulan como la sangre o se mueven como los músculos y cuando necesitan el pan lo buscan, y donde lo encuentran, de ahí lo sacan.

Yo he dicho que el contrabandista nos está enseñando que las fronteras económicas de América son un artificio y que si hubiera una estadística real de lo que vale el contrabando y su volumen entre nuestros pueblos, no habría comparación entre lo que se contrabandea y lo que se percibe por rentas aduaneras. Estos son hechos, del mismo modo que no habría comparación en otra época, entre lo que España recibía como resultado de sus tributos y lo que los piratas se llevaban a Inglaterra para consolidar el Imperio Británico, razón por la cual la reina Isabel, con grandísima visión, convirtió a Francisco Drake en barón mientras que para los españoles continuaba siendo un bandolero de los mares de la peor catadura y de los más siniestros pronuntarios.

Ahí está el espacio-tiempo: lo que era bueno allá, era malo aquí, y resultó bueno aquí cuando nosotros fuimos independientes y negociamos con los piratas y con los lores que habían sido descendientes de piratas. (Risas).

Esto es lo que nos acontece hoy: tenemos indicios de esta unidad, económica y políticamente, ante un mundo de grandes bloques regionales, y sabemos que Indoamérica no puede vivir aislada.

La segunda conclusión o secuencia de aquel enunciado es el que del precedente viene implícito: tenemos que trabajar por la unidad. Esto es como agregar a la carga de nuestras obligaciones cívicas, una más, y la democracia es una ecuación de obligaciones y derechos, y no sólo de derechos. Más, como algunos creen que ella sólo entraña derechos, vale subrayar que la libertad debe costar esfuerzos: que la libertad se gana; que la libertad se paga, y que la libertad es un proceso de conquistas, de existencia, que avanza al compás de la civilización, que se armoniza con la civilización.

He dicho, también –y esto es una reiterada retrospectiva concéntrica de ciertos conceptos– que la libertad y la técnica van formando, aparejadamente, las líneas paralelas de nuestro destino en la civilización, y que hoy día es civilización usar una serie de elementos que nos imponen el rigor y el respeto de saber manejarlos, y que no podemos ser libres en el sentido de caminar por aquí y por allá, como por los caminos aldeanos y en las praderas, puesto que en la ciudad, si se quiere sobrevivir, tenemos que caminar sujetándonos a la tecnificación del tránsito, y debemos sujetarnos al juego de la luz roja y de la luz verde que son limitaciones de la libertad, pero, también, salvaguarda de la libertad.

La luz roja y la luz verde representan, frente a la libertad, la ecuación de la seguridad, la ecuación de la estabilidad de la libertad, y esto es muy importante, porque a medida que el mundo avance empujado por este vertiginoso impulso de la ciencia y de la tecnología, confrontaremos este gran problema cuya solución pertenece a nuestra conciencia y a nuestra conducta; la libertad exige respeto a la técnica y la utilización de ésta para la existencia de aquella.

La luz roja y la luz verde son un símbolo de esa ecuación con la cual avanzaremos hacia un futuro realmente equilibrado.

Por ende, nosotros tenemos que pensar que no se trata de una libertad anarquista: sin Estado, ni Dios, ni Patria como en el lema decimonónico; no. Entre esta aspiración vagarosa y lejana, remotísima, que es como la ciudad de Dios de quien Juan Evangelista dice en el Apocalipsis que ya no habrán penas y consecuentemente no habrá templos pues todos vivirán felices: entre esa felicidad utópica, sin gobierno, sin políticos, sin estadistas, sin amenazas y nues-

tra realidad presente, hay un término medio: el de ubicarnos en la dimensión concreta de lo razonable, de lo hacedero.

Eso es lo que yo invoco: rebasar una visión simplemente constreñida de nuestras aspiraciones y de nuestros problemas y desplazarnos a una visión un poco más amplia.

Me han dicho: «¿Cree usted en un súper Estado mundial?» Sí, creo que hacia él vamos; creo que la guerra o lo destruiría todo o el mundo de paz será organizado sobre la base del súper Estado ecuménico que tendrá que ser una arquitectura, una geometría basada en regiones continentales.

Platón, en la *República*, habla de la geometría del Estado, dice que hay una geometría en la ciencia del Estado. Esta es una de las partes más abisalmente oscuras de su pensamiento, pero una de las partes —como los abismos— más fascinantes. Ella tienta a adivinarla; puede ser la geometría de las dimensiones «topológicas», la geometría nueva cuatridimensional y curva acaso presentida, pero hay una geometría, y esa geometría de súper Estado supone las partes y el todo, espacio-tiempo y campos gravitacionales.

Empero, no vayamos, a hacer una confusión; no vayamos a hacer una mezcolanza, con el término popular, vamos a hacer una coordinación simétrica, parte del todo, rueda de un sistema, elemento integrante de una mecánica, entidades componentes de una sistemática.

A eso es lo que debemos aspirar.

No bastan los órganos nacionales.

Toynbee ha dicho: «los átomos sociales con los cuales

debe trabajar el historiador de hoy no son naciones o estados, sino sociedades».

Nosotros debemos indagar cuál es nuestro átomo social del que somos partes de un todo mundial. Nuestro átomo social es la sociedad americana; nuestro escenario social es el continente; nuestra delimitación económico-social es la similitud y reciprocidad e interdependencia de los problemas de este continente.

Cuando se viaja en América, en el Nuevo Mundo, de Norte a Sur, uno encuentra que la línea divisoria del Río Bravo, en México, no es una línea arbitraria. Ahí sí, la frontera tiene un sentido, no sólo porque termina un idioma y comienza otro, porque acaba una raza y se inicia una diferente, sino, también, porque se acaba una economía y comienza otra distinta, sin que eso quiera decir que donde acaba una rueda la otra, por ser diferente, deba darse de encontronazos con la del enfrente. No; el asunto es «hacerle dientes», descubrir la dentadura que sale con los siete años del uso de razón y engranarla y coordinarla.

Una de nuestras aspiraciones para poder convivir en estos dos sistemas la constituye el hemisferio, pero hay algo más dentro del nuestro, por hacer.

Anoche me decía un circunstante: «Señale usted uno de los caminos». Pero todo ello está fluyendo sobre mí, ahora que me hallo en el trance, en la coyuntura de expresarles a ustedes algunos puntos concretos sobre este plan. Yo he propuesto un plan modesto, que serviría de esbozo, de boceto, de línea toral para una perspectiva por desarrollar.

El primer plan consiste en recalcar esta proposición: hay un hecho universal que nos vincula a todos los

hombres de este mundo contemporáneo: los Derechos del Hombre o los derechos humanos, que tienen su expresión en la carta universal aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948. Me parece, que podría constituir la norma, el marco, de toda organización democrática y de todo estado continental.

Nosotros podríamos –ya lo he propuesto– poner las 20 constituciones de nuestros países sobre la mesa de una conferencia, en la cual participarían, no solamente los representantes de los gobiernos, sino los representantes de las oposiciones, de las Universidades, de los obreros que crean, de los industriales que trabajan, en fin, de todas las fuerzas vivas de cada uno de nuestros países, y decir: aquí están nuestras 20 constituciones: en todas ellas encontramos las más hermosas y promisoras palabras sobre la libertad del hombre. Si la buscamos en la Constitución de Nicaragua, las encontraremos y, también, las encontraremos en la Constitución de algunos otros países en los cuales predomina la tiranía y cuyas son las expresiones más despóticas del criollismo autoritario. En algunas de ellas hallaremos, pues, verdades y postulados aún más liberales que los de Estados Unidos; que aunque parezca mentira, es así.

Pongamos pues las veinte Constituciones de nuestras Repúblicas, y en una conferencia de éstas digamos donde están los artículos en los cuales se preceptúa que los Derechos Humanos y la Democracia quedan vigentes y predominantes. Los encontraremos con distintos números: unos, en la de Uruguay, otros en la de Chile, otros en la de Brasil, otros en la de México, etc.; pero, desdeñando los números y comparando lo que dicen los artículos constitucionales, elevémoslos a la categoría de obligaciones internacionales americanas. (Muy bien. Aplausos).

Diríamos que atentar contra el ciudadano, contra la libertad de prensa, contra los derechos de asilo, contra los derechos humanos, contra las cuatro libertades, no es un derecho político que pertenezca a una jurisdicción soberana de un gobierno dado por razones que él pueda enhestar para excusa de sus insolencias y sus atropellos. No; desde el momento que un derecho humano fracase, que un derecho humano se viola, se realiza un atentado a la paz continental.

Enfrentemos a todos los tiranos de Indoamérica el desafío de esta verdad. Enfrentados a ellos en una conferencia interamericana, digámosles: «señores, ¿qué diferencia hay entre el soldado que dispara desde una frontera a la otra —lo cual puede acontecer en algún carnaval un poco tumultuoso en Livramento y Rivera, si acaso, como ocurrió alguna vez— ¿qué diferencia hay entre un disparo de esos y el atentado de un gobierno que estrangula la libertad en el ciudadano oprimido, en la prensa clausurada, en el hombre perseguido, en el partido supreso? ¿No es una muerte y un asesinato de aquello que vale más que la vida, la libertad y la dignidad del hombre? ¿No es un disparo mucho más consciente en su intención maléfica? ¿No es una agresión moral y material o un genocidio de mucha mayor catadura?».

Al soldadito inocente, a quien se le puede excusar un disparo insólito, ordenado en la frontera, lo llaman agresor y al tirano responsable y pícaro, que sabe lo que está haciendo, no lo llaman bandolero, sino defensor de su soberanía!

Tenemos que cambiar este principio y decir: no, señor; la agresión contra la libertad humana donde quiera que ella se produzca, constituye un hecho de agresión internacional, y la agresión internacional constituye una in-

citación, un llamado, una concitación de la defensa común, a la asistencia recíproca, al resguardo de todo aquello que constituye la libertad, la dignidad, y la soberanía común.

De este principio se desprende una subsecuente proposición: es necesario que sobre tales bases surja una Carta Magna de nuestros Estados, una súper Constitución, que sirva de norma para la defensa de los derechos humanos y democráticos ante la organización continental de nuestros pueblos y ante la organización mundial.

Esta Carta Magna o súper Constitución trataría los problemas económicos de Indoamérica considerando su interdependencia para lo cual será debido establecer un Congreso regular de Economía Continental correspondiente a los Congresos de Economía nacionales permanentes.

En estos congresos económicos no participarían solamente delegados gubernamentales o estatales sino los de las otras fuerzas vivas de la economía: el capital y el trabajo. Y por este aspecto económico de nuestra coordinación llegamos a otros de los importantes capítulos de nuestro enunciado democrático: el del Estado de los Cuatro Poderes –Ejecutivo, Legislativo, Judicial y Económico– en el cual, el Cuarto Poder deberá estar constituido electoralmente no por la suma cuantitativa o aritmética de votos de uno más uno más uno, como en los otros tres poderes del Estado –que así elige directa o indirectamente al legislador, al gobernante, y al juez– sino por una suma cualitativa, o geométrica, o «topológica» del  $abc$ , cuando estos símbolos representan dimensiones o funciones. En este Cuarto Poder del Estado democrático el miembro de él tendrá doble voto: como ciudadano, su voto cuantitativo para la elección de los personeros de los tres poderes clásicos, y como trabajador manual o intelectual, como parte de

«las fuerzas vivas» de la colectividad, su voto cualitativo o funcional para integrar el poder económico.

Este es el Cuarto Poder del Estado Democrático, un cuarto poder que puede resultar de la transformación de nuestros Consejos de Economía, convertidos en un verdadero poder estatal; vale decir que no solamente queden limitados a cuerpos de consulta, consejo o advertencia, sino en un poder colegislador en asuntos económicos y financieros y un organismo institucional de investigación científica y tecnológica del Estado democrático contemporáneo; el cual ya no es únicamente una expresión jurídico-política de la sociedad, sino, y cada vez más, una entidad económica y un factor de la producción, como el trabajo y el capital.

Me he permitido decir –y acaso en esta afirmación coincida con ciertos pensamientos rectores del Uruguay– que el ciudadano no sólo debe ocuparse de la política como verbo –en el principio fue el verbo en la política– sino también de la política como número. Vale decir, de la política como ciencia del Estado tanto jurídico-sociológica como específicamente económico-social. De la política democrática en la cual valen equipolentemente la voz, el voto y el número.

Elevemos la dignidad de la cifra, en este mundo tan importante por los problemas económicos; démosle al número en la vida del Estado, no solamente un sentido real de fuerza creadora y dinámica, sino, también, un sentido simbólico de poder, y ese poder que forma parte del nuevo Estado, acaso completaría aquella emblemática geométrica de la que hablaba Platón, con el sentido filosófico del número pitagórico. En la geometría del Estado, no solamente pensamos en las obras, en lo que ellas significan, sino aportamos al sentido del Estado un nuevo concep-

to dimensional. Este no es un concepto elementalmente aritmético. El concepto aritmético, que por ejemplo, en la ciencia del Estado, dice: necesitamos tantas obras, ¿cuánto cuestan?; necesitamos educar al pueblo, ¿cuánto cuesta?; necesitamos hacer caminos, ¿cuánto cuesta? Y, entonces, a ésa, la voz de la aritmética, a ésa la voz del debe y del haber del libro de Caja, responde otra voz, la voz de la geometría del Estado, que dice, dictándonos una nueva ley matemática: *no preguntes cuánto cuesta hacer una obra útil al Estado sino cuanto cuesta no hacer esa obra útil al Estado.* (Grandes aplausos).

Esa es la nueva matemática del Estado; no preguntemos cuánto cuesta hacer una obra necesaria para la sociedad, el Estado, sino cuanto cuesta no hacerla.

Paradojal, pero cierto, y éste es un nuevo tipo, una nueva dimensión económica. No preguntemos cuánto cuesta desalfabetizar a un pueblo; no. Preguntemos cuánto cuesta no sanarlo, preguntemos cuánto cuesta mantenerlo analfabeto y enfermo. (Renovados aplausos).

Lo primero es finanzas, lo segundo economía; lo primero es aritmética, lo segundo es geometría, lo primero puede ser aritmética elemental, economía doméstica, si se quiere, pero lo segundo es topología –que es la parte de la alta matemática que se ocupa de las dimensiones–, economía social, o sea, del Estado democrático.

Esta es nuestra proposición de una democracia cuatridimensional, por la democracia de los cuatro poderes, por la democracia que se aliste a entrar en este mundo de la era atómica, del cual no tenemos nosotros ni siquiera sospecha, aunque sea audaz decirlo.

Nosotros estamos al filo de un mundo completamente innovado en esta dimensión de las matemáticas, de las ideas cosmológicas, de los conceptos generales.

Nosotros no sabemos hasta qué punto estamos ignorando que el mundo se va convirtiendo en un nuevo universo bajo nuestros pies. Los hombres que se murieron mientras Galileo iba descubriendo sus nuevas leyes mecánicas, vivieron cómodamente inocentes de que algo venía desde abajo, de muy hondo, en radical mudanza, y de que una nueva idea iba a convertirse en palanca transformadora de la visión del mundo.

Hossany, el escritor húngaro, en esa maravillosa y afamada biografía de Galileo, *The Star Gazer*, presenta un simbólico cuadro final, cuando dice: «en la hora en que Galileo moría, abrió los ojos ciegos y dijo: cuando yo nací moría Miguel Ángel, ¿quién estará naciendo ahora? Y mientras Galileo cerraba sus párpados sin luz, dice el biógrafo, el espíritu voló muy alto y se fue muy lejos, y vio las constelaciones como engarces de diamantinas, pero, de pronto, descendió sobre una pobre aldea inglesa y en una casa de campo descubrió una mujer que se debatía con los dolores del parto: era Newton que estaba naciendo». (Aplausos)

Señoras y señores:

Mi mensaje al Uruguay sería, y es, pedirle que piense en Indoamérica. Mi mensaje al Uruguay es pedirle a sus partidos políticos democráticos, de ambos lados –habida cuenta que la democracia supone izquierda y derecha, pues sólo el totalitarismo es el que supone una exclusiva tendencia– a los partidos de ambos lados, yo quisiera pedirles que traten, que enhiesten en lo alto de sus más-

tiles un nuevo apotegma: «trabajemos por la unidad del Continente al mismo tiempo que por los intereses de la Patria», y que esos partidos puedan decirle a sus masas, y se lo digan: «vamos a pensar en la patria chica y en la patria grande, que forman una indesligable coordinación de esperanzas y una seguridad de propósitos».

Y quiero decirle a la Federación de Estudiantes, a la juventud uruguaya «pensemos en Indoamérica, trabajemos por ella, que trabajando por la seguridad de las partes, trabajamos por la seguridad del todo, pues es una cuestión de mutuos intereses, de altos y eminentes intereses recíprocos».

Estamos empeñados en una empresa de egregios ideales: unamos a esta América.

La presintieron los libertadores, quienes vieron que los Estados Unidos son fuertes porque son unidos y comprendieron que nosotros habríamos podido ser más fuertes si hubiésemos sido más previsores. Pero no les alcanzó la vida a ninguno de nuestros próceres. Con la vida de Bolívar, troncada en plena madurez, se hunde el ideal del Congreso de Panamá y la esperanza de una Federación Indoamericana. Sin embargo, nosotros no debemos ser apóstatas, renegados de aquellos altos ideales de libertad.

Artigas también dijo que los intereses de América eran los intereses de este país.

Todos los que supieron ver lejos no pudieron limitar su mirada a los topes de una frontera. Sobre ella, aunque la amaran mucho y la quisieran defender, miraron en lontananza la anchurosa verdad de una Indoamérica que es una y debe ser una para ser fuerte y para que nos defienda a todos. Ese es el sentido de mi llamamiento.

Vamos a formar, en primer término, o vamos a constituir un Congreso de partidos políticos democráticos de América, de todos los lados, para asegurar las bases de esta unidad continental y para trabajar por ella.

No nos vamos a dejar amedrentar por el hecho de que cada día como hongos ponzoñosos, aparezcan a la vera de los árboles de la libertad las tiranías que pululan y proliferan peligrosamente. No. Eso se corta y eso perece cuando el árbol se robustece y cuando se entraba bien en sus raíces y en sus ramajes.

No perdamos la perspectiva histórica de que no es posible en estos pueblos, perderse en estancamientos delimitados y constreñidos. No. No extraviemos nuestra mirada, no desorientemos nuestro paso.

El siglo XIX y lo que hemos vivido del XX hasta hoy, nos marcó rutas y escalones muy precisos que han sobrepasado este proceso. En unos países, con acierto, pero que en todos los nuestros dejan un vacío enorme: el vacío de que nos falta trabajar juntos.

A los partidos políticos, a la juventud estudiantil, a las organizaciones obreras, a las madres que están criando a sus hijos valga este llamado: advirtámosles que la América necesita unión, y que además de pensar en nuestra bandera nacional debemos elevar sobre nuestros corazones, como un emblema salvador, la bandera de nuestra unidad continental. Pues esta no es una idea vagarosa ni una invocación lírica, ni una utopía versátil. No, es un imperativo indesdeñable, cuya perentoriedad es, para todos, la perentoriedad de nuestro destino histórico.

No podemos escapar a este problema: a los maestros, que enseñen mejor la historia y la geografía de nuestros pue-

blos; que nuestros niños no sepan mejor cual es la capital de Bulgaria e ignoren cual es la capital de Costa Rica; que no pasemos por encima del pasado de aquellas portentosas civilizaciones de los Incas, de los mayas y de los aztecas, porque a todos nos llegan y, sobre todo, se proyectan como una expresión sublimizada del pasado.

Toynbee ha elevado esas civilizaciones a la categoría equipolente de las grandes veintiuna civilizaciones creadoras de la historia.

Nada desmerecen los hombres de bronce porque tengan ese color, de los hombres amarillos del oriente o de los hombres morenos del Egipto o de los mestizos aquellos precursores de la Hólada. Todos somos parte de una unidad que luchó y peleó por descubrir sus caminos de civilización y sólo veintiuno de esos caminos pudieron señalar derroteros y de esos veintiún caminos, cuatro fueron nuestros. Pero no hay diferencia en que hubiésemos tenido o no la rueda en que hubiésemos tenido o no el buey, el arado y el trigo. Aquello significa muy poco en el concierto de las culturas, en el que cada cual dio algo a la suma del progreso universal.

Un filósofo colombiano ha dicho: «la civilización del Asia se hizo por el arroz; la de Europa por el trigo; la de América por el maíz. Son como los tres símbolos de la agricultura, de la creación del esfuerzo, pero lo que a uno le faltó, le sobró al otro, y sin el aporte de América, Europa no habría podido subsistir y quizás nosotros, sin el cabal aporte europeo, no habríamos podido integrar nuestro desarrollo».

Luego, hay una interdependencia.

Nehru dice que en el Mahabharata hay una verdad universal que corona como un epifonema la gran epopeya

de una contienda de los dioses y de los monstruos: «El universo es un organismo interdependiente». Esta verdad universal se proyecta sobre nuestra realidad. Nosotros somos, también, un organismo interdependiente, parte de un Universo. Formamos un cuerpo, formamos un ingente entidad: realicémosla, dinamicémosla, unámosla, haciendo que desde su arqueología remota hasta sus problemas presentes todo aquello sea concatenado y engrane, se trame y conecte, y constituya como una gran arquitectura, la sistemática de nuestra esperanza y la fijación de nuestros propósitos para que seamos una gran nación, protagónica de los intereses del mundo. (Prolongados aplausos).



# LOS PROBLEMAS DE LA AMÉRICA LATINA

De: Diario *LA TRIBUNA*. Lima, 28 de junio de 1959

## LOS PROBLEMAS DE LA AMÉRICA LATINA

A mi modo de ver, la América Latina es un conjunto geográfico social al que se le puede comparar con un mosaico. Pero un mosaico destarceado, para el cual es necesaria la coherente unidad. Porque así tomado, sus partes aisladas no significan mucho, mas consideradas concordadamente significan una nueva realidad y una gran posibilidad. Mirada en conjunto, la América Latina es cada vez más una expresión unitaria dentro de las variantes de sus países separados. Pero yo pertenezco a una escuela y a un movimiento que, acaso un tanto presuntuosamente, pueda llamarse una nueva «filosofía de la historia latinoamericana», que ha intentado e intenta enfocar el problema total de nuestro continente desde su peculiar realidad, desde su propio ángulo de observación, a despecho de ser, como soy, un defensor del mantenimiento de nuestros vínculos imperecederos con la cultura occidental y con la cultura universal.

No me parece un despropósito insinuar aquí, inicialmente, algunos datos esenciales que puntualizan características diferencias: la América Latina es un vasto escenario geográfico de 20 millones de kilómetros cuadrados, que alberga entre 185 y 189 millones de habitantes. El Instituto Demográfico de Washington ha calculado que en el año 2000 la América Latina, tendrá entre 500 y 600 millones de habitantes, cuando los Estados Unidos y el Canadá tendrán 300 millones, tan sólo de moradores.

Los peritos de Londres, en sus investigaciones estadísticas, han llegado más lejos: han dicho que si la mortalidad infantil disminuye con la velocidad con que está disminuyendo en la América Latina, para el año 2000 los habitantes se acercarán a los 800 o 900 millones. Este es un hecho concreto que me parece que significa mucho en la perspectiva del futuro de nuestro continente. Se ha querido siempre interpretar desde Europa y con una exclusiva visión europea, y dentro de las escuelas conocidas sociológicas e históricas la realidad latinoamericana; y nosotros, tanto los de la *izquierda* como los de la *derecha*, hemos tenido que hacer frente a muchas de esas repeticiones. Pero yo desearía anotar aquí algunas características que son esenciales e intransferibles en la realidad latinoamericana. La más importante de ellas es la realidad sociológica históricamente presente: una coexistencia de diversos estados sociales y diversas escalas de la evolución humana que comienzan desde lo que podríamos considerar en la cronología como prehistoria y que terminan con la era contemporánea. En la mayor parte de los países latinoamericanos, pero dentro del continente todo, nosotros somos compatriotas de tribus salvajes. Somos coexistentes con los restos supervivientes de la vida primitiva, con los de las comunidades indígenas, y con la formas de producción del coloniaje. Todavía hay millones de hombres que trabajan como trabajaron antes de la conquista española. Todavía existen restos del *calpully* mexicano y de la comunidad incaica. Es muy distinto admirar las pirámides de Egipto y juzgar a las gentes que las circundan. Esas gentes no son de la raza de los que edificaron las pirámides. Pero en México o en Centroamérica, junto a las ruinas mayas o aztecas, como en el Perú, junto a las ruinas incaicas, están los hombres de la misma raza que hicieron esos monumentos y que siguen en gran parte trabajando con el mismo ritmo con que trabajaban los agricultores, arquitectos y escultores de los magníficos testimonios de las culturas precolombinas que hoy admiramos.

Últimamente visité la región del Amazonas y encontré un Instituto de la Universidad de Oklahoma que realiza una extraordinaria misión cultural. Preguntando a aquellos investigadores que se han dedicado especialmente a estudiar las lenguas de las tribus y tienen ya escritas y publicadas más de 20 gramáticas dialectales, cuántos creían que eran los habitantes de la zona peruana de la Amazonía, calculados y estimados en 300.000 en 1940, ellos me respondieron que creían que se trataba de más de medio millón, sin contar los de la zona boliviana y las zonas brasileña, ecuatoriana y colombiana, o los que viven en la zona del Orinoco. Este volumen demográfico de tribus en estado primitivo comprende, pues, un sector de población latinoamericana que vive allende la historia, pero que forman parte de nuestro sistema político-social republicano.

Paradoja de esa peregrina realidad es que aquellas tribus, que jamás han visto un carro de tracción animal o una locomotora o un automóvil, ven pasar sobre sus cabezas el moderno avión. Cerca de ellas, en lo alto de la cordillera de los Andes, viven millones de hombres que forman aún comunidades incaicas como en los días de su Imperio. Estas comunidades, que se extienden a lo largo de la cadena andina, existen desde el sur de Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y noroeste argentino y mantienen sus formas de vida y de trabajo, su organización institucional con alcaldes o *varayocs* elegidos —con voto masculino y femenino—, y así también existen en la zona mesoamericana. Junto a esta forma económico-social de vida y producción se yuxtaponen otra etapa social y económica, que corresponde a otro capítulo de nuestra historia: la colonial que impuso el feudalismo, el gran latifundio y los restos del sistema social del virreinato. Y junto a ella se halla el moderno tipo de trabajo, el industrial capitalista, la empresa con-

temporánea, el maquinismo. Es decir el período que podría situarse cronológicamente en este siglo.

De aquí que –vamos a dar un ejemplo– cuando se ha tratado de interpretar la realidad latinoamericana dentro de los marcos ortodoxos de la dialéctica del materialismo histórico y se ha dicho que se puede aplicar un criterio marxista al proceso histórico-social de la América Latina, yo me he permitido formular una objeción, a mi ver irrefutable. En efecto, no hay paralelo posible entre la evolución de Europa y la de nuestro continente. Al proceso histórico europeo puede aplicarse la sucesión de regímenes de producción y de sistemas políticos usando la dialéctica hegeliana de la «negación de la negación». Y así, la esclavocracia romana es negada y suplantada por la servidumbre y el feudalismo, que a su vez son negados y superados por la aparición de la burguesía y el advenimiento del industrialismo. Y cada etapa anterior no deja rastros vivos de su vigencia. Pero en la América Latina no se da esa sucesión de períodos históricos, y los regímenes o sistemas económicos sociales precedentes no desaparecen reemplazados por los sucesores; antes bien sobreviven y están presentes todos: salvajismo, barbarie, comunidades organizadas de los viejos imperios, colonialismo feudal y latifundista y capitalismo importado, con las máquinas que mueven nuestra característica producción industrial. Este multiforme conjunto socioeconómico da a nuestra realidad una fisonomía peculiar y curiosa. Así, el concepto institucional del Estado, como entidad jurídica, no es el producto total de ninguno de esos regímenes o clases sociales, sino la proyección de todos ellos. Por tanto, el Estado latinoamericano, es mucho más inestable que el europeo. Y en cierto modo se mueve atraído por todas las contrapuestas irradiaciones de los distintos sectores económico sociales que concurren a formarlo.

Tenemos asimismo el singular aspecto de la forma en que se inicia el industrialismo moderno. También aquí nuestra organización capitalista es diferente. Cuando se nos dice que el industrialismo moderno se inicia en la América Latina como se inicia en Europa, nosotros recordamos dos hechos fundamentales. Primero: en Europa la introducción del capitalismo como continuidad de su evolución económica va determinando el advenimiento de la producción industrial moderna que comienza por trabajar el hierro y el acero, y hacer la máquina, y entonces es cuando el industrialismo expande su capacidad productora. Pero ¿cómo llega, cómo surge el industrialismo moderno? Con capital foráneo y con máquinas foráneas. Nosotros tenemos un industrialismo que no ha hecho todavía una máquina; nosotros tenemos un industrialismo que es colonial o subalterno y está implantado y financiado con capital extranjero.

Socialmente, el trabajador, proletariado industrial, en nuestros países, no corresponde al proletariado industrial manufacturero de los países europeos, y escapa a las condiciones marxistas de la concentración del trabajo y del desarrollo de conciencia de clase señaladas para Europa, pues no corresponde a esas «estructuras» y «superestructuras», para usar su lenguaje, que les permite en Europa el haber dispuesto de una forma de expresión sociológica o socioeconómica más o menos acertada. Pero entre nosotros, en realidad, el advenimiento del industrialismo y capitalismo comienza con la gran industria de la materia prima. Y sólo ahora se inicia la época del industrialismo pesado y comenzamos a pensar en el acero. Así, en cuatro o cinco países de la América Latina aparece ya la siderurgia, para comenzar en nuestros días como comenzó en Inglaterra hace más de un siglo, haciendo láminas, haciendo barras y después haciendo carriles. Ese es un aspecto muy singular que considero de la mayor importancia para

apreciar no sólo el fenómeno económico en sí mismo, sino el social y político. Porque, en verdad, tal como la conquista hispano-portuguesa logró dominar íntegramente el continente latinoamericano y dejó virgen ese otro inmenso continente que es la Amazonía, del mismo modo, los Estados económicos modernos no absorbieron por entero los regímenes sociales predecesores y subsisten y coexisten con ellos. Y, en consecuencia, es evidente el desequilibrio entre estas dos grandes velocidades económicas: la del industrialismo moderno y la de la economía nativa. Comprobar y remediar tal contraste es para nosotros el problema esencial de la economía, de la sociología, de la política latinoamericana.

Aquí voy a hacer una salvedad respecto de la conquista y de la colonización; yo soy opuesto a todo extremismo indigenista o hispanista sobre el coloniaje español y sobre si la conquista fue buena o mala, pues creo que el fenómeno hay que observarlo mejor, y mi punto de vista arranca de un estudio que creo necesario hacer todavía. Si partimos del análisis de la acción colonizadora del europeo en Norteamérica, veremos que fue muy distinta de la del Sur. Por ejemplo, Hegel dijo que la América del Norte fue colonizada y la América del Sur fue sólo conquistada, pero hay que señalar diferencias: la América del Norte era un gran continente vacío o casi vacío. Únicamente estaba habitado por tribus nómadas, sin la organización política, y el europeo llegó a un territorio continental que era similar al suyo, sin transiciones violentas ni de clima ni de topografía. Esta zona norteamericana es una Inglaterra expandida en su paisaje, casi sin población. Es tan sólo con el reto de la extensión con el que se enfrentan los europeos que llegan a Norteamérica, puesto que las constelaciones, son las mismas, semejante la flora, y las estaciones del año son simultáneas con las de Europa.

El reto geográfico norteamericano es el reto de la vastedad, y el hombre que llega hasta los Estados Unidos –repito– sólo tiene que dominar la extensión. Dinamizarla con un sentido previsor que es el de mantener esa extensión unida. Cuando el conquistador hispano o portugués cruza diagonalmente el hemisferio, se produce su encuentro con otras transiciones que en realidad es muy necesario tener en cuenta. Por eso dijo con razón el escritor Eugenio d’Ors que la fecha más importante para Colón no fue quizás el 12 de octubre de 1492, sino el 15 de septiembre de aquel mismo año,<sup>5</sup> de septiembre de aquel mismo año, cuando sus barcos entraron en el Trópico de Cáncer y se enloquecieron las brújulas, cuando tuvo que enfrentarse con otros climas, con otros terribles desafíos de la naturaleza. Porque el conquistador hispano-portugués no sólo afrontó los contrastes formidables del trópico, de la altitud, sino también –después de Colón– el desafío humano de organizaciones como la del Imperio Mexicano, el de los Incas que realmente significaron, con las de la naturaleza, una tremenda barrera para el conquistador.

Teniendo esto en cuenta, cabe recordar que Ortega y Gasset dijo que «cuando el hombre no puede dominar la tierra, la geografía manda». En este caso la geografía tiene en el descubrimiento de la América Latina un valor extraordinario. La altitud es tan grande que el Inca Garcilaso dice en sus comentarios que al Cusco –cuya altura es de 3.300 metros– no pudo Pizarro ir a caballo «porque se mareaba». La altitud es realmente uno de los terribles obstáculos de la expansión de la conquista. En el Cusco, dice Garcilaso, las gallinas no se reprodujeron durante diez años a causa de la altitud y en Potosí fue difícil la reproducción del hombre. La primera batalla de independencia –Junín–, ganada por Bolívar, dura veinticinco minutos; la misma se desarrolla sobre los 4.000 metros de altitud y toda ella

se hizo a caballo. Por eso dice el general Miller que los regimientos caían de rodillas vencidos por el «soroche» o mal de altura. La batalla de Ayacucho duró un poco más, pero también la altitud la obligó a ser muy breve. Bolívar escribía a Santander, su amigo y protector colombiano, estas palabras elocuentes: «Aquí estoy sufriendo los rigores de este aire mefítico que llaman «soroche». Luego los calores del trópico, luego las florestas, la verdadera indómita lujuria de una naturaleza, que en la zona amazónica –me decía una vez el profesor Einstein– «no ha podido dominar ni el vapor ni la electricidad y que será sólo vencida por la energía atómica».

En mi opinión tiene un significado extraordinario también para la interpretación de esa realidad el factor humano; lo que él representa en el origen de nuestra colonización, que, repito, es muy diferente del caso norteamericano, cuyos aborígenes sólo eran de organización tribal. Las viejas civilizaciones de lo que hoy es América Latina aportan, además, un mensaje de su propio pasado, que no aportan las del Norte. En los Estados Unidos no se encuentra un pasado como en nuestra realidad latinoamericana. En ésta existe, en efecto, un pasado que la arqueología y la antropología nos van descubriendo y que se revela en la sensibilidad del hombre latinoamericano. Y de pasada diré que creo yo que es uno de los problemas dramáticos de su indefinición actual este cruce de los pasados que es el encuentro de dos culturas –el cual para mí es, además de cruce, cruz– que aún llevamos a costas los hombres de este lado meridional del Nuevo Mundo.

Esto puede explicar psicológicamente muchos de los flagelos políticos que para el europeo no tienen explicación desde su punto de vista. Generalmente se habla de la anarquía política latinoamericana, de la alternativa de la tiranía y del desorden, de la tremenda desorganización que algunas

veces presentan nuestros Estados, y en contraste con ello de su sorprendente labor constructiva. Por ejemplo, una de las impresiones más comunes es la de que la América Latina no está preparada para la democracia. Sin embargo, se han producido en la historia latinoamericana hechos extraordinarios, casos notabilísimos de verdadero ordenamiento de alta moral democrática.

Verbigracia, el caso de Chile es ejemplar, y muy poco conocida su limpia historia que sólo tiene una interrupción de golpe de Estado y dictadura militarista en su admirable vida constitucional. Debido ello en gran parte a que los conservadores chilenos, entre otras cosas, han sido los mentores de un ordenamiento, que ha garantizado la vida democrática de Chile. Yo como peruano, quiero recordar este hecho: en la guerra de 1879-1884 con el Perú y Bolivia, y durante ella, se produjeron las elecciones para la sucesión presidencial en Chile. El general Baquedano, vencedor de una guerra contra dos países, no fue elegido presidente, y resultó electo un civil, el señor Santamaría.

En el año 1891, Chile tiene un presidente liberal que establece la instrucción primaria y las universidades gratuitas, que nacionaliza el salitre, pero que se ve atacado por grandes intereses nacionales y extranjeros imperialistas comprometidos, los cuales producen una revolución. El presidente se refugia en la embajada argentina y prefiere suicidarse antes de que el país y su democracia se hundan. En 1920 surge un candidato liberal, Alessandri, apoyado por la corriente anarquista, que entonces era muy poderosa en Chile. Todo el mecanismo electoral conservador determinó lograr la victoria de su candidato, don Luis Barros Borgoño. El arzobispo de Santiago, monseñor Crescente Errázuri llamó a los conservadores y les dijo que si querían evitar la anarquía era preciso reconocer que el candidato liberal Alessandri reunía

la mayoría, a pesar de postular en su programa la separación de la Iglesia y el Estado. «Vean ustedes la manera de que ello sea así para evitar que Chile se desgarré». Y el presidente resultó el señor Alessandri, elegido por los conservadores en el Congreso. En 1938, el Frente Popular, bajo la dirección del candidato del partido radical de izquierda, Aguirre Cerda, triunfa en una elección por cuatro mil votos. Viene la inquietud pensando que esos cuatro mil votos no constituyen en realidad la mayoría, y son los conservadores los que dan el paso para reconocer a Aguirre. Y algo así acaba de ocurrir ahora con el retorno de un conservador-liberal —Don Jorge Alessandri— a la presidencia, en las últimas elecciones en una lucha muy reñida y de mayoría no abrumadora, del triunfador contra cuatro adversarios.

Son éstos, casos interesantes a los cuales podríamos agregar, por ejemplo, la obra constructiva de la democracia colombiana, sólo interrumpida por una dictadura. O el clásico ejemplo argentino de Roque Sáenz Peña, el presidente conservador que tenía enfrente al partido llamado Radical, y que dio una ley electoral a sabiendas de que esa ley significaba la pérdida del poder para su partido. Y aún tenemos otros ejemplos, como el de la pequeña e interesante república de Costa Rica que es un modelo de democracia. O también paradigmas como el Uruguay, donde el más grande estadista latinoamericano, a mi ver, don José Batlle Ordóñez, dio al estado uruguayo una fisonomía nueva. Diré de pasada que el otro día leí una revista norteamericana que calificaba al gobierno uruguayo de socialista, olvidándose que el socialismo es inadaptable a la realidad latinoamericana, porque es el resultado de una evolución económica y social de Europa. Y olvidando también que Batlle Ordóñez no fue nunca socialista y dijo claramente: «Lo que yo quiero hacer es una democracia social, que es distinto de una socialdemocracia». Esta organización del Estado uru-

guayo suprime la presidencia, crea el gobierno colegiado y ha organizado un país donde no se pagan impuestos sobre la renta hasta hoy, y no existen mendigos; un país que tiene la instrucción gratuita, desde la primaria a la universitaria; un país que ha garantizado recientemente el triunfo electoral, después de 90 años de ausencia del poder, del partido blanco o conservador. País que tal hace, es un país que realmente es democrático.

Por otra parte, la lucha constante de los pueblos latinoamericanos contra sus dictaduras es una prueba de que la democracia es posible en nuestros países y unánimemente deseada. Las últimas victorias democráticas registradas en América Latina tienen ese preciso significado: son movimientos civiles enormes en los cuales aparecen hechos extraordinarios. Por ejemplo, para un marxista ortodoxo, una revolución debe ser siempre estimulada por la necesidad económica, y un levantamiento popular tiene siempre una explicación si hay pobreza. El último movimiento de Venezuela para restaurar su civilidad se sale de esas previsiones: es el caso laudable de un país que se subleva porque quiere no sólo riqueza y prosperidad, sino también y ante todo libertad.

He escuchado una interesante opinión del profesor Dallauro sobre las tendencias que en la América Latina, se advierten hoy hacia un Mercado Común, hacia una coordinación económica. Sobre esto quiero recordar otro hecho extraordinario que nos separa de la línea seguida por los libertadores norteamericanos: los libertadores norteamericanos emancipan y unen; y lo que se llama el destino de los Estados Unidos, a mi ver, es el destino de esa unidad. La guerra civil norteamericana que ganó Lincoln, se entabló no solamente por la emancipación de los esclavos, sino también por el mantenimiento de la unidad federal de Norteamérica, que los confederacionistas del general Lee pretendieron destruir. Mantener esa unidad y dinamizar el vasto espacio

norteamericano es, como ya he dicho, su verdadero designio nacional. Nosotros, en la América Latina, perdimos esa línea. Pero nuestros libertadores previeron siempre el hecho de la unificación. Cabe citar el ejemplo de Belgrano, prócer del Río de la Plata, cuando en el Congreso de Tucumán de 1816 mantiene el postulado de la unidad continental y propone que la capital de las nuevas «provincias unidas» sea el Cusco, antigua metrópoli del imperio de los incas. Pero propone más: como entonces se trataba de implantar el sistema monárquico en la América independiente, Belgrano sostiene que si ha de haber un monarca éste debe ser un príncipe descendiente de los emperadores del Tahuantinsuyo, que fue el nombre aborigen del incario imperial. Antes que él el precursor Francisco de Miranda había propuesto la fundación del Estado Unido del Continente, bajo el nombre de Incanato. Diré, de paso, que hay un informe, secreto un tiempo –hoy ya no lo es– de un agente de Bernadotte a la sazón príncipe hereditario, adoptivo, del trono de Suecia, mandado por él a la América Latina. El agente se llamó Graaner y fue testigo presencial del Congreso de Tucumán, que formaron, según Graaner, 17 doctores en leyes, 10 sacerdotes, 2 frailes y un militar. El enviado de Bernadotte dice en su informe que Belgrano «logró persuadir a la mayor parte de la asamblea sobre el restablecimiento del imperio de los incas» y añade que «los indios están como electrizados por este nuevo proyecto y se juntan en grupos bajo la bandera del sol». Belgrano no logró su intento. Pero el Acta del Congreso de Tucumán comienza con estas palabras: «Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica...» Belgrano dejó como huella de su idea unionista el Sol de los Incas en la bandera y escudo argentino que él creó.

En 1810, el padre Hidalgo, prócer de la Independencia del gran México, se titula *Generalísimo de las Américas* y así firma el decreto de la Emancipación de los Esclavos en Guadalajara. «¡Viva por siempre nuestra América y abajo

los malos gobiernos!»), es el auténtico grito de Hidalgo.

Bolívar corona la obra emancipadora cruzando la América desde Caracas hasta el Cusco tras haber pasado, en su adolescencia por México, y de haber vivido su exilio en Jamaica. Y Bolívar, después del triunfo final de la Batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, firma la convocatoria –como gobernante del Perú– del Congreso Anfictiónico de Panamá en 1826 con el propósito de realizar la unidad continental. A esta asamblea fue especialmente invitado el Brasil.

¿Por qué no se ha realizado la unidad latinoamericana conforme al ideario de sus libertadores? Las causas son muy discutidas. Una vez me preguntaba el escritor norteamericano John Gunther –autor del libro *Inside Latin America*– cuál era la razón del esterilizante divisionismo latinoamericano. En realidad podría considerarse mucho el decisivo factor geográfico: las montañas, las distancias, quizás, tuvieron influencia determinante en la imposibilidad de unirnos. Pero también ocurre algo que es interesante considerar: muerto Bolívar, muertos los hombres que preconizaron esta unidad, los ojos de los sucesores se volvieron hacia Europa, donde el nacionalismo surgía vigorosamente. Y entonces, entre escoger el ejemplo norteamericano o el modelo europeo, se siguió este último. Acaso también es un factor de peso que los militares que sucedieron a los creadores de la independencia fueron muy inferiores a ellos y alentaron personalistas tendencias dictatoriales. Yo no sé si estaremos todos de acuerdo con Aristóteles y Platón. Uno en su *Política* y el otro en su *República*, dicen que los tiranos generalmente provocan conflictos con los vecinos para asegurarse el poder.

Los intentos de la gran Colombia se derrumban: la confederación Perú-Boliviana se destruye: se rompe la

Unión centroamericana y aparecen esos nacionalismos de autarquía, o como dice Toynbee también «estos sueños de cada país que quiere ser un universo en sí». Vienen después ciertos aspectos notables de mimetismo político tomando a Europa como dechado. Así, con ciertas guerras: por ejemplo, la Guerra del Pacífico es una secuela de la guerra entre Francia y Alemania: Chile se identifica con Alemania con una misión militar alemana y el Perú se identifica con Francia, con una misión militar francesa. Comienzan a establecerse en nuestros países ciertos criterios de nacionalismo exacerbado y luego vienen los sentimientos de desquite y de recelos y se imita un poco la diplomacia y la vida europea. Se repite o remeda a Europa aún en los movimientos políticos de derecha y de izquierda. Sin éxito satisfactorio naturalmente, porque la realidad histórica, socioeconómica latinoamericana es —ya se ha dicho— diferente de la europea.

Empero el movimiento unionista latinoamericano se mantuvo, siempre subyacente, y yo quisiera anotar aquí algo que me parece de interés.

Creo que a lo largo de la historia de la América Latina aparecen tres figuras ilícitas que simbolizan un poco por negación, tres de las grandes etapas de este movimiento económico. La primera figura ilícita de nuestra historia es el Pirata.

El pirata es un personaje interesante en nuestra vida económica. Cuando España cierra sus fronteras comerciales o impone el monopolio, el pirata aparece como un Mefistófeles tratador de la libertad de comercio. Nos va enseñando la libertad de comprar y vender, nos demuestra que no es posible vivir encerrados. Los piratas como Drake son grandes bandoleros nómades en los anchos mares de la América Latina, pero los ennoblecen en sus propios paí-

ses. A Sir Francis Drake lo hace *knight* la reina Isabel de Inglaterra. En la independencia reaparecen estos piratas, ya legalizados y militarizados, y son los batallones británicos los que van a cooperar a la Independencia, y es Lord Cochrane prócer de la emancipación en Brasil, Chile y Perú. Entonces es la libertad de comercio defendida por Inglaterra contra España. Entonces lo que en el coloniaje fue piratería en la república es trato de honrados comerciantes. Mercurio cambia de nombre pero no de talares. Ahora en nuestra realidad económica aparece otra figura extraordinaria, ilegal: el contrabandista.

El contrabandista es la segunda figura ilícita que nos enseña la falsedad de nuestras fronteras económicas. El contrabando es una de las industrias más productivas de la América Latina, y el contrabando ha hecho multimillonarios en todos los confines de nuestras veinte repúblicas.

Pero el contrabandista nos está demostrando que es menester unir económicamente la América Latina. No hay frontera entre los Estados que no sea violada por el contrabando. La policía internacional puede muy poco: hay islas famosas —que lo digan mis compatriotas venezolanos aquí presentes—, como por ejemplo la isla de Margarita. La frontera económica de Colombia con el Ecuador, la frontera del Perú con Chile, de Bolivia con el Perú, Brasil y Argentina son centros extraordinarios de contrabando. Hay casos que revelan una verdadera organización clandestina: existen indios de la frontera entre Bolivia y el Perú que son considerados como analfabetos, pero que en pocos segundos les dan a ustedes, por no sé qué misteriosa aritmética, el cambio de 2500 pesos en otra clase de moneda. El comercio interlope es extraordinario. Y un amigo peruano que vivía en la frontera con Bolivia me contó que había encontrado, en el ferrocarril de La Paz a Buenos Aires, algunos de estos conocidos cambistas del contrabando indio, aparentemente

modestos, que viajaban hasta Uruguay. Y cuando les preguntó: «¿A dónde vais? –A Montevideo– respondieron ¿Y a qué? A ver cómo hacen allí el contrabando con Brasil y Argentina».

La tercera figura ilícita de nuestra economía es el inversionista extranjero. Contra él tenemos un movimiento poderoso de opinión que podríamos clasificar con el nombre de Antiimperialismo.

Creo que imperialismo y antiimperialismo en América Latina, como he tratado de demostrar en un libro, tienen especiales características. La palabra misma proviene de los Estados Unidos. Cuando en los años 1890-1900 se produce la lucha entre los demócratas y los republicanos, aparece allí este concepto de la intervención de los Estados Unidos en la vida del mundo y entonces el partido demócrata norteamericano se llama «antiimperialista». Y es Bryan, el líder democrático, quien tilda a Teodoro Roosevelt y a todo el grupo republicano de «imperialista». Así, pues, la lucha entre el imperialismo y el antiimperialismo comienza en los Estados Unidos. Es muy famosa la expresión de Bryan: «I am imperialist because imperialism is the curses of the nation». Y ésta es una frase histórica estereotipada en la lucha política de aquella época.

Los latinoamericanos de entonces, que pertenecen a la que podríamos llamar «la generación romántica», una pléyade de hombres notables en armonía con ese principio, iniciaron un movimiento que encabezó Manuel Ugarte con muchos intelectuales. Pero andaban desorientados en cuanto al concepto del antiimperialismo, porque confundían el imperialismo económico con el político. Pero el imperialismo extranjero, principalmente el británico, se había mantenido hasta entonces en los términos económicos, y tiene un significado especial en la América Latina. Más tarde el de los

Estados Unidos toma caracteres de intervencionismo político en la zona del Caribe. Entonces es nuestra generación la que concreta conceptos y enfrenta nuestras tesis latinoamericanas a las comunistas. Según Lenin, el imperialismo es «la última etapa del capitalismo». Y aunque los comunistas terminaron por cambiar «última» por «etapa superior», nosotros respondemos que para nuestros países subdesarrollados es la «primera o inferior etapa». Porque el desarrollo de la economía industrial europea produce la exportación de los capitales hacia los países subdesarrollados y constituye la iniciación del capitalismo y del industrialismo en éstos. Aquí aparece nuestro concepto relativista de la historia: lo que puede ser «último» aquí, puede ser «primero» allá; en esto me hallo de acuerdo con el ilustre profesor Konetzke, de Colonia, el cual hizo notar que ciertos conceptos socialistas aparecen como conceptos liberales en América Latina. Lo cual es verdad, porque las realidades son diversas, los problemas son distintos. En este caso, nosotros sabemos, por ejemplo, que el imperialismo inicia nuestra industrialización; es progresivo, porque nuestra etapa capitalista e industrialista de un lado nos aporta la maquinaria, nos aporta el industrialismo; y de otro lado es peligroso por lo que puede significar como dominio excesivo sobre nuestra economía e imperialismo político.

Fue por esto que apareció en América Latina un movimiento de resistencia que es muy anterior a la moderna aplicación mimética de la teoría del comunismo. Es un movimiento de resistencia instintivo, que choca con la tendencia de aquellos que son extremistas en su posición pro inversionista. Estos tales dicen: «Necesitamos capitales extranjeros, vengan de donde vengan, como vengan y como puedan». Y el nuevo movimiento, que es aquel al que yo pertenezco, responde: «Necesitamos capitales extranjeros con determinado control, con determinada coordinación para que sirvan

de estímulo al progreso; etapas de realización industrialista, pero sin comprometer la soberanía, y aún la economía industrial propiamente nacional. He comparado alguna vez la importación de capitales extranjeros a nuestros países con una transfusión de sangre. Somos organismos anémicos que necesitamos esta transfusión. Pero una transfusión excesiva puede producir una hemiplejía, una parálisis».

Esto nos ha acontecido más de una vez, y ha habido excesos de un lado y deficiencia del otro, y la discusión constante con los imperialistas es la discusión entre esta doctrina que se llama *free enterprise* y nuestra doctrina que dice: «Coordinemos la situación para obtener el estímulo que realmente necesitamos». Pero recientemente ha nacido un movimiento mucho más fuerte que es la corriente a la que aludió el profesor D'Alauro: el movimiento pro Mercado Común, el surgimiento de nuestro sentido de interdependencia económica.

En América Latina, nosotros nos sentimos cada vez más interdependientes y este nacionalismo económico continental comprende que es imposible que subsistan pequeñas o parceladas economías aisladas. Por eso se puede decir hoy que el hemisferio del nuevo mundo está dividido entre los Estados Unidos del Norte y los Estados desunidos del Sur. Pero contra esta división que estanca nuestro progreso, aparece la realidad evidente de nuestra interdependencia.

He traído algunos documentos que sería oportuno leer. Contienen las declaraciones recientes del director principal de la CEPAL. La CEPAL, que es el Comité de la Economía Latinoamericana, se reunió en Santiago de Chile este año y acordó las bases del Mercado Común Latinoamericano. El director de la CEPAL, Dr. Raúl Prebisch, hizo recientemente en Río de Janeiro una nueva exposición, explicando toda la dinámica de este Mercado Común y exaltando un

principio que nosotros hemos creído siempre que debe ser el punto de partida: la moneda común, continental o latinoamericana. Es decisiva la importancia del cambio en nuestros países. Nosotros tenemos por lo menos 17 tipos de monedas latinoamericanas en lucha desigual con la unidad monolítica del dólar. Por tanto es perenne ese tremendo conflicto, y los altibajos del cambio en cada uno de nuestros países determinan sólo daños para el comprador, importador y consumidor de artículos que no producimos y necesitamos, pues tiene que pagarlos caros. Supone ello además el peligro de excesivas formas de garantía, no siempre lícitas en beneficio de aquellos que negocian con el productor nacional latinoamericano al exportar sus productos.

Nosotros hemos preconizado la necesidad de una moneda que no sea el dólar norteamericano. Hay casos en que el dólar norteamericano circula en nuestros países bajo diferentes nombres (Balboa, Quetzal, etc.) pero, evidentemente, el dólar es un símbolo que corresponde a un tipo de vida y de producción que no es el nuestro. Nosotros abogamos por una moneda que valga de manera fija medio dólar, un cuarto de dólar, pero que sea unitaria latinoamericana, respaldada por una organización coherente económica, y con emisión propia, a fin de estabilizarla y de resolver así ese gran problema de la crisis del cambio. Es asombroso ver hasta qué punto puede descender el valor de ciertas monedas como las de Bolivia o de Chile. O la del Brasil, país que en pocos años ha visto caer su cruzeiro de 44 por dólar a más de 100. Y aún en el Uruguay, cuyo peso fue siempre estable. Ahora el director de la CEPAL dice que la condición sine qua non para realizar el Mercado Común es comenzar por la unidad monetaria.

Nosotros, los que creemos en el Mercado Común y en la unidad económica latinoamericana nos sentimos muy satisfechos, porque, en verdad, tenemos ya expresiones muy

concretas de determinados gobiernos democráticos que están de acuerdo con este nuevo propósito. El presidente del Perú expresó en su último mensaje al Congreso, del 28 de julio de 1958, franca simpatía por el Mercado Común; el presidente Frondizi expuso el mismo sentimiento en un discurso que acaba de publicar la revista *Relaciones Internacionales*; el presidente Kubitschek es también partidario del Mercado Común; el ex-presidente Ibáñez, de Chile, que acaba de dejar el poder, hizo expresas declaraciones favorables y el presidente de Ecuador, en su mensaje de 10 de agosto de 1958, sostuvo la idea de convocar una conferencia económica latinoamericana con el fin de llegar a una coordinación continental. A la vieja idea decimonónica, que reconocían algunos estadistas de hacer de cada uno de nuestros Estados una autarquía que produjera lo que consume, o que imaginaban que la unidad económica latinoamericana sólo es posible cuando cada economía nacional sea «sólida», se ha opuesto un nuevo y realista concepto: sólo se logrará una economía fuerte en cada Estado latinoamericano, cuando se establezca una comunidad económica, pues el aislamiento es la causa de la paralización o del retraso.

La idea del Mercado Común latinoamericano señala, a mi ver, una posibilidad de emancipación económica de nuestros países, que aisladamente no han podido salir de su situación de países subdesarrollados. Por esta razón, quizá, han visto claramente los trabajadores la necesidad de apoyarla. Y de aquí que el proyecto de la CEPAL cuente con el apoyo de las organizaciones sindicales más poderosas y de gran número de industriales progresistas que ven una solución para muchos de sus problemas en la comunidad económica de América Latina. Porque ahora nos enfrentamos con un hecho insoslayable; nuestro industrialismo nacional tropieza con las dificultades de los mercados restringidos. Por ejemplo, en el caso del acero —que, como es notorio, ha servido de base a la Comunidad Económica del Mercado

Común Europeo—, pues si Colombia produce acero, y Chile o el Perú también, llegará un momento en que surgirá la gran cuestión: ¿A quién venderemos el acero? Este problema lo está ya afrontando Colombia en cierta medida, y será patente en los demás países que están produciendo acero cuando se saturen los mercados restringidos de cada país. La industria siderúrgica mexicana es floreciente porque tiene mercado en el sur de los Estados Unidos, como podrá serlo la del Brasil habida cuenta de su enorme extensión y población y la de las zonas vecinas del Río de la Plata que no produce acero. Pero no es éste el caso de otros países entregados entusiastamente a la ilusión de industrializarse por medio de la siderurgia. La cual, de otro lado, ha de tener en cuenta la poderosa competencia de la industria similar norteamericana. Esta, como es sabido, importa hierro en grandes cantidades de los ingentes yacimientos venezolanos.

Por todas estas razones, creo que las coordinaciones económicas que se proyectan por la CEPAL responden a una necesidad innegable de nuestra reorganización de la producción. Tenemos, asimismo, otros ejemplos en la industria textil. Casos concretos como los del sur del Perú, donde los *stocks* de producción se han paralizado en zonas potenciales de consumo muy vastas, simplemente por falta de un aligeramiento de todas las dificultades y barreras aduaneras que nos separan de Bolivia, o que nos separan de otros países. Por la carencia de un sistema fácil de intercambio y porque es necesaria la creación de un banco de importación y exportación latinoamericano así como la rectificación de ciertos conceptos basados en una vieja idea autárquica que tuvo auge en el pasado.

Podría presentar otros ejemplos de este problema, como los del vino chileno. El Perú es mal productor de vino, y no podremos jamás producir buen vino. Pero el Perú produce excelente aguardiente, azúcar y otros productos que se pueden cambiar con Chile, como se cambia con Argentina su

carne y su trigo por carbón y petróleo peruanos. Todo lo cual podría arreglarse suprimiendo las barreras artificiales entre Perú, la Argentina y Chile, para facilitar el intercambio de una serie de productos de primera necesidad para la alimentación de los pueblos. Y vemos algunos otros hechos muy notables también respecto a los transportes. Los transportes los domina y acapara Norteamérica. Los países latinoamericanos podrían, sin embargo, organizar grandes compañías navieras y de aviación propias. La Compañía Sudamericana de Vapores de Chile ha demostrado por varios decenios esta posibilidad. Como, también, la Compañía Gran Colombiana que establecieron Colombia, Ecuador y Venezuela.

Debo ahora referirme a la «tercera figura» ilícita o inconfesable que –con el pirata y el contrabandista– tiene un papel decisivo en el proceso de nuestra economía. Y éste es un tema que nosotros los que profesamos la fe de la unidad latinoamericana, hemos querido siempre poner sobre la mesa de debate de nuestros problemas en América. Sostengo que no se podría mover nuestra economía nacional latinoamericana sin la intervención de los capitales extranjeros. Y esta idea la he sostenido siempre. Nuestros países necesitan de capitales foráneos para desarrollar su industrialismo y salir del estado de zonas subdesarrolladas. Generalmente los latinoamericanos no estamos siempre prestos a confesar una verdad irrefutable: que la espina dorsal de nuestra economía la constituye el capital extranjero, el cual representa progreso, régimen de producción técnicamente más avanzado, etc., aunque entrañe problemas y riesgos.

Pero, ¿cuál es la figura jurídica del inversionista extranjero en nuestros países latinoamericanos? Examinémosla: él es el protagonista decisivo de nuestra economía. Es un personaje que podría llamarse lícito desde el punto de vista del concepto constitucional y nacional. Tiene deberes como contribuyente y pagador de prestaciones sociales. Pero sus

derechos jurídicos están siempre limitados por su condición de extranjero. Sin embargo, tiene en su mano la clave de nuestra economía. Yo lo he comparado a veces con los banqueros judíos de la época en que, obligados a vivir en sus *ghettos*, porque eran *outsiders* legales en la Europa del quinientos, financiaban no obstante elecciones de emperadores, guerras y empresas políticas. Pongamos el caso de Carlos V y su elección como emperador de Alemania, que Michelet califica como la más grande «empresa financiera» de su tiempo. Así, los inversionistas extranjeros en la América Latina, que viven un poco al margen de la vida nacional porque no son ciudadanos, intervienen, sin embargo, activamente en nuestra vida. Nosotros hemos creído que, para la afirmación y la consolidación de la verdadera democracia económica, hay que resolver estos problemas que muy pocas veces se abordan, porque se les teme. ¿Qué representa el inversionista extranjero en nuestros países? ¿Cuál debe ser la figura jurídica de su intervención en la vida económica nacional? Nosotros creemos que si, por ejemplo, consideramos el caso de Centroamérica con la United Fruit Co., es muy importante reconocer que esa compañía bananera en Centroamérica tiene un capital, una renta, un presupuesto mayor que el de las cinco repúblicas centroamericanas juntas. Ahora bien, un gerente de esa compañía sabe que tiene tantos miles de millones de dólares en la América Central, pero ante el temor de que llegue un presidente más o menos entusiasta y declare la nacionalización de la industria, se encuentra frente a este hecho real: que paga los impuestos y las prestaciones sociales, pero es un extranjero. Y como no tiene garantías jurídicas, tiene que recurrir a la defensa ilícita de su capital interviniendo en política, o pidiendo la intervención de su gobierno en los asuntos internos del país donde tiene su dinero. Por eso resulta un personaje ilícito como el contrabandista y el pirata.

Así es como se producen los casos de la intervención que podríamos llamar «bajo la mesa de la política interna», de nuestros Estados. Se ha pensado mucho en América Latina cómo resolver esos problemas. Nosotros necesitamos capitales extranjeros, repito. Lo he sostenido yo en mi primer libro de 1928 y lo hemos sostenido todos aquellos que pensamos que es preciso mirar la realidad latinoamericana con ojos claros. Nosotros hemos creído que el personaje ilícito que es forzosamente el inversionista, para tener garantías debe tener una forma o una expresión jurídica de derecho. Por eso se formuló la propuesta de crear el cuarto poder del Estado democrático. No solamente los tres poderes que emanan de la democracia y de la soberanía aritmética del voto popular: ejecutivo, legislativo y judicial, sino además un poder económico que viene a ser un poder de tipo cualitativo en el cual están representados el Estado, el trabajo y el capital. En este cuarto poder debe entrar el capitalista extranjero con deberes y derechos.

Me preguntará el profesor Gramática o cualquier jurista ilustre ¿cómo resuelven ustedes el problema técnicamente jurídico?... Nosotros tenemos un antecedente muy interesante que rige en el Perú, Chile y Argentina y quizá en Uruguay y otros Estados. En cualquiera de estos países un extranjero con tres años de residencia, o con equis años de residencia, tiene derecho a ser elector y elegido para formar parte de la corporación municipal. Hemos tenido en el Perú, por ejemplo, alcaldes italianos, alcaldes ingleses, alcaldes alemanes que han votado y han sido elegidos. ¿Por qué? ¿Con qué criterio se le da a un extranjero en nuestros países el derecho de voto en las elecciones municipales? Este es un avanzado concepto de funcionalismo de las democracias. Un hombre está tan interesado siendo nacional como siendo extranjero, en los problemas edilicios y en todos los problemas municipales de una ciudad. Y no necesita nacionalizarse

para intervenir en ellos y cooperar. Nosotros preconizamos que el capitalista extranjero debe participar en esa organización tripartita del cuarto poder del Estado, representando al capital. Nuestro proyecto en el Perú fue ya aprobado por una de las Cámaras. Nosotros queremos dar al personero de la economía extranjera que vive en nuestro país, que actúa, que contribuye, que paga, el derecho de formar parte de un poder que sería colegislador en los casos de resoluciones o de leyes económicas y sociales. Ese poder tendría como más alta expresión un Congreso Económico, el cual representaría el capital, el Estado y el trabajo, o algo así como en la OIT de Ginebra, pero que no solamente podría ser un cuerpo consultivo sino un cuerpo colegislador y con iniciativa en asuntos financieros, presupuestarios y sociales.

Queremos también, con este nuevo organismo, limitar o atemperar un poco la fantasía política de quienes hacen demagogia desde los poderes públicos; contar con un poder económico al cual se le consulta y que puede decir cuánto cuesta cada reforma. Porque un diputado o un senador, para ganar popularidad electoral puede proponer la construcción de una Torre de Babel; pero es el Congreso Económico el que debe decir cuánto cuesta y para qué sirve.

Estas son, en general, las ideas que he querido proponer aquí para justificar no solamente mi presencia en esta Mesa Redonda, sino también para sugerir un nuevo punto de vista. No hablo en nombre de ningún partido determinado; hablo en nombre de una aspiración continental, de un anhelo continental de la América Latina que es para mí la «Patria grande» de la cual cada uno de sus Estados es una parte inseparable e interdependiente. Yo creo que el mejor patriotismo de cualquier latinoamericano para con su propio país de nacimiento es sostener la inseparabilidad de nuestros Estados con respecto a esa unidad continental.

La unidad es difícil de realizar; nuestros problemas son peculiares, singulares, pero es evidente que nosotros tenemos, frente a esa gravedad y complejidad de los problemas mismos, algunos designios que parecen señalar a la América Latina un papel importante en el futuro del mundo. Somos un continente sin prejuicios de razas; somos un continente donde no existe la xenofobia, y sí un sentido ampliamente humano, aunque algunas veces se puedan presentar situaciones más o menos accidentales de violencia o de lucha. Somos un continente vacío, si se considera su extensión con respecto a su situación demográfica. Somos un continente que puede albergar de mil a dos mil millones de habitantes. Hemos sufrido mucho por el mal gobierno; pero somos hijos de un continente con perennes aspiraciones al mejoramiento.

Nosotros entendemos que en un mundo sacudido por tantas inquietudes y angustiado por tantos problemas, la América Latina, a condición de que logre unirse, puede ofrecer algunas respuestas a la tremenda interrogación de los pueblos que creen que la libertad no debe ser menoscabada, ni menos suprimida, para lograr la justicia.



# **PROBLEMA E IMPERATIVO DE LA UNIDAD CONTINENTAL**

De: Separata de la revista *POLÍTICA* de Caracas, N° 9,  
mayo de 1960.

## PROBLEMA E IMPERATIVO DE LA UNIDAD CONTINENTAL

La unidad económica o política latino o indoamericana es un planteamiento que va ganando aceleradamente, ya, la conciencia de nuestros pueblos. Ha dejado de ser una «utopía», como tantas veces se nos dijo cuando en 1924 formulamos un sucinto programa continental que daba contenido positivo, realista, a una idea vagamente insinuada en la etapa «lirica» del americanismo, anterior a la primera guerra mundial. Cuando Rodó, Darío, Vasconcelos, Ingenieros, García Monge y tantos otros maestros de aquella época —Manuel Ugarte fue su más osado y dinámico misionero—, aparecieron como los precursores del rescate de los designios unionistas de nuestros próceres de la Independencia.

### VOLVAMOS A RECORDARLO...

Bolívar fue su enunciador concreto. Pero antes que él, la idea había sido enhestada, primero, por el admirable y olvidado Miranda con su proyecto visionante del «Incanato». Después, por el Padre Hidalgo, quien se llamó a sí mismo «generalísimo de las Américas» en 1810. Seis años más tarde, por el ínclito Belgrano, gestor del Congreso de Tucumán cuya acta final dice inicialmente: «Nos, los representantes de las Provincias Unidas de Sudamérica». Y, en 1824, por Montegudo, expositor metódico de los planes de federación continental, cuyas son estas palabras: *Ningún designio ha sido más antiguo entre los que han*

*dirigido los negocios públicos durante la Revolución que formar una liga general contra el común enemigo y llenar, con la unión de todos, el vacío que encontraba cada uno en sus propios recursos.*

En todos los patricios de Indoamérica –entre los cuales puede citarse a Pueyrredón, San Martín, O’Higgins, Santander, el cerebro financiador de las culminantes empresas bolivarianas hasta Ayacucho, Santa Cruz, Sánchez Carrión, Morazán y otros– la idea federalista o anfictiónica de nuestros pueblos emancipados está viva y persiste. Hasta en el heroico llamado finisecular de Martí.

Los epígonos de los próceres libertadores fueron los primeros apóstatas de ese previsor propósito, del cual Bolívar es su promotor epónimo, frustrado en el Congreso de Panamá de 1826, al que fue también invitado el Brasil, monarquía entonces. Con la disolución de la Gran Colombia, de la Confederación Perú-boliviana y de la Unión de Centroamérica, perecen los últimos intentos decimonónicos de constituir una América Latina unida. Proyectos ulteriores, surgidos de la experiencia de la segunda guerra victoriosa contra España, ganada por la alianza de Bolivia, Chile, Ecuador y el Perú en 1866, fracasaron también ante el auge de los aislacionismos nacionalistas y hostiles de imitación europea. Y fue más tarde, cuando el poderío aumentante de la Federación norteamericana comenzó a demostrar a sus vecinos meridionales cómo su fuerza radica en su unión, cuando aparecen las voces precursoras abogando por la unidad latino o indoamericana en la primera década de este siglo.

#### **LOS NUEVOS PUNTOS DE PARTIDA**

Faltaba dar a estos objetivos contenido político-social, estructura organizativa, programa continental presen-

te, referido al nuevo acontecer mundial. Dos movimientos de diversa procedencia y fisonomía, pero de profunda repercusión americana, se habían producido en nuestros pueblos: El de la Reforma Universitaria, que conmociona a nuestras juventudes desde Córdoba, al sur, hasta México, al norte, en su comenzante y revolucionaria etapa de 1918 a 1921 –movimiento no específicamente político, mas sí de inspiración continentalista–, y la Revolución Social Mexicana, iniciada en 1910 y culminante con la Constitución de Querétaro en 1917. Que, no obstante haber sido cronológicamente anterior a la Reforma, repercute con posterioridad a ésta en los demás pueblos latino o indoamericanos por la acústica mayor de la primera guerra europea.

Con la Reforma Universitaria, o revolución estudiantil «contra los virreinos del espíritu» –cuyo histórico primer Manifiesto invoca «la redención espiritual de las juventudes de América como su única recompensa»–, toda una generación había visto claro el destino común de nuestro continente a la luz de su problemática cultural. Con la Revolución Mexicana, todos nuestros pueblos advirtieron que algo grande y nuevo surgía de ellos, frente a realidades económico-sociales que eran intransferiblemente suyas. Por otra parte, la ubicación geográfica de México resaltó un hecho histórico que a todos nos incumbía: el de la contrastada vecindad con «la otra América», que por su coherencia, adelanto y categoría de primer orden mundial, definido con la guerra de 1914-1918, gravitaba ya, económicamente, sobre el ámbito cabal de nuestros pueblos, y, políticamente, en forma presionante, sobre la íntegra cuenca del Caribe, a partir de su fácil triunfo sobre España en 1898, de la limitada independencia de Cuba y anexión de Puerto Rico, de la secesión de Panamá y, después de sus avances intervencionistas sobre otras repúblicas de aquella zona. Su primer parachoques lo encontró en la Revolución Mexicana.

## RUSIA Y LA DEFINICIÓN DEL IMPERIALISMO

De Europa iban llegando los promisorios mensajes de la Rusia revolucionada desde 1917. Sus profecías de total y pronta redención; sus incitantes llamados a la insurgencia proletaria; sus dictados doctrinarios de receta universal para todos los males humanos que comporta la injusticia. Con ellos, el indiscriminado diagnóstico leninista del «imperialismo última o superior etapa del capitalismo», al cual se debía acometer, atacar, proscribir en cualquier rincón de la tierra, a fin de pavimentar el camino victorioso al Comunismo ecuménico, cuyo inmediato advenimiento se anunciaba.

La misma Revolución Mexicana apareció en un período —ubicable entre «los veinte» y «los treinta»— como deslumbrada y envuelta por la atracción centrípeta de aquel fascinante y contagioso llamado ruso, pues, debido a su origen, tenía el prestigio subyugador de todo lo que del Viejo Mundo nos llega. Fue, por tanto, en aquellos años, osado y casi herético resistirse a la rendición incondicional que la avasallante propaganda soviética imponía. Más aún, atreverse a decir que los problemas de Europa y los de América son diferentes, que sus soluciones lo son también, por ende. Y que hay más de un camino que el de Moscú para alcanzar la justicia. Sin embargo, todo ello fue dicho a tiempo, aunque arrastrando tachas de irreverencia.

Del doctrinarismo ruso lo que más nos importaba era su nueva definición del imperialismo económico. O sea, el expansionismo, por desborde, del sistema capitalista desde sus sectores cimeros de superdesarrollo hacia las zonas retrasadas o subdesarrolladas del mundo y las contradicciones que en éstas determina aquella inevitable intrusión hegemónica. Consecuentemente, la primera formulación programática, a tal respecto, de un movimiento unionista

latino o indoamericano moderno, tanto económico-social como político, debía enfocar el ortodoxo y absoluto dictado leninista desde el ángulo geográfico de nuestra realidad histórica. Y a él respondimos aplicando a nuestra réplica una condicionalidad relativista de espacio y tiempo. El imperialismo económico es la última o superior etapa del capitalismo, *pero sólo* en los países súper industrializados; en los de economía precapitalista, colonial o incipiente viene a ser la *primera etapa*. El área latino o indoamericano corresponde a esta última clasificación. Por tanto, el fenómeno imperialista tiene una fisonomía típica, diferente en nuestra América; un carácter opuesto al que presenta en los territorios del mundo donde el capitalismo industrial ha culminado y desde donde se imparte. Lo que allá es «superior» y «último», aquí es «inferior» y «primero». Y de esta contraposición de condiciones objetivas se infiere el postulado de que en nuestro siglo la iniciación y cumplimiento del período de industrialización de los países retrasados debe realizarse bajo la égida del imperialismo económico, en tanto el sistema capitalista mantenga su predominancia en el mundo.

Completábamos el heterodoxo enunciado con otras tesis –propuestas y, naturalmente, rechazadas en el Primer Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas, en febrero de 1927 regentado por los comunistas–, las cuales puede epitomarse así: Nuestro continente latino o indoamericano necesita y *debe industrializarse*. Para industrializarse requiere capitales y ayuda técnica que no pueden provenir sino de donde ellos existen. Luego, la América Latina, como un todo, confronta forzosamente esta realidad: servirse del *imperialismo económico*, vale decir, de la importación de capitales necesarios para su desenvolvimiento industrial, y defenderse del *imperialismo político* que aquél lleva implícito. A fin de cumplir ambos propósitos

la América Latina *debe unirse* económica y políticamente. Porque su industrialización exige planes continentales propios y coherentes que correspondan a la problemática de su magnitud regional. Además, porque su defensa de los peligros imperialistas de tipo político sólo pueden encararse ventajosamente con la unión. El contenido afirmativo de toda negación, resistencia o lucha antiimperialista es, primariamente, el movimiento hacia la unidad de los Estados y pueblos latino o indoamericanos. Sin ella, éstos vivirán siempre sometidos.

### LA ALECCIONADORA EXPERIENCIA MEXICANA

Ningún Estado latino o indoamericano –sostuvimos– podrá cumplir una efectiva transformación socioeconómica integral, aisladamente. Ninguno, tampoco, podrá lograr el revolucionario equilibrio de servirse de la economía capitalista extranjera para constituir una propia, progresar y resistir, sin malogro, a los inevitables excesos del imperialismo. Sólo hasta un muy limitado término infranqueable podrá conseguir la instauración de un sistema autonómico, emancipado, económico-social, en tanto no condicione su esfuerzo renovador con su coordinación continental defensiva. La experiencia mexicana demostraba que las barreras del avance de su revolución las marcaron, con sus aisladas fronteras estatales, la presionante vecindad de la poderosa Unión norteamericana, apenas contrarrestable por un Estado solo.

De aquella histórica enseñanza de México se deducían lógicas premisas: así como en Europa la clase dominante nacional es la «gran burguesía» capitalista, poseedora de su avanzada industria, así en América Latina la clase dominante nacional es, todavía, la dueña de la tierra, del gran latifundio importado con la conquista de los im-

perios coloniales de España y Portugal. La gran clase capitalista, iniciadora de nuestro típico industrialismo mayor –extractivo, de materias primas o medio elaboradas, que llevó a nuestros países los capitales y máquinas, los cuales nosotros no hemos formado ni producido–, es extranjera. Representa en Indoamérica a la culminante y conquistadora etapa del capitalismo industrial de los países superdesarrollados, que al emigrar hacia nuestro suelo –al cambiar de espacio y tiempo económico– depara peculiares caracteres. Ella es la clase propietaria de la más ingente y tecnificada parte de nuestra producción. Pero no vive entre nosotros. Es la clase dominante físicamente *invisible*, representada en sus empresas por administradores, técnicos y gerentes. Es, esto no obstante, la que controla el más adelantado proceso de nuestra creación de riqueza exportable; la que determina la formación de nuestra clase trabajadora industrial o característicamente proletaria; la que regenta nuestras finanzas, patroniza nuestros bancos, cotiza nuestra moneda, fija los precios de nuestros productos y regula nuestras tablas de salarios. La clase dominante *visible* es la feudal u oligárquica aliada o sometida al sistema económico de procedencia foránea.

Importa anotar que el capitalismo extranjero en el continente indoamericano, por representar la fase más alta de la evolución de la economía mundial, implanta con el industrialismo –a pesar, repetimos, de su tipología distinta del europeo, que comenzó por la siderurgia y es básicamente manufacturero o *pesado*– un paso adelante sobre el latifundismo y sobre el artesanado tradicional. Por ello determina el progreso que respecto de las formas de producción predecesoras conlleva toda industrialización en los países subdesarrollados. Pero vale remarcar asimismo que, a despecho de que el capitalismo extranjero en el continente indoamericano ha conseguido regimentar parcialmente nuestra economía

dentro de su fuerte organización financiera, no ha logrado transformarla y conformarla en una íntegra estructura. Coexiste, se yuxtapone con el sistema feudal supérstite. Y del mismo modo que éste se instauró con el coloniaje, al lado de las anteriores formas de producción aborigen, sin absorberlas cabalmente, así también conviven hoy el imperialismo económico y el feudalismo criollo. Por tanto, en la América Latina o Indoamérica están aún presentes todos los estadios sociales, todas las categorías del trabajo organizado. Desde los prístinos agrupamientos tribales y las indígenas comunidades precolombinas, hasta las empresas del industrialismo mecanizado ya descrito, pasando por la servidumbre feudalitaria, la pequeña propiedad y los limitados intentos de las formas capitalistas nacionales. A esta escala completa de las diversas etapas de la evolución económico-social es correlativa la de todos los grados del subdesarrollado desenvolvimiento cultural: su gran bajo fondo es el enorme y ominoso volumen de nuestro analfabetismo.

### **LA PERENTORIEDAD DE INDUSTRIALIZAR**

La industrialización, de verdad, de todos nuestros países es una apremiante, una inaplazable necesidad continental que debe acometerse también continentalmente. Con la liquidación del feudalismo y de todas las formas residuales de producción pre-feudal; con la articulación de una economía moderna que abarque y dinamice todos los sectores de la producción preindustrial. Y con la paralela elevación acelerada del inferior nivel de educación de nuestras grandes mayorías populares desposeídas, que constituyen nuestro «capital humano», un tanto rezagado y distante de los beneficios de la civilización contemporánea.

Industrializar, tecnificar coherente y orbitalmente nuestra economía; impulsarla con todos los elementos que

son hallazgo de los prodigiosos descubrimientos del hombre de hoy; salir del primitivo y subalterno régimen de una agricultura latifundista y retardataria: superar una producción y cambio circunscritos, unilaterales, subsidiarios, cuyos índices son proporcionalmente bajos, eran nuestros primeros enunciados genéricos inspirados en el programa de la Revolución Mexicana para un confrontamiento realista de los similares problemas continentales. Con ellos, el reforzamiento de una democracia social, económica y política, orientada hacia la inalienable defensa de los derechos del hombre como ciudadano y como trabajador, a la vigencia de la justicia con libertad y hacia el equitativo equilibrio de los diversos factores constructivos, internos y externos, de un nuevo ordenamiento jurídico. Empero, su instauración no podía y no puede ser tarea aislacionista de «cada país». Ella exige un adecuado planteamiento general, concordancia y cooperación de dispositivo y cumplimiento, allende las fronteras estatales —que no son las económicas, a las cuales aquellos problemas engloban— y referidas al grandor y complejidad de una región infragmentable como es la latino o indoamericana. Pues si han resultado probadamente quiméricos los patrióticos sueños de insulares autarquismos que encandilaron a buena parte de nuestros miméticos políticos, de quienes fue fracasado lema el de «consumir lo que se produce» y viceversa, también aparecen ilusorias las esperanzas de los «nacionalistas revolucionarios» que predicen un solidario salto transformador en cada república. Por la muy sencilla razón de que los poderes y sistemas opresores, anacrónicos y modernos, cuyas injusticias se pretende abolir y suplantar, son de dimensión y predominancia continentales.

## **LA NUEVA RUSIA Y EL NUEVO IMPERIALISMO**

Cuando de Rusia provino la tesis leninista que describía al imperialismo económico —en respuesta al inventor del

término, J. A. Hobson, en su libro *Imperialism, A Essay*— como «la última o superior etapa del capitalismo», los Soviets principiaban a emanciparse del imperio económico extranjero e inauguraban su propia y colosal industrialización. Eran los años en que implantó la Nueva Política Económica, definida en un libro de Lenin, que debería conocerse más: *El Capitalismo de Estado y el impuesto en especies*. En el cual se presentan las bases de la innovada estructura capitalista estatal, que a lo largo de cuatro decenios ha llegado a su presente consolidación monolítica. Con este tipo de capitalismo los Soviets emprendieron y han cumplido, sobre un gigantesco escenario, dotado de todos los recursos naturales, una obra portentosa de industrialismo que está ya en la primera línea del «superdesarrollo». Pero las palabras escritas por Lenin en su libro *La revolución proletaria y el renegado Kaustky* (traducción castellana, Buenos Aires, 1921, página 76) quedan en pie: «Sin duda estamos muy lejos de la victoria del Socialismo: Un país solo no puede hacer más». Empero, en el proceso de industrialización rusa, bajo el régimen capitalista de Estado, se ha producido a los 42 años de la revolución de 1917, el mismo fenómeno que Lenin define como epílogo del superdesarrollo del capitalismo industrialista: también el Capitalismo de Estado ruso, en su «última o superior etapa» necesita expandirse y transmigrar. La circunstancia de que el Sistema Capitalista Soviético no sea de empresa «privada» sino «estatal», no lo exime de sus características de crecimiento, plenitud e irradiación que son inherentes a todo el sistema mismo: ya sean individuos particulares y numerosos los propietarios de los medios de producción y usufructuarios de la plusvalía, ya sea un solo y poderoso monopolio estatal, el señero dueño, beneficiario y patrón. La diferencia puede consistir en que las utilidades tienen una diferente distribución, y que en el caso del Capitalismo de Estado sea mucho más cuantioso su destino social. Pero el *sistema* es, fundamentalmente, el mismo: Los

salarios se pagan «según el trabajo», norma clásica del capitalismo, y no «según las necesidades», principio socialista. La moneda —altamente avalada en oro—, la organización bancaria, el comercio interno y exterior, las bases crediticias y la escala tributaria existen en ambos tipos de capitalismo. Y en los dos, el que gana más, compra más y vive mejor que el que gana menos. En el aspecto político-social las diferencias son otras: el Capitalismo de Estado ruso se asienta en una férrea dictadura totalitaria en la cual la organización libre de los trabajadores, el reclamo, la protesta o la huelga son delitos, como todos los derechos ciudadanos que se reconocen, ejercen y amplían en las democracias representativas.

En su carácter de empresa monopolista gubernamental el Capitalismo de Estado ruso ha efectuado velozmente todo el proceso del sistema capitalista originario del cual sólo es una variante. Y al consumir su evolución industrializadora, hasta coronar la cumbre de su superdesarrollo, también ha debido entrar por los caminos del «imperialismo económico» que tipifican a esa forma de producción y cambio de la riqueza. Por tanto —esto no necesita mucho esfuerzo para demostrarlo—, el capitalismo soviético busca campos de inversión y de conquista de mercados más allá de los límites de su dilatado «pueblo-continente». Al igual que las otras potencias capitalistas está ya realizando un ambicioso programa de «ayuda económica y técnica» para los países subdesarrollados de empréstitos en dinero o en mercancías. Pero todas estas operaciones se ajustan al mismo mecanismo financiero de préstamos, réditos y pagos que norman los negocios del capitalismo internacional. El Capitalismo de Estado ruso no regala. Vende, presta o invierte, pero cobra y gana. Y, como el Capitalismo de empresa privada, ha creado y controla una amplia «zona de influencia» cuya órbita trata de extender. Sus estipulaciones sobre intereses, créditos y pagos, a corto o largo

término, pueden ser mejores o no que las de otros países capitalistas superdesarrollados –los cuales también exportan dinero y procuran mercados allende sus fronteras–, pero, aún cuando compita, valiéndose de ofertas mayormente ventajosas, con el «otro capitalismo», el soviético, por su presente modalidad de penetración financiera en las regiones pobres del mundo que demandan y reciben ayuda, cae dentro de la definición leninista del imperialismo.

## LA POSICIÓN INDOAMERICANA

A través de los años transcurridos desde que nuestro programa de unidad continental fue propuesto en términos modernos y previsores, referidos a la realidad económico-social de nuestra América –o sea, a su condición de nación subdesarrollada que para industrializarse necesita de capitales y ayuda técnica procedentes de los países superdesarrollados–, los planteamientos de 1924 no han perdido su vigencia. Antes bien, se han reforzado. Pues resulta ahora irrefutable verdad lo que entonces sostuvimos; que mientras el sistema capitalista –de empresa privada o de empresas de Estado– prevalezca como régimen mundial, nuestras repúblicas, integrantes de una vasta, dividida y apenas industrializada nación, deben tratar con el más avanzado y potente capitalismo extranjero. Y como éste, en sus dos variantes, ha llegado a una etapa superior, expansiva, imperialista, tratar con el capitalismo es tratar con el imperialismo económico que es su forma actual de superada evolución y de comportamiento.

¿Cómo tratar? He ahí la gran cuestión.

En la historia económica latino o indoamericana aparece potente la primeriza supremacía del imperialismo económico británico, a partir de la Revolución de la Inde-

pendencia. Más tarde surge la rivalidad de aquél con el influyente y poderoso norteamericano. Ahora se ha presentado un tercer y pujante competidor en el soviético. Cualquiera de ellos, empero, nos depara semejantes realidades de confrontamiento. Las de la obligante relación entre un anchuroso continente, ubérrimo en recursos naturales, y de desenvolvimiento económico comparativamente retardado, con las máximas potencias del industrialismo capitalista mundial, de cuya cooperación necesitamos. Empero, ante cualquiera de ellas, nuestra condición de pueblos pobres ante los ricos, es la misma.

La industrialización de gran estilo en Indoamérica es —reiteramos— una tarea por cumplirse de dimensión regional. Ella abraza a todo nuestro «pueblo-continente», y sólo así comprendida, logrará nuestra emancipación económica. Con la transformación de veinte estados dispersos, y por tanto débiles, en una fuerte y concordada unidad de casi 200 millones de pobladores sobre un territorio de 20 millones de kilómetros cuadrados.

Esa coordinación económica continental, que lleva implícita la política, elevará a los futuros Estados unidos latino o indoamericanos a una categoría equiparable en área y amplitud de seguridad, a la de las otras unidades regionales, que están ya formando, o han formado, agrupaciones de Estados y de pueblos como base de su fortaleza.

Conjuntamente, la América Latina tendría mayor autonomía de tratos con los supremos poderes que señorean la política y regentan la economía del mundo. Sus relaciones con los imperialismos económicos quedarían más resguardadas de los riesgos del imperialismo político, pues no serían urgidas por las inevitables presiones de los fuertes sobre los débiles, que obligan a éstos a entregarse premiosamente al mejor postor. De otra parte, su planifica-

ción interna de gran magnitud no sería constreñida por las limitaciones estatales, que corresponden a los horizontes limitados de la producción y mercado y no a los de la industrialización plural y completa. No recaería, tampoco, nuestra diversificada y frecuentemente contradictoria política económica, en la tendencia peligrosa –táctica indeficiente de vendedores chicos con compradores fuertes– de recurrir al lema de «si no me compras tú me comprará el otro». Ni en la candorosa demagogia de alardear que los pequeños Estados pueden salvar su seguridad con el presuntuoso ardid de jugar al enfrentamiento rival de los más fuertes.

### ¿ES POSIBLE UN SISTEMA INTERAMERICANO?

Se dice, con razón, que así como «detrás del comercio va la bandera», también, «detrás del imperialismo económico va el imperialismo político». De ello tenemos en la América Latina más de una dolorosa prueba con muy aleccionadores recuerdos. Frente a la realidad presente del mundo, la situación de nuestro continente es la de una zona que por su carácter de subdesarrollada y su amplitud, riqueza e incalculables posibilidades de desenvolvimiento, es codiciable campo de la batalla entre los grandes imperialismos económicos. Lo fue ya, como se ha mencionado precedentemente, en la del británico con el norteamericano. Predominante éste, puede serlo de nuevo entre el norteamericano y el ruso. Porque cabe la reiteración, en los cuatro decenios transcurridos desde 1917, Rusia, que entonces era un gran país de industrialismo menor, ha llegado a ser hoy una potencia económicamente equiparable por su grandor y desarrollo a la de los Estados Unidos. Y si bien es cierto que en el orden *interno* Rusia difiere de ellos en la modalidad de su sistema, al proyectarse hacia las zonas subdesarrolladas de la tierra opera dentro de las mismas

líneas de comportamiento expansionista. Con otras palabras, mientras Rusia vivió su etapa de industrialización y de emancipación económica, pertenecía a las regiones del mundo dentro de las cuales está la América Latina. Pero en los últimos 42 años la Unión Soviética ha devenido un poder altamente industrializado y ha dejado de ser una región subdesarrollada para transformarse en uno de los mayores poderes económicos y políticos del orbe. Como en igual lapso la América Latina no ha logrado superar su condición subalterna de continente infradesarrollado, su situación respecto de Rusia *no es la misma* que hace tres o cuatro décadas. Y frente al hecho real de las relaciones latino o indoamericanas con los países altamente industrializados, nuestros pueblos aparecen hoy *al otro lado* del que está la Unión Soviética. Pues ésta se halla ahora en el nivel de supremacía de los más avanzados Estados industrialistas y compitiendo con ellos.

Esta consideración es pertinente para una estimativa real de nuestra presente posición en el mundo económico actual. Y para inferir aleccionadoras conclusiones acerca de nuestra verdadera ubicación política ante la gigantesca contraposición de los poderes imperiales empeñados en la disputa por el poder mundial. La primera de ellas no puede ser otra que hoy, como hace cuarenta años, una América Latina industrialmente retrasada y políticamente dividida se halla en un plano de patente inferioridad respecto de las grandes potencias regionales que enfrentan sus poderes y proyectan sus inevitables planes de expansión sobre las áreas subdesarrolladas del planeta. Porque *necesitamos* de su ayuda para redimirnos de nuestro retraso, y porque ella lleva implícitos los consecuentes riesgos de toda relación entre los fuertes y los débiles, la unión económica y política de nuestros Estados mantiene su vigencia de ineludible imperativo. No solamente para el planteamiento integral

de nuestra industrialización, sino también para construir la articulada resistencia que debe normar aquellas inescapables relaciones con los mayores imperios económicos y que debe cooperar a nuestro tránsito de países de economía retardada a la etapa superior que dimensiona el industrialismo. A esta altura procede examinar, aunque sea someramente, el aspecto político de nuestra problemática continental: la diferencia de antecedentes históricos y de consecuentes concepciones jurídico-sociales que separan en dos ámbitos distintos y opuestos a los sistemas estatales de oriente y occidente. O con más precisión, a los Estados integrantes de la órbita euroasiática soviética y a los del resto del mundo. En ésta, es el ordenamiento democrático la forma política que persigue el logro de la justicia; en aquél es el régimen totalitario. Rusia ha implantado en su zona de influencia con el Capitalismo de Estado, la dictadura, como forma de gobierno. Los demás países, llamados del «mundo libre», o de occidente, mantienen las normas de la democracia con el Capitalismo privado.

Nuestros Estados, como todos los de América, han identificado su vida política a partir de la independencia, con las instituciones gubernamentales emanadas de la soberanía popular. Unos más avanzados que otros, aunque luchando siempre todos por la afirmación de la democracia representativa, han logrado establecerla o se esfuerzan por cimentarla. Pero es unánime designio de nuestros pueblos y aspiración ya secular de sus movimientos de rebeldía, conquistar y defender sus libertades. Cuando una más definida orientación de la conciencia colectiva ha concretado programas netos de reivindicación económico-social, éstos, han sido incorporados a los que, desde nuestra emancipación de los imperios europeos, enarboló como fundamentales los derechos del hombre y del ciudadano. De aquí que los anhelos revolucionarios presentes de las masas latino

o indoamericanas puedan epitomarse en los lemas de «ni libertad sin pan, ni pan sin libertad». El hombre de América quiere justicia pero sin dejar de ser libre. Y su ideal democrático de «libertad con pan» sintetiza su concepción política y económica de la verdadera justicia social.

Aquí radica, a no dudarlo, la diferencia más profunda entre las filosofías políticas de oriente y occidente, y, en particular, entre las de los movimientos sociales del área soviética y las del hemisferio americano. La Europa democrática y próspera de posguerra está demostrando que es posible alcanzar la justicia económica sin inmolar la libertad. Como también está señalando al mundo que las coordinaciones económicas regionales son indispensables para lograr tal objetivo. Estas lecciones de la realidad sólo confirman y estimulan la fe de quienes hemos creído y creemos que la Democracia social es el mejor camino hacia la Democracia económica. Y que los derechos humanos, políticos y económicos, pueden ecuacionarse afirmando el poder de la soberanía popular. Pues así resplandece como inobjetable verdad aquel enunciado normativo de Martí: «Donde el sufragio es ley, la revolución está en el sufragio».

A esta concepción democrática de la justicia económica —que niega el totalitarismo y la dictadura y proclama y exalta la dignidad del hombre libre—, puede calificársele como la esencia del régimen político-económico americano. Y él debe servir de base tanto a las relaciones básicas entre el individuo y el Estado cuanto a las del sistema inter-hemisférico. El cual debe aplicar a la coordinación de nuestras repúblicas y a las de vinculaciones entre ambas Américas los mismos principios de la democracia representativa emanada de la soberana voluntad popular —*raison d'être* de la soberanía estatal—, cuya más legítima expresión es el sufragio. Que así podrán instaurarse y esta-

blecerse un auténtico «interamericanismo democrático sin imperio», vale decir, sin preponderancias hegemónicas o imperialistas.



## ÍNDICE

Presentación .....	7
La cuestión del nombre .....	17
El problema histórico de Nuestra América .....	43
La realidad social y política de América Latina .....	57
Por la unidad de los pueblos Indoamericanos .....	71
El Canal de Panamá .....	83
Democracia Civil y Dictadura Militar .....	99
El Mercado Común Latinoamericano .....	113
Mensaje al Uruguay .....	127
Los problemas de la América Latina .....	167
Problemas e imperativo de la unidad Continental ....	195

